# La muerte progresiva
## Maxwell Grant




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

## *CAPÍTULO I*
## *PALABRAS DE UN MORIBUNDO*

Una hilera doble de taxis y automóviles particulares se detuvo delante del Hotel Metrolite. Zumbaron los motores y sonaron ruidosamente las bocinas, mientras los conductores, impacientes, aguardaban a que se despejara el trafico de Broadway.

Se encontraban en el centro de uno de los tapones de tráfico que congestionan, todas las noches, las calles de Manhattan.

En un coche, un hombre se inclinó hacia delante y habló con el conductor.

Era tersa su voz cuando tendió un billete de un dólar y dio una orden.

-Eso es lo bastante cerca-dijo-. Me apearé aquí. Iré a pie hasta el hotel.

El conductor aceptó el dinero; el pasajero abandonó el coche y pasó por entre los vehículos parados hasta llegar a la acera cerca del Hotel Metrolite.

Con rápido paso recorrió los últimos metros y entró por la puerta giratoria.

El Metrolite era uno de los hoteles más nuevos y populares de Manhattan, que se especializaba en precios razonables. Su vestíbulo, aunque no era muy grande, estaba elegantemente amueblado y constantemente frecuentado por la gente. La llegada de un individuo no era cosa que pudiera llamar especial atención.

Por consiguiente, el hombre que había dejado el taxi apenas miró a uno u otro lado al acercarse al mostrador y hacerle una pregunta al conserje.

-¿Me han reservado mi cuarto? –preguntó-. El 1414... como pedí cuando me marché ayer...

El conserje vaciló un poco, contemplando al hombre que tenía delante de él.

Luego reconoció el rostro sobrio y tranquilo, de ojos de penetrante mirada y bigote recortado.

-¡Ah, sí!-dijo-. Claro que le hemos reservado su cuarto, señor Fitzroy. Aquí tiene la llave.

-¿No hay recado alguno?

-No lo creo-El empleado se volvió hacia un montón de sobres-. Fitzroy... Fitzroy...

-Jerry Fitzroy.

-No hay ningún recado.

El hombre del bigote se volvió hacia el ascensor. Caminaba con rapidez y precisión. Jerry Fitzroy era de hombros cuadrados, pero delgado. Cruzó el vestíbulo con aire de reto.

La breve conversación sostenida entre Fitzroy y el conserje había contenido muy poca información. Había revelado tan sólo que Jerry Fitzroy había vuelto al Hotel Metrolite después de una corta ausencia y que ocuparía el cuarto de costumbre, el 1414.

Sin embargo, tan escasa información fue de gran interés para un hombre que estaba estacionado en el vestíbulo.

Apenas hubo desaparecido Jerry Fitzroy; apenas hubo vuelto el conserje para hablar con otro alojado, cuando un joven se levantó de su asiento cerca del mostrador y se dirigió a las cabinas telefónicas que se hallaban al otro lado.

Entró en una de ellas, pidió un número y aguardó, pensativo, hasta oír una voz baja y serena. Esta se anunció con tres palabras:

-Burbank al habla.

-Soy Vincent - declaró el joven-. Está de regreso. Mismo cuarto.

-Recibido informe. No hay más instrucciones.

Se oyó el chasquido del auricular al otro extremo de la línea, al ser cortada la comunicación. EL joven salió de la cabina, cruzó el vestíbulo y se encaminó hacia la calle.

Nadie hubiera podido sospechar que había tenido lugar aquel pequeño incidente. Sin embargo, en aquella breve conversación, Harry Vincent, agente de La Sombra, le había dado a conocer a Burbank-otro agente de confianza que Jerry Fitzroy había vuelto al Hotel Metrolite.

En el cuarto 1414, Jerry Fitzroy se estaba quitando chaqueta y chaleco.

Colocó estas prendas sobre una silla y se sentó ante una mesa de escritorio en un rincón. Dirigió la mirada, pensativo, hacia el balcón abierto. Luego se puso en pie y se acercó a la chaqueta.

Durante un instante su mano descansó sobre el bolsillo; luego, con una leve risa, volvió a la mesa y tornó a quedarse pensativo.

Aun cuando aquel hombre no hacía cara de estar preocupado ni de tener prisa, su concentración demostraba que se hallaba sumido en profundas reflexiones, pasando revista a ciertos acontecimientos con sumo cuidado.

Parecía no darse cuenta de lo que le rodeaba, ni tener la menor idea de que su presencia en Nueva York había despertado el interés de tan extraño personaje como La Sombra.

Porque hasta el propio nombre de La Sombra era sinónimo del misterio. Él y cuantos le servían eran enemigos declarados del crimen y del mal.

Donde amenazaba peligro y muerte, allí aparecía la mano de La Sombra para frustrar y descubrir los planes de monstruos insidiosos.

Jerry Fitzroy volvió, nuevamente, a su chaqueta. Sacó una pipa y una petaca y llenó la pipa y la encendió. Miró hacia la ventana, dando chupadas. Luego, completados al parecer sus planes, depositó la pipa sobre la mesa y abrió el cajón.

Cogió una hoja de papel timbrado del hotel. Cuando empezaba a sacarla del cajón, se le escapó de entre los dedos.

Volvió a coger la hoja y la colocó sobre la mesa. Alargó la mano hacia la pluma. Se le cayó de los dedos cuando intentó aplicarla al papel.

Frunció el entrecejo, intrigado, mirándose la mano izquierda y moviendo los dedos. Rió con hueca risa. Alzó la pluma con la mano derecha y la mojó en el tintero. Miró hacia su mano derecha. También ésta parecía entumecida.

Encogiéndose de hombros, intentó escribir.

Entonces su extrañeza se convirtió en preocupación. Las letras que escribió en el papel resultaban ilegibles. Dejó caer la pluma y se miró las dos manos.

Intentó mover los dedos. Fracasó.

Sacudiendo las muñecas, probó restablecerse la circulación en las manos.

Las sacudidas se tornaron automáticas. ¡Las muñecas se habían quedado rígidas también¡

El hombre movió los abrazos de arriba abajo violentamente. Poco a poco fueron perdiendo su movimiento. Con las manos inútiles sobre las rodillas, Fitzroy soltó una exclamación y movió los hombros, con un gesto de horror en el semblante. El movimiento de los hombros cesó.

Lanzando un ronco grito, Fitzroy intentó levantarse de su asiento. Le costó un violentísimo esfuerzo. Una vez en pie, se tambaleó. Luego, al sucumbir sus fuerzas, cayó de cabeza sobre la mesa.

Inmediatamente delante de sus aterrados ojos yacía el teléfono. Lleno de pánico, Fitzroy movió la cabeza y tumbó de lado, el aparato. El auricular se cayó del gancho.

-¡Socorro!-Las palabras le salían confusas-. ¡Pronto...! ¡Un médico! Cuarto 1414. ¡Tal vez me esté muriendo!

Dicho esto, perdió el equilibrio y cayó pesadamente al suelo. Allí quedó tendido, jadeante, moviendo de uno a otro lado la cabeza, desorbitados los ojos de horror.

Transcurrieron los minutos. El cuerpo que yacía en el suelo había adquirido la rigidez de un cadáver, todo menos la cabeza, que se movía de un lado a otro, con el monótono movimiento de un péndulo.

¡Ayuda! ¿Cuándo llegaría? La cabeza se volvió cuando sus oídos, que aun oían, percibieron un sonido junto a la ventana.

Los ojos lograron enfocar su mirada en un ser vivo. Una figura de negro, acababa de entrar por el balcón.

Durante un largo momento Fitzroy contempló al personaje que acababa de entrar.

Este llevaba una larga capa negra. Las alas de un sombrero flexible le proyectaban sombra sobre el semblante. Lo único que Fitzroy podía ver eran dos ojos penetrantes que brillaban en misteriosas profundidades al observar la situación del hombre que yacía en el suelo.

Sintiendo la proximidad de la muerte, le pareció a Fitzroy como si estuviera entrando en otro mundo. EL ver aquel fantasma llenó su aterrada mente de confusos pensamientos.

¡La figura se estaba inclinando sobre él!

Entonces hubo una interrupción. Ruido fuera de la puerta, esta empezó a abrirse. Vagamente, Fitzroy vió a la figura negra volverse con rapidez y fundirse con la oscuridad del exterior del balcón.

Intentó cambiar la dirección de su mirada para mirar hacia la puerta del cuarto. No lo logró.

¡Tenía los músculos del cuello paralizados!

Había hombres dentro del cuarto ya, hombres que nada sabían del extraño visitante que había desaparecido, hombres que sólo vieron la lastimera figura de Jerry Fitzroy en el suelo.

Se estaban inclinando sobre la víctima de aquella exótica dolencia. Un detective de la casa y el médico estaban mirándole los vidriosos ojos.

La mirada de Fitzroy era rígida. Los músculos de sus ojos habían dejado de funcionar ya. Sus oídos apenas oían. Las preguntas de aquellos que habían acudido a ayudarle sonaban como voces lejanas, débiles y confusas.

Con un esfuerzo, el moribundo intentó contestar. Sus labios se movieron; pero no salió de ellos sonido alguno.

Pareció darse cuenta, instintivamente, de ello. Hizo un esfuerzo sobrehumano y a pesar de la mano invisible que parecía asirle de la garganta, logró pronunciar unas palabras. Sin embargo, sólo se entendían a medias.

-Digan... marca... secreto...

-Marca secreta-murmuró el médico.

Los labios de Fitzroy se movieron; luego se inmovilizaron. Sólo los ojos permanecieron abiertos, ojos que veían, porque brillaba en ellos una luz.

Luego, poco a poco, el brillo se disipó. Los ojos seguían abiertos; pero no veían.

EL médico se alzó y se cruzó de brazos. Se volvió hacia el detective.

-¿Oyó usted lo que dijo?-inquirió.

-Sí - repuso, el detective-. «Digan marca secreto.» Algo acerca de una marca secreta.

Al mover el doctor, afirmativamente la cabeza, el detective se dirigió al balcón. Enfocó el exterior con la luz de su Lámpara de bolsillo. La luz nada reveló. El detective volvió a meterse en el cuarto.

El médico estaba examinando al muerto. Parecía algo intrigado por la retorcida rigidez del cuerpo. Sacudió la cabeza dudoso.

-Una forma extraña de parálisis-declaró-. Debe haber puesto fin por completo a toda actividad muscular antes de afectar al cerebro. Llamaré a la policía y les pediré que manden al forense.

Hizo una pausa mientras agitaba el gancho del teléfono, le habló, pensativo, al detective.

Recuerde esas palabras-dijo-. Esas palabras acerca de una marca secreta. Tal vez sean importantes. Sólo usted y yo estábamos aquí para oírlas.

EL detective asintió con un movimiento de cabeza. Creía que el doctor estaba en lo cierto. Sin embargo, tanto uno como otro sólo tenían razón a medias. Las palabras que había pronunciado Jerry Fitzroy eran importantes; pero habían sido oídas por otra persona aparte de ellos dos.

Desde la oscuridad del balcón, La Sombra había estado escuchando. En algún sitio-no muy lejos-La Sombra estaba reflexionando también acerca del significado de aquellas palabras pronunciadas por el moribundo.

## *CAPÍTULO II*
## *LA MANO EN LA OSCURIDAD*

-¿Una marca secreta?

El interrogador era Joe Cardona, del Cuerpo de Investigación de Nueva York. De pie ante la mesa del cuarto 1414 del Hotel Metrolite, hizo la pregunta al detective y al médico del hotel.

-Digan marca secreta-declaró el doctor-. Esas fueron las únicas palabras que le oímos decir.

Cardona se paseó de un lado a otro del cuarto. Miró hacia el abierto balcón.

Contempló el cadáver que el médico forense acababa de examinar. Se acercó a la mesa y miró con curiosidad la colección de cosas halladas en los bolsillos de Jerry Fitzroy.

Dos objetos llamaron su atención. Uno era una moneda francesa, una moneda de oro de veinte francos. La otra era una pluma parda con pintas.

-Fuera de esto-el detective señaló los objetos,- no hay nada de importancia, salvo esos documentos que demuestran que el nombre de este hombre era Jerry Fitzgerald. Pero... una moneda extranjera y una pluma de ave... ¿por qué las llevaría?

Nadie respondió a esta pregunta. El médico forense se acercó para hacer su informe.

-Una firma poco corriente de parálisis-declaró-. Muerte natural. No veo cosa alguna que indique violencia.

El médico del hotel movió afirmativamente la cabeza para expresar su asentimiento con el diagnóstico de su colega.

-Está bien-dijo Cardona, con hosquedad; - permaneceré aquí un rato aún. Usted quédese-le dijo al detective del hotel-y podremos charlar juntos del asunto.

Como cuestión de formulismo, Cardona sabía que lo único que quedaba que hacer era ordenar fuese levantado el cadáver. Sin embargo, antes de enviar aquel cuerpo rígido al depósito judicial, el detective tenía el deseo de averiguar la respuesta a las preguntas que le dejaban perplejo.

El detective del Metrolite miró a su colega cuando éste cruzó el cuarto y se asomó al balcón. Cardona tenía mucha fama en Nueva York.

Hallando la solución de crímenes misteriosos, ocupaba una categoría aparte de todas los demás. Pero aquel era un caso en el qué no existía el menor indicio de que se tratara de un crimen.

Cardona se sentó a la mesa. Examinó la despatarrada escritura que Jerry no había llegado a terminar. Gruñó en tono de descontento. Siendo hombre intuitivo, presentía allí un crimen, aun cuando nada viera que abonara su suposición.

Por fin, se encogió de hombros. Alargó la mano hacia el teléfono con la intención de dar órdenes para que se llevaran el cadáver de Jerry. En aquel instante sonó el timbre del aparato. Lo contestó y oyó la voz de uno de sus hombres.

-Acabamos de detener a un hombre en el vestíbulo-le dijo-. Entró aquí preguntando por Jerry Fitzgerald...

-¿ Cómo se llama?-interrumpió el detective.

-No quiere decírmelo. Quiere hablar con usted...

-Súbale.

Sonrió sombrío, al colgar el auricular. Aquello podría proporcionarle un indicio. ¡Un desconocido que se presentaba a visitar a Jerry Fitzgerald después de haber muerto éste!

El detective del hotel aguardó con interés. Quería ver a su colega en acción, interrogando a aquel hombre a quien había detenido la policía.

Se oyó un golpe en la puerta. El detective del hotel abrió, dejando paso a un par de agentes que traían a un hombre bajo y cuadrado, cuyo moreno rostro carecía de expresión. Cardona le escudriñó.

-Vean lo que lleva encima-ordenó.

Los agentes le cachearon rápidamente. Le encontraron una pistola y se la entregaron a Cardona. El detective miró al detenido.

-Conque lleva pistola, ¿eh?-dijo-. ¿Qué sabe usted de este asunto?

El hombre moreno estaba mirando en dirección a la inmóvil figura de Jerry.

Cardona le acució con otra pregunta.

-¿Cómo se llama usted?

-¿Es usted el encargado de este caso? - inquirió, serenamente el prisionero.

-Sí.

-¿Me permite que hable con usted en privado?

El semblante del detective reflejó perplejidad. La petición se salía un poco de lo corriente. Sospechaba que se trataría de una estratagema. Por fin hizo una seña con la cabeza a los agentes.

-Salgan-ordenó-. Y usted también -esto al detective del hotel-. Aguarden junto a la puerta. No ocurrirá nada aquí.

Al obedecer sus hombres, el detective sacó un revólver del bolsillo e indicó al detenido una silla en un rincón del cuarto. Unos momentos después quedaren ambos solos. El detective desconfiaba. El prisionero seguía sereno y sin expresión.

-Desembuche-ordenó Cardona-. Su nombre...

-Víctor Marquette-respondió el otro-. No creo que haya oído hablar usted de mí. Procuro no figurar. Soy agente secreto.

-Del servicio secreto...

Mientras hablaba Cardona, Vic Marquette retiró su chaqueta y enseñó el forro del chaleco. El detective vió la chapa que llevaba cosida allí.

-Por eso quería hablar en privado-anunció Marquette-. Hay ciertas razones que me impulsan a desear que nadie más que usted conozca mi identidad.

Comprendiendo que el hombre era lo que decía, el detective se guardó, tranquilamente el revólver. Las palabras de Marquette explicaban por qué iba armado.

Lo que a continuación dijo el agente secreto fue una revelación.

-También tengo vivos deseos-aseguró Marquette-, de que no se conozca la identidad de Fitzroy. Es, o era, agente secreto también.

-¡Ah!-La exclamación del detective expresaba comprensión-. ¡Estaban trabajando juntos!

-No; Fitzroy trabajaba solo. No sabía yo que estuviese aquí. Pero recibí un aviso hace poco rato diciéndome que viniera a ver a Fitzroy aquí, al Hotel Metrolite.

-Un aviso... ¿de quién?

-No lo sé. Con toda seguridad de alguien a quien Fitzroy habría ordenado que me llamase. Vine aquí y fui detenido por sus hombres. Quedé asombrado al saber que Fitzroy estaba muerto. ¿Cómo murió?

-Parálisis. Muerte natural, al parecer. Pero si usted cree...

-Yo no sospecho nada-interrumpió Marquette, pensativo;-pero me gustaría conocer cualquier circunstancia singular...

-Fitzroy habló antes de morir. Dijo algo acerca de una marca secreta...

-Una marca secreta...

-Sí.-El detective sacó un papel del bolsillo-. Eso es lo que el médico y el detective del hotel oyeron. Fitzroy, poco antes de morir intentaba hablar. No pudieron comprender todas sus palabras. Nada más que estas tres: «Digan, marca, secreto.» Estas palabras parecían formar parte de una frase...

-Un momento-sonrió Marquette-. Me parece que comprendo. Ya sé lo que intentaba decir Fitzroy. «Digan marca secreto», con pequeños espacios entre ellas...

-Sí; con intervalos.

-La frase completa seria: «Díganlo a Víctor Marquette, del servicio secreto», o algo análogo.

Cardona se quedó pensativo unos instantes. Luego movió lenta y afirmativamente la cabeza. Vió cuán razonable era la suposición.

-¡Lo adivinó usted!-declaró-. Quería ponerse en contacto con usted. ¿No es eso?

-Naturalmente. Fitzroy sabía que yo estaba en Nueva York. Es lógico que intentara ponerse en comunicación conmigo. ¿Encontró algún artículo sobre su persona?

Cardona señaló en dirección a la mesa. Marquette se puso en pie y se acercó a ella. El detective le indicó la moneda de oro y la pluma.

-¿Qué opina usted de eso?-preguntó.

-La moneda-Marquette, estaba pensativo-, cualquier agente secreto podría recoger una de ésas. La pluma...¡hum!... es singular, pero no es fácil que tenga significado especial. Pero... un momento. ¿Dónde está la chapa de Fitzroy?

El detective pareció extrañado.

-Le registramos los bolsillos-dijo.

-¿Incluso el bolsillo del reloj?-inquirió Marquette.

-Tal vez se nos haya pasado ése por alto-confesó el detective.

Marquette se inclinó sobré el cadáver. Metió los dedos en el bolsillo del reloj del pantalón de Fitzroy, y sacó una chapa de agente del Servicio Secreto.

-Fitzroy siempre llevaba la chapa en el bolsillo del reloj-observó-. ¡Pobre Fitz! No esperaba hallarlo muerto.

-No existe el menor indicio de que se trate de un asesinato-declaró el detective;-pero el asunto me huele mal...

-¿Qué piensa hacer del cadáver?

-Mandarlo al depósito judicial; A menos que tenga usted otro plan.

-Mándelo allí. Cuanto menos se hable de esto, mejor. Fitzroy, y lo que le digo es confidencial, estaba llevando a cabo cierta investigación. No veo nada que indique que haya sido asesinado. Sin embargo, sería un lamentable error que se supiese que era agente del Servicio Secreto. ¿Comprende?

»Mande el cadáver al depósito. Yo me encargaré de que sea identificado y de que se hable muy poco del asunto.

EL detective movió afirmativamente la cabeza. Señaló los artículos que estaban sobre la mesa.

-¿Quiere usted llevarse eso?-preguntó.

-Sí; puedo asegurarle que si Fitzroy se hallaba ocupado en algún asunto peligroso, sería fuera de Nueva York. Tal vez me sea posible averiguar sus actividades. En tal caso...

-Comprendo.

Cardona se dirigió a la puerta del cuarto. Llamó a los hombres que estaban fuera. Entraron, sorprendidos de ver libre a Marquette.

-Este hombre es de confianza-dijo Cardona, con hosquedad-. Es un antiguo amigo de Fitzroy. Vamos a mandar el cadáver al depósito judicial. Nada más.

Siguió a los tres y le habló en voz baja al detective del hotel. Los dos estaban al otro lado de la puerta durante la discusión. Vic Marquette se inclinó sobre el cadáver durante su ausencia.

Metió los dedos en el bolsillo del reloj de Fitzroy y extrajo un pedazo pequeño de papel.

De espaldas a la puerta, lo examinó.

Lo había notado al sacar la insignia del muerto; pero no había hecho comentario alguno. El papel era un billete de ferrocarril sacado en una población llamada Westbrook Falls, hasta Nueva York.

Marquette estaba de pie junto a la mesa cuando volvió a entrar Cardona con el detective del hotel. El agente secreto tenía un sobre en la mano. Dentro del mismo había metido el billete de ferrocarril.

-Estos dos objetos-dijo, cogiendo la moneda y la pluma-, pueden ser de cierta importancia. Los estudiaré.

Dejó caer ambas cosas dentro del sobre y lo colocó sobre la mesa.

Recogió él resto de las cosas de Fitzroy y las metió en otro sobre. Cardona expresó su aprobación con un movimiento de cabeza.

-Creo-dijo-, que podemos contarle a este hombre las circunstancias...

Estaba señalando al detective del hotel.

Marquette se tornó pensativo. Luego expresó su asentimiento. El detective explicó en voz baja, que Marquette era agente secreto.

-No ha de decirse una palabra-advirtió Marquette-. Yo sé lo que estaba haciendo Fitzroy. Probablemente había logrado resultados. Yo me encargaré de seguir su trabajo.

Llegaron varios policías para llevarse el cadáver al depósito judicial. El cuerpo de Jerry Fitzroy fue sacado del cuarto. Cardona y Marquette salieron detrás, quedándose en el pasillo, junto a la puerta.

Los sobres empleados por el agente secreto se hallaban, sin pegar, sobre la mesa.

Entonces ocurrió un incidente extraño.

Mientras los hombres contemplaban desde la puerta, cómo se llevaban el cadáver de Fitzroy, algo se movió hacia adentro, desde la oscuridad del exterior del balcón. Un brazo humano se extendió hacia la mesa.

Una mano enguantada de negro asió el sobre que contenía la moneda, la pluma y el billete de ferrocarril.

Unos minutos más tarde, el detective y Marquette volvieron al cuarto.

Estaban preparándose para marcharse. Vic Marquette recogió los dos sobres. El que la mano se llevara había vuelto a ser colocado en su sitio.

El detective y el agente secreto bajaron juntos en el ascensor. Se estrecharen la mano y se separaron a la puerta del Hotel Metrolite. Marcharon en direcciones opuestas.

Una vez solo, Vic Marquette abrió el más importante de los dos sobres.

Parándose cerca de una luz, examinó rápidamente los tres artículos. Sonrió al coger la moneda de veinte francos. Movió afirmativamente la cabeza al mirar el billete de ferrocarril. Frunció el entrecejo al asir la pluma.

Vic Marquette, al reanudar su camino, comprendía perfectamente el significado de dos de aquellos artículos. La moneda de oro y el billete de ferrocarril tenían un significado concreto.

La pluma, aun cuando Marquette no le había concedido interés alguno en presencia de Cardona, pudiera ser importante también. El agente secreto tenía el firme propósito de averiguar su significado.

Una cosa le dejaba perplejo, sin embargo. Aquella noche, como le había dicho al detective, había recibido una llamada, diciéndole que acudiese al Hotel Metrolite para ver a Jerry Fitzroy. Marquette había respondido inmediatamente a la llamada.

¡El aviso había sido enviado después de la muerte de Fitzroy, y no antes! La persona que había hablado por teléfono, un hombre que hablaba con voz más bien baja, no había dado a conocer su identidad. Resultaba la mar de extraño.

Ello indicaba la presencia de una persona desconocida en el laberinto que rodeaba la muerte de Jerry Fitzroy.

No obstante, Vic Marquette no se estaba preocupando de la identidad del desconocido que le avisara, cuando subió a un coche cama para partir en dirección a Westbrook Falls, algo después de medianoche.

El agente secreto estaba satisfecho de pensar que él poseía los únicos indicios de los actos de Jerry Fitzroy, y que, de dichos indicios, el más importante lo conocía él exclusivamente.

Tenía el billete de ferrocarril que indicaba dónde había estado Fitzroy. Sólo él había relacionado el misterio con la población de Westbrook Falls, a la que se dirigía.

Pese a toda su seguridad, Vic Marquette se equivocaba. Una mano salida de las tinieblas había llevado a cabo una acción aquella noche. Aquella mano había cogido los indicios, los había conducido bajo ojos invisibles, devolviéndolos después.

¡Una moneda de oro, un billete de ferrocarril, una pluma! El secreto de extraños acontecimientos se encerraba en tres indicios. Vic Marquette le había ocultado la información al detective; pero no había podido ocultársela a la figura envuelta en las tinieblas del balcón.

¡La Sombra conocía también la existencia de aquellos indicios misteriosos!

¡Su mano había surgido de la oscuridad para conseguirlos!

## *CAPÍTULO III*
## *LA SOMBRA HACE PLANES*

Una habitación de negras paredes, iluminada tan sólo por el extraño brillo de una luz azulada que daba sobre la pulimentada superficie de una mesa.

Dos manos que se movían como pálidos seres animados en el círculo de luz. Una misteriosa joya que fulguraba en el delgado, largo y puntiagudo dedo corazón.

¡La Sombra estaba en su santuario!

Allá en Manhattan, aislado en un lugar sólo de él conocido, aquel ser extraño estaba trabajando. Solo las manos animadas delataban su presencia; sólo la luminosa joya, un ópalo de fuego, que cambiaba constantemente de matiz, revelaba la identidad de las manos. Para la policía, lo mismo que para los criminales, La Sombra era una figura misteriosa.

Su lugar se encontraba en la línea fronteriza entre el dominio de la ley y el reino del hampa. Extraña figura, singular presencia, su identidad entraba de lleno en el mundo de las vagas conjeturas.

¿Quién era La Sombra?

Muchos habían hecho esta pregunta. ¡Ninguno la había contestado!

Los que se habían encontrado con La Sombra le habían visto tan sólo como figura vestida de negro, alta y siniestra forma que aparecía y se disipaba como un fantasma de la noche.

Vez tras vez, la siniestra figura había hecho fracasar los planes de los lobos feroces del hampa. Verdaderos demonios del crimen se habían enfrentado con el ser de negro, sostenido la ardiente mirada de los hundidos ojos bajo el ala del sombrero negro, y habían muerto con exclamaciones de terror en los labios.

Los representantes de la ley también habían experimentado la presencia de La Sombra. _Más de una vez, una mano enfundada en negros guantes había salido de entre los pliegues de la oscura capa forrada de carmesí para salvar a aquellos que luchaban contra las hordas del mal.

Hombres y mujeres impotentes, condenados a morir por los designios de conspiradores criminales, habían hallado la salvación gracias a los oportunos esfuerzos de La Sombra.

Sin embargo, ninguno había visto el rostro del personaje vestido de negro.

Tras todas sus misiones, La Sombra había desaparecido. Seguía siendo desconocido aún.

La voz de La Sombra, aun cuando constituía un indicio para poder establecer su identidad, jamás le había servido a nadie para poder dar con él.

Cuando La Sombra hablaba, sus palabras eran de un tono sobrenatural que helaba la sangre en las venas a cuantos le escuchaban. Más espectral aun que su voz, era la risa de La Sombra. Cuando sonaban sus burlonas notas, los malhechores temblaban.

Ciertas noches, la voz de La Sombra se oía por radio. Con ella sonaba el tono burlón de su risa.

Personas muy astutas habían intentado descubrir la identidad del que hablaba, vigilando la estación emisora; Pero sus esfuerzos habían quedado frustrados por completo.

La Sombra hablaba desde una habitación cubierta de cortinas en la que nadie se atrevía a entrar. Su método de entrada y salida de nadie más que de él era conocido.

Cuando criminales atrevidos se habían escondido dentro del cuarto para aguardar la llegada de La Sombra, sus intenciones habían quedado frustradas por la singular previsión de La Sombra.

¡Su voz había llegado al estudio, por teléfono, desde un punto lejano!

De todas sus asombrosas actividades, ninguna era más importante para La Sombra que aquellas que tenían lugar en aquel cuarto de negras paredes, donde dos manos blancas, llevando una de ellas aquel ópalo de fuego llamado girasol, eran las únicas cosas que se veían.

Allí era donde La Sombra formulaba sus planes y recibía los informes de agentes de confianza. Juramentados para guardar el secreto, dispuestos a arriesgar la vida al servicio de su amo, aquellos agentes de La Sombra eran hombres fieles. Sin embargo, a pesar de su contacto con el hombre negro... ¡también ellos vivían en ignorancia de su identidad!

Sabían sólo lo que otros sospechaban que La Sombra era maestro en el arte del disfraz y asumía muchas identidades que no eran la suya. Aquellos agentes habían sido testigos de las proezas de La Sombra.

Si hubieran contado la verdad, nadie hubiera creído sus relatos. Porque el poder de La Sombra superaba cuanto pudiera concebirse.

Aquella noche, La Sombra estaba ocupado en hacer un estudio profundo y cuidadoso. Delante de él, sobre aquella mesa pulimentada, yacían papeles escritos a máquina; informes

hechos por sus agentes. Las largas manos blancas estaban repasando, con cuidado, aquellos informes.

Una hoja de papel llevaba el siguiente encabezamiento:

Informe sobre moneda extranjera.

Esta hoja era la primera de varias que iban sujetas juntas. El dedo de La Sombra recorrió el párrafo, acabando una página y siguiendo en otra, deteniéndose momentáneamente al llegar a ciertas frases.

Los siguientes eran los más importantes datos anotados:

«Ahora se sospecha la presencia de monedas de otros falsos en países europeos y americanos.

»No se han recibido aún los informes de las investigaciones.

»Monedas que poseen la gravedad específica del oro y que salen airosas de numerosas otras pruebas, han resultado ser de metal bajo, al ser fundidas.

»Escasean los informes extranjeros, ya que las monedas que se creen buenas no han sido fundidas en los países en que fueron acuñadas.

»No se ha hallado rastro alguno del lugar de donde sale esta aleación barata que viene a ser una especie de oro sintético.

»La única forma de descubrir su carácter es fundiéndolo. Por consiguiente, no quedan muestras de monedas falsas, puesto que las monedas falsas que existen pasan por verdaderas.

»El Servicio Secreto está haciendo investigaciones.»

Consultando una hoja anexa, el dedo de La Sombra descansó sobre un párrafo que contenía el nombre de Jerry Fitzroy como agente especial designado para investigar las actividades de los falsificadores. También aparecía el nombre de Vic Marquette.

Dejando a un lado el informe, La Sombra inspeccionó otro documento, este llevaba por título:

Informe sobre minas de oro.

De nuevo el dedo, fue señalando ciertas frases de los párrafos:

»La producción regular de oro de la Mina Nueva Era de California ha despertado anormal interés.

»Se creía, generalmente, que esta mina había quedado agotada y que estaba a punto de ser abandonada.

»La explotación de nuevas vetas ha creado una gran demanda de las acciones ofrecidas por el Sindicato Minero de la Nueva Era.

»El rumor de que se ha plantado oro en lamina para engañar a los incautos no ha recibido crédito, puesto que no se ha observado ningún manantial exterior de aprovisionamiento. La producción regular de oro es desproporcionada a los beneficios que pudiera rendir la venta de acciones.

»Clifford Forster, dueño del Sindicato Minero de la Nueva Era, se halla continuamente sobre el terreno en California.»

Los papeles yacían aún sobre la mesa. La mano de La Sombra sacó una hoja de papel y una pluma. Pero antes de que los dedos empezaran a escribir, cuando aun estaba la pluma suspendida sobre el papel, una lucecita brilló más allá de la mesa.

La mano izquierda, con su radiante girasol, se alargó y recogió un casco telefónico. Este desapareció fuera del campo de la luz. Luego la lámpara se apagó.

Una voz solemne habló en la oscuridad, una voz cuyo susurro sonaba hueco en las tinieblas del cuarto.

-Informe.

Una voz serena sonó por el hilo.

-Burbank al habla. Aviso de Burke, en California. Recibido, en clave, por Rutledge Mann. Informe sobre Clifford Forster. Ha salido de la Mina Nueva Era en dirección al Este.

-¿Destino exacto?

-Nueva York probablemente... mañana por la noche. Viaja solo. Ha mandado aviso a su casa de Nueva York qué tal vez esté allí mañana. No se dispone de más detalles.

-Informe recibido.

Se apagó la lucecilla. Volvió a su sitio el casco. Quedó terminada la comunicación. Volvió a verse el brillo de la lámpara. La mano de La Sombra se posó sobre el papel.

La mano escribió una sola palabra en la parte superior de la hoja. Era el nombre siguiente: FITZROY

Debajo del nombre, la mano anotó las siguientes frases enigmáticas:

«Dónde: El billete de ferrocarril. Por qué: La moneda francesa. Quién: La pluma de perdiz.»

La mano se apartó. Sólo las palabras quedaren marcadas sobre la hoja de papel en tinta de un vívido azul, escudriñadas por ojos invisibles que las estudiaban desde la oscuridad.

Luego, como respondiendo a un toque invisible, las palabras empezaron a desvanecerse. Primero desapareció el nombre de Fitzroy, letra por letra; después las demás palabras se fueron perdiendo del mismo modo singular.

¡Sólo quedó la hoja de papel en blanco!

Aquellas palabras, trazadas con la sorprendente tinta empleada por La Sombra, y que se desvanecía a los pocos momentos, habían sido como pensamientos expresados. Ahora habían desaparecido ya, existiendo tan sólo en el cerebro de quien los había escrito.

Habían sido mencionados dos hechos que hubiera comprendido perfectamente Vic Marquette, el agente secreto que había marchado siguiendo el rastro anterior de Fitzroy.

Estos hechos eran que Fitzroy, investigando el asunto de la moneda falsa, había ido a un lugar llamado Westbrock Falls.

Pero el último daba la identidad de la persona a quien Fitzroy visitara, había sido adivinado por La Sombra solamente.

Para Víc Marquette, la presencia de la pluma en el bolsillo de Fitzroy era un misterio. Para La Sombra era la proclamación de una identidad desconocida.

Vic Marquette había considerado la pluma como pluma de cualquier ave. La Sombra había reconocido en ella la pluma de una perdiz.

¿Cuál era la relación existente entre cierta persona desconocida y aquella pluma? Era aquel un problema que La Sombra estaba preparado a resolver.

Pero, cuando la mano volvió a aparecer bajo la luz, las nuevas palabras que escribió se referían a otro asunto.

De nuevo fue trazado un nombre con aquella vívida tinta azul, un nombre que fue seguido de comentarios cuidadosamente escritos:

«Clifford Forster. En casa en Nueva York. Mañana por la noche.»

La luz se apagó. El casco telefónico hizo un leve ruido al ser descolgado, por manos invisibles. Lució una minúscula bombilla al susurrar la voz de La Sombra su mensaje dirigido a Burbank. -Ponga a Vincent a vigilar el domicilio de Clifford Forster. Informe inmediato en cuanto regrese Forster.

Los auriculares volvieron a colgarse; la lucecilla se apagó; el cuarto quedó en oscuridad absoluta. Los planes de La Sombra estaban hechos. Vic Marquette había marchado a Westbrook Falls; pero, mientras se hallaba ausente, estaría abriéndose una nueva pista allí, en Manhattan.

Ignorando, temporalmente, los acontecimientos que habían precedido a la muerte de Jerry Fitzroy, La Sombra estaba concentrando su observación en un hombre que había estado muy lejos, pero que pronto se hallaría en Nueva York.

A la noche siguiente sería la prueba. Por mediación de Clifford Forster, acaudalado propulsor de minas, La Sombra adquiriría informes relacionados con el enigma que estaba ligado con acontecimientos de importancia internacional.

Donde la muerte había dado una vez, la muerte volvería a dar. Para Vic Marquette, la muerte de Jerry Fitzroy había sido un incidente lamentable.

Para La Sombra significaba el principio de una serie de crímenes diabólicos.

Resonó una carcajada en la oscuridad. Era una risa áspera, sin humorismo, aquella risa de La Sombra. No expresaba, sin embargo, nada de aquella burla que el misterioso personaje solía infiltrar en ella. Era una risa que denotaba la implacabilidad de lo que el porvenir reservaba.

La atracción del oro-esa codicia que ha hecho matar a los hombres durante siglos-empezaba a hacerse sentir. Crímenes terribles constituían el motivo informador de mentes viles.

Sobre La Sombra recaía la obligación de frustrarlos. Envuelto en las tinieblas, factor oculto en el juego de despropósitos iniciado por conspiradores sin escrúpulos, había preparado sus planes aquella noche.

Los ecos de la risa repercutieron por el santuario como captados y sacudidos por las inmóviles cortinas que cubrían las paredes del cuarto negro. Los ecos se apagaron, como los ajenos a seres espectrales.

El santuario se hallaba desierto ya. La Sombra se había marchado.

Dos fuerzas se hallaban ya en movimiento para oponerse al crimen que amenazaba. Una de ellas-La Sombra-había hecho sus planes y dado sus órdenes. Su trabajo empezaba en Nueva York.

La otra-Vic Marquette-se dirigía al punto de la última actividad de Jerry Fitzroy, Westbrook Falls.

¡Una gran lucha se hallaba ya en proceso de gestación!

## *CAPÍTULO V*
## *EN WESTBROOK FALLS*

A la tarde siguiente, un tren que se dirigía hacia el Este se detuvo en la pequeña estación de Westbrook Falls. Varias personas se apearon del tren, entre ellas un hombre obeso, de edad madura, que llevaba una maleta.

Había tres o cuatro ociosos en el andén. Uno de ellos miró a las distintas personas que abandonaban el tren. Este observador, colocado en una parte oscura del andén, era Vic Marquette.

El agente secreto observó a los pasajeros recién llegados dirigirse a los desvencijados automóviles que servían para hacer el recorrido entre la estación y la posada de Westbrook, que se hallaba a media milla de distancia.

Satisfecho de que todos ellos, incluso el hombre obeso, se dirigían al hotel, Marquette se alejó.

Si hubiese estado más cerca del vehículo al que el hombre obeso se subió, Marquette hubiera averiguado, tal vez, algo de interés. Porque, cuando el conductor le preguntó a su pasajero si se dirigía a la posada de Westbrook, la respuesta fue negativa.

Se entabló una conversación corta, en voz baja, entre el recién llegado y el conductor. Este movió, afirmativamente, la cabeza, y el automóvil se puso en movimiento.

Pero, aunque a Vic Marquette se le había escapado esta conversación, las palabras de conductor y viajero habían sido escuchadas por otro.

Un hombre delgado, moreno, con pantalón kaki y camisa de franela se hallaba muy cerca del coche y una sonrisa expansiva iluminó su semblante al marchar el vehículo. Poco después se alejó él de la estación también.

El coche en que iba el caballero obeso tiró carretera arriba en dirección a la posada; pero se desvió después de haber recorrido menos de un cuarto de milla. Tiró por una carretera de segundo orden, cruzó el puente tendido sobre un profundo desfiladero y se introdujo por el bosque.

Después de recorrer unas cuatro millas, el coche salió de los bosques y bordeó una profunda garganta, continuación del río que cruzaba el bosque.

Este precipicio estaba por debajo de las cataratas, que se hallaban en la vecindad del hotel. El ruido de agua turbulenta, allá abajo, llegó hasta los oídos del hombre que ocupaba el vehículo, y se asomó a la ventanilla, intentando ver el río.

Luego el coche se apartó de la garganta y viajó junto a una alta empalizada que corría en ángulo recto con el río. La valla torcía, corriendo paralela con el río, y la carretera iba en la misma dirección también. El automóvil se detuvo delante de una verja de hierro en el centro de la valla.

-Ya hemos llegado, señor-anunció el chofer-. Esta es casa del señor Perdiz. Creo que le encontrará usted en casa. Siempre está aquí.

El hombre obeso se apeó, pagó al chofer y le dijo que aguardara.

Llamó al timbre. Un hombre moreno, de semblante maligno, apareció en la avenida al otro lado de la verja. El forastero le habló por entre los barrotes.

-¿Está el señor Perdiz?

-¿Quién desea verle?

La voz del hombre tenía acento extranjero. Era la voz de un italiano que conocía mal el inglés.

-Soy Clifford Forster-dijo la visita.

El hombre pareció comprender. Sonrió, exhibiendo dientes amarillos que parecían colmillos de animal feroz. Abrió la verja.

Clifford Forster despidió el coche con un gesto y penetró en aquel singular dominio.

EL hombre moreno le condujo a una casa que había entre los árboles.

Llegaron al edificio-vieja estructura de considerable tamaño-y el hombre le hizo un gesto a Forster para que entrara.

Subió unos escalones, cruzó un porche medio carcomido y entró en un vestíbulo. Allí se encontró ante un anciano de encorvada espalda.

-¡Ah! ¡Señor Forster!

El saludo sonó en voz trémula. Forster, que tenía treinta centímetros de estatura más que el otro, correspondió al saludo con una inclinación de cabeza.

-Venga por aquí... Venga por aquí... a mi biblioteca.

Forster, al seguirle, observó la precisión del paso del anciano. Se dio cuenta de que el hombre era una verdadera dinamo de energía, que a pesar de la edad que aparentaba, poseía una cantidad extraordinaria, de vigor juvenil.

Entraron en un cuarto semioscuro y el viejo encendió la luz. Cerrando la puerta, se volvió hacia Forster, que miraba alrededor del cuarto, fijándose en los estantes de libros antiguos y curiosos que adornaban las paredes.

El sonido de la voz del viejo le sacó de su ensimismamiento.

-Conque henos aquí-rió el viejo-. Clifford y Luciano Perdiz. De nuevo nos encontramos, esta vez en mi casa en lugar de la de usted. Siéntese, señor Forster. Díganle a qué debo el honor de esta visita inesperada.

Forster se sentó en un cómodo sillón.

Sacó dos puros del bolsillo y le ofreció uno a Perdiz. El viejo lo rechazó.

Forster encendió el suyo y miró tranquilamente al viejo.

-Perdiz - dijo: - quiero hablar con usted. Me pareció conveniente que nos entrevistemos. Le he estado dejando a usted que haga, poco más o menos, lo que se le antoje. Se me ha ocurrido que ha llegado el momento de que entremos en más íntimo contacto.

El anciano, sentado con las manos cruzadas, movió vaga y afirmativamente la cabeza, como si no entendiera por completo.

Resultaban una singular pareja aquellos dos hombres. Forster, pesado y obeso, de mejillas hinchadas, era de tipo dominante. Perdiz, con su piel de pergamino y su cabello blanco, parecía un viejo catedrático.

-¿Está usted de acuerdo conmigo, Perdiz?-inquirió Forster.

-Me alegro que haya venido a verme-respondió el interpelado-. Pero no comprendo... ¿No ha ido todo bien? ¿No está satisfecho?

-Sí-dijo Forster;-los asuntos marchan. No obstante uno nunca puede estar seguro de que los demás trabajen con todo interés por él.

Un brillo de preocupación apareció en los ojos del viejo. Forster lo vió y se apresuró a rectificar su aseveración.

-No interprete usted mal mis palabras, Perdiz-dijo-. No hablo de usted. Es a Guthrie a quien me refiero.

-¡Ah, Guthrie! Es una buena persona, señor Forster. Ha tenido mucha paciencia conmigo. Siempre se ha mostrado dispuesto a escuchar lo que he tenido que decirle...

-¡Ahí está la cosa, precisamente-le interrumpió Forster-. Guthrie sabe escuchar. Y también sabe prometer. Se me había ocurrido, sencillamente, que después de todo, Guthrie no es más que un intermediario. Somos usted y yo los que trabajamos juntos. Guthrie pudiera resultar un inconveniente.

-¡Ah! Pero él nos presentó el uno al otro, señor Forster.

-Es cierto. Para eso ha servido. Quiero estar seguro de que sigue siendo de utilidad.

De nuevo movió Perdiz la cabeza afirmativamente. Era un hombre excéntrico y sus ojos tenían una expresión de abstracción. También reflejaban preocupación. Viendo esto, Forster hizo sus comentarios con toda franqueza.

-Yo soy un hombre de negocios, Perdiz-declaró-. Un hombre de grandes negocios. Usted es inventor, químico, científico, un hombre de talento sorprendente. El trabajo de usted me está resultando de un gran valor. Quiero que me resulte de mayor valor aún.

-Naturalmente, señor Forster.

-Por consiguiente, se me ocurrió que me tendría más cuenta investigar las actividades de Guthrie. Le dije que llevara a cabo las negociaciones con usted hasta que las cosas empezaron a ponerse en movimiento. No quería preocuparle a usted ni molestarle. Pero ahora que está produciendo, me parece llegado el momento para establecer contacto directo.

Forster hizo una pausa y vió cómo afirmaba el viejo con la cabeza. Luego continuó:

-He invertido dinero por usted, Perdiz-dijo-. He puesto más de doscientos cincuenta mil dólares. Cuando Lawrence Guthrie me habló por primera vez de usted y de su oro sintético, me reí de él. Pero, cuando le vi trabajar a usted, me mostré dispuesto a meter dinero en el asunto.

»Este lugar-casa, laboratorio, todo forma parte de la cantidad que he invertido. Le pertenecen a usted y aquí está usted produciendo el oro que yo deseo; un buen rendimiento sobre el capital que yo invertí. Pero tengo el deseo de alcanzar el resultado máximo. ¡El máximo! ¿Comprende?

-Sí, señor Forster.

-Guthrie me pintó un cuadro maravilloso. Yo invertí un cuarto de millón. Estaba dispuesto a invertir más. Quería ver resultados, y así se lo dije a Guthrie.

»Por fin, hace unos meses, su procedimiento empezó a salir bien. Desde entonces he estado recibiendo oro con regularidad, unos veinte mil dólares, aproximadamente, al mes.

»Me pareció que ahora que estaba completado el proceso, la producción aumentaría. Guthrie me prometió que aumentaría; pero no ha sido así. Guthrie no me ha explicado por qué. Conque he venido a usted para averiguarlo.

-Mi oro-dijo Perdiz, pensativo-, es cosa cuyo valor no calculo en términos de dinero, señor Forster. Me encanta hacerlo, ver el brillante oro amarillo y saber que es creación mía.

»Durante largo tiempo (el tono del anciano se tornó rememorativo) busqué el secreto infalible. El peso del plomo; el brillo del cobre; la pulimentación de la plata... todo esto intenté combinar para hacer oro. ¡Ah! ¡Los procedimientos que empleé! (Perdiz empezó a crispar sus dedos, que parecían garras, como si moldeara un objeto invisible.) ¡Los descubrimientos que hice! ¡La de metales que fabriqué que se parecían al oro, hasta que di al fin con él!

Hizo una pausa y miró a Forster con mirada extraviada, salvaje, entreabriendo los labios en triunfal sonrisa.

-¡Lo encontré¡-La voz de Perdiz era un aullido-. ¡Lo encontré! ¡Lo encontré! ¡Oro!

Como si la exaltación le hubiera agotado, el viejo se dejó caer hacia atrás en su asiento. Forster le miró, pensativo.

Sabía que se las había con un fanático. Resolvió seguirle la corriente.

-Fabrique su oro- dijo en tono de aprobación-. Fabríquelo en cantidad. Cuanto más, mejor. Pero recuerde una cosa: soy yo quien lo necesita, no Guthrie. Él no es nada más que mi agente.

Perdiz afirmó con la cabeza.

-Podría usted fabricar millones de dólares-insistió Forster;-millones en lugar de millares. Así ha dicho Guthrie; pero no ha pasado del dicho. Fabrique más y más...

Forster hizo una pausa al ver el brillo en los ojos del hombre.

Sabía que estaba despertando el interés de Perdiz.

Aguardó para darle ocasión al anciano para que hiciera una promesa.

-¿Desea usted millones? - inquirió Perdiz-. ¡Le daré a usted millones! Pero debe acordarse de una cosa: este secreto es mío. Fabrico este oro para usted nada más. Nadie debe saber de dónde viene.

-Nadie lo sabe - declaró Forster-. Nadie más que usted, yo y Guthrie.

-¿Los mineros?

-Nada saben.

-¿Usted está siempre allí?

-He estado siempre allí desde que se hizo el primer envío. He venido al Este, después de telegrafiarle a Guthrie diciéndole que interrumpa los embarques para acelerar la producción. Por eso le telegrafié a usted diciéndole que le haría esta visita.

-Comprendo - dijo Perdiz-. Quería ver por sí mismo, averiguar si todo lo que había dicho Guthrie era verdad. Quería que le enseñara yo.

El semblante de Forster reflejó avidez. La codicia del hombre, aparente en todos sus actos, había llegado a su punto culminante.

Al hacerle Luciano Perdiz una seña para que se levantara, Clifford Forster se puso en pie de un brinco y echó a andar al dirigirse el anciano hacia el vestíbulo.

A la puerta se encontraron con el hombre moreno que le había abierto la puerta a Forster. Observando la mirada interrogadora de éste, Perdiz hizo la presentación.

-Este es Vignetti-dijo-. Yo le llamo mi fiel corso. He viajado a muchas partes y por muchos países. Y en Córcega, hace muchos años, le ofrecí asilo a un muchacho cuyos padres habían muerto en lo que les italianos llaman una <vendetta>. Vignetti me ha servido desde entonces.

Durante esta explicación, el corso permaneció silencioso e inmóvil. Perdiz vió que Forster se fijaba en esto y el viejo le explicó el motivo.

-Vignetti habla muy poco inglés-declaró-. Sólo lo bastante para preguntarles a los forasteros qué desean, para salir a la puerta cuando viene alguien, como hizo con usted. Es como un perro guardián; y por dicho motivo es, precisamente, el hombre que yo necesito aquí.

Con unas cuantas palabras en italiano, el anciano ordenó a Vignetti que les siguiera cuando condujo a Clifford por la casa.

Entraron en una habitación grande que daba al vestíbulo. Esta formaba un laboratorio de química. Bajaron al sótano por una escalera. Allí había depósito y crisoles.

En un rincón yacía una pila de lingotes dorados. La mirada de Forster expresó avidez. Perdiz sonrió.

-Experimentos fracasados - dijo. Ese metal no es oro. Representa esfuerzos perdidos.

Abrió una puerta que estaba cerrada con llave y subieron unos escalones de piedra que conducían a un prado grande que rodeaba la casa. Perdiz hizo una seña a Forster para que le siguiera.

Pasaron junto a un pequeño cobertizo de herramientas a unos cincuenta metros del edificio grande. Luego Perdiz alzó la mano en aviso al llegar a la orilla de un farallón.

Forster se acercó cautelosamente y miró hacia el fondo del precipicio. El río corría treinta metros más abajo. A ambos lados, hasta donde le era posible ver a Forster, había precipicios de paredes tan lisas como si hubiesen sido cortadas con un hacha gigantesca.

-Este lugar está inmunizado contra intrusos-sonrió el anciano-. No hay ser humano capaz de escalar esa roca.

-Pero la valla...

-¿Ve usted allí?-Perdiz señaló en una dirección; luego en otra-. Fíjese en cómo sobresalen los extremos de la valla sobre el precipicio. Ahora mire este alambre-indicó un cordón que corría a lo largo del borde del acantilado, de valla a valla-, que sirve de eslabón de conexión. Esto forma una red con la valla. Está aislado solamente donde bordea el precipicio. Por la noche, la corriente que pasa por el alambre significaría la muerte para quien lo tocase.

-¿La verja?

-También está conectada por la noche. Nadie puede entrar en el recinto. Ya ve usted, señor Forster, cuán bien estoy protegiendo mis operaciones.

Volvieron a la casa, moviendo Forster la cabeza con mayores gestos de aprobación al ver a hombres de atlético aspecto trabajar por el lugar.

Con Vignetti y aquellos hombres, Luciano Perdiz tenía la necesaria protección contra intrusos.

A pesar de la avidez con que deseaba aumentar sus beneficios, Forster reconoció aquellos factores como gastos necesarios. Pero, cuando hubieron regresado a la casa y se hallaron de nuevo en la biblioteca, Forster volvió a su tema original.

-He de marcharme pronto - dijo, consultando su reloj-. Pero, antes de marcharme, quisiera hablar más respecto a la producción.

-Naturalmente-interpuso el científico-. Aguarde un momento. Diré a Vignetti que llame a un taxi para que le conduzca a la estación.

Habló con el corso; luego se volvió de nuevo a Forster.

-Desde ahora en adelante-prosiguió éste-, permaneceré en contacto con usted, Perdiz. Estoy harto de las promesas de Guthrie. La producción debiera ser ahora de cien mil dólares al mes. Quizá más.

Perdiz sonrió, regocijado, alzando la mano.

-Millones, señor Forster-dijo en un susurro-. Tendrá usted millones. Todo cuanto desee. Mientras me sea guardado el secreto.

-Nadie más que Guthrie y yo lo conoce.

Vignetti regresó. Habló en italiano y Perdiz le contestó en el mismo idioma.

El corso se fue.

-El coche está en camino-observó Perdiz-. Marcha usted a Nueva York. Yo vuelvo a mi laboratorio, a preparar una producción mayor de oro puro.

Clifford Forster estaba encantado. Escuchó, extático, mientras el anciano charlaba. Reapareció Vignetti con una bata sobre la que descansaba un par de guantes largos.

Luciano Perdiz hizo una pausa para ponerse los guantes, cogiendo cada uno de ellos por la parte de la muñeca e introduciendo la mano. Luego Vignetti le ayudó a ponerse la bata y el viejo salió al vestíbulo, seguido de Forster.

La puerta de salida estaba abierta. Mientras aguardaban allí, apareció el coche al otro lado de la verja. Vignetti echó a andar delante para abrirla.

Perdiz y Forster le siguieron.

A mitad de camino, el viejo se detuvo para despedirse de su visita. La voz de Perdiz contenía un aviso al decir adiós.

-Sus esperanzas se verán realizadas –dijo-. Tenga confianza en mi habilidad. Estoy trabajando en interés de usted.

-No le diga nada a Guthrie-aconsejó Forster, a su vez-. No le diga que he estado yo aquí. Este asunto es cuenta nuestra nada más. Esta ha sido una visita secreta.

El viejo movió afirmativamente la cabeza. Le tendió su mano derecha enguantada. Forster la estrechó calurosamente. Luego se dirigió al automóvil, que esperaba.

En la estación de ferrocarril, durante los diez minutos que tuvo que esperar a que llegara el tren, Clifford Forster volvió a ser objeto de observación de dos hombres: Vic Marquette y el individuo delgado que parecía español.

Clifford Forster no sabía que le estaban vigilando. Estaba, pensando en la vista que acababa de hacerle a Luciano Perdiz. Su cabeza estaba llena de sueños de riqueza. Forster tenía el convencimiento de que el inmediato porvenir le tenía reservadas muchas cosas.

De haber podido ver el verdadero porvenir, sus sueños se hubieran convertido en pesadillas.

## *CAPÍTULO V*
## *LA MUERTE LENTA*

Largas sombras poblaban la brumosa noche cuando Clifford Forster subió los escalones de la casa vieja que era su residencia en Nueva York.

Metió el llavín en la cerradura; pero antes de que pudiera abrir la puerta, alguien lo hizo desde dentro.

-¡Ah! Estás en casa esta noche, Graver-dijo Forster con aprobación-. No sabía si habrías recibido mi telegrama o no.

-Siempre estoy aquí, señor Forster -repuso el hombre alto y de rostro solemne que había abierto la puerta.

-Eres un buen vigilante, Graver-dijo Forster-. No te necesitaré esta noche, sin embargo. Voy a entrar en la biblioteca y cuando suene el timbre de la puerta, ya abriré yo personalmente. Espero una visita.

-Está bien, señor.

Forster le vió subir la escalera. Luego entró en la biblioteca, cuarto que se hallaba a un lado de la casa. Era una habitación húmeda. Las ventanas estaban cerradas y las cortinas echadas.

Fuera, la calle estaba a oscuras. El brillo momentáneo, que había revelado a Forster cuando entraba, ya no se veía. Pero en la oscuridad, un hombre salía de una callejuela frente a la casa.

Este individuo, vestido de negro, bajó rápidamente la calle, alejándose de la casa. Entró en un establecimiento pequeño y se acercó a la cabina telefónica.

Era Harry Vincent que llamaba a Burbank para notificarle que Clifford Forster había llegado a Nueva York.

Mientras Vincent estaba ocupado así, volvieron a sonar pasos en la acera delante de la casa de Forster. Un hombre subió los escalones y llamó a la puerta. Esta se abrió y Clifford invitó al recién llegado a que entrara. Los dos se dirigieron a la biblioteca.

-Bien, Guthrie-dijo Forster:-¿qué tiene usted que decirme?

El hombre contrastaba notablemente con el obeso propietario de minas.

Lawrence Guthrie era un individuo cadavérico que parecía mucho más viejo de lo que era en realidad. Su rostro era alargado y perspicaz; su cabello, escaso; sus ojos, agudos y astutos.

Estaba mirando a Forster con la evidente intención de averiguar por qué había hecho el propietario de minas aquel viaje inesperado a Nueva York.

-Recibí su telegrama -dijo en voz rápida y nerviosa-. He venido aquí corno usted me ha dicho; pero no comprendo para qué quiere verme. Los asuntos han ido marchando bastante bien.

-Lo bastante bien para usted tal vez -gruñó Forster, - pero no lo bastante bien para mi gusto.

-¿Por qué no?

-Escuche, Guthrie, más vale que hablemos claro de una vez. Voy a empezar por el principio.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó un puñado de papeles y lo extendió sobre la mesa.

-Aquí está todo-dijo-. El contrato de usted; el de Perdiz; una lista de gastos... todo lo relacionado con nuestras transacciones. De forma que si hubiera alguna discusión, lo tenemos todo por escrito. ¿Comprende?

Guthrie pareció extrañado.

-No... no comprendo...

Clifford cortó en seco la débil protesta.

-Pues ya comprenderá-afirmó-. Estoy examinando el asunto serena e imparcialmente. Encárguese ahora de escuchar, que yo me encargaré de hablar. Luego escucharé yo lo que usted tenga que decir.

Guthrie guardó silencio, al examinar Forster los documentos que tenía delante. El rostro cadavérico de Guthrie reflejó preocupación. No obstante, guardó silencio y esperó.

-Empezaremos por el principio-declaró Forster-. Usted es un promotor, Guthrie, y un promotor bueno, por añadidura. Se las arregló usted, Dios sabe cómo, para descubrir a Luciano Perdiz, que necesitaba capital para fabricar oro sintético. Despertó usted mi interés. Celebré una entrevista con Perdiz. Corrí un riesgo. Proporcioné el capital.

-Es cierto-asintió Guthrie.

Siguió otra pausa. Forster estaba consultando los papeles. Guthrie miraba a Forster. Ninguno de los dos hombres observó un movimiento, casi imperceptible de la cortina de una ventana.

Una sombra larga y plana empezó a proyectarse en el suelo, llegando casi hasta la mesa ante la que estaban sentados Guthrie y Forster, uno frente al otro.

-Yo vi una manera de ganar millones -continuó Forster-, y le prometí a usted su parte. Las condiciones fueron satisfactorias para ambos. Aguardé mientras el viejo ponía las cosas en marcha.

»Me quedé encantado al llegar el primer cargamento de oro a la mina Nueva Era, hace unos meses. Aquello era el principio. Esperaba de usted y de Perdiz que continuaran los suministros.

-Y han continuado-observó Guthrie.

-Sí - repuso, fríamente, Forster; han continuado... ¡en cantidad irrisoria! Con esas cantidades sin importancia han dado ustedes promesas. Producción doble... producción cuádruple... pero todo ¡ha quedado reducido a promesas. ¿Por qué?

Guthrie se mordió los labios.

-Es culpa de Perdiz – dijo-. Él es quien fabrica el oro. Yo no sé una palabra del asunto...

-Cargándole el mochuelo a Perdiz, ¿eh? Eso no cuela conmigo, Guthrie. ¿Y las promesas que usted me hizo?

-Le prometí lo que a mí me había prometido Perdiz.

-¿Sí? Bueno, y... ¿por qué no ha producido Perdiz?

-Creí que estaba produciendo. He procurado no acercarme a Westbrook Falls, de acuerdo con lo que a usted le dije. Los cargamentos salen de allí. Sería un mal asunto que anduviera yo rondando por el lugar...

-Alguien me está dando largas-interrumpió Forster-. O usted o Perdiz. He hablado con...-vaciló y dijo apresuradamente: - Tengo motivos para creer que es usted el culpable.

Guthrie nada contestó a la acusación. Caído en la silla, parecía el desaliento personificado. Su actitud pudiera haber sido la de una persona culpable; pero también podría indicar un hombre inocente enfrentado con una acusación injusta.

-Yo me he portado lealmente con usted, Guthrie. Tal vez haya obrado con excesiva nobleza. Le dije desde el primer momento que este asunto del oro sintético había que desarrollarlo con mucho tiento. Si le dijéramos al público que estábamos fabricando oro, el mercado del oro daría un bajón. Por eso estoy plantando el metal, en la mina Nueva Era.

»Ahora que me he metido en el asunto, pienso llegar hasta donde sea necesario. La Nueva Era no puede durar indefinidamente. Despertaría sospechas. Por eso pienso vender la propiedad de la mina y empezar a plantar oro en la mina Procyon.

»Después de esto... -Forster se encogió de hombros-. Pero ¿a qué seguir? Usted conoce el plan, puesto que se lo comuniqué. Ahora parece como si estuviera usted intentando empezar algo por cuenta propia.

-¡No! ¡Yo estoy obrando con lealtad!-protestó Guthrie-. Quiero que le salgan a usted bien los planes. Cuanto mayor sea la cantidad que usted obtenga de Perdiz mayor será la parte que me corresponda...

-¿Sí? - Forster le interrumpió con voz fría-. Pero ¿y si estuviera usted traicionándome a mí? ¿Y si estuviera reteniendo parte del oro que Perdiz produce?

-Tal vez lo esté reteniendo Perdiz. Lo que es yo...

-¿Perdiz?-exclamó el otro con desdén-. El valor del oro nada representa para él. Está satisfecho ahora que está instalado. Conozco el pasado de usted, Guthrie; por eso desconfío tanto. Pero estoy en situación de poder imponer condiciones.

»Siempre ha andado usted a la caza de todo lo que ha podido sacar. Un promotor «vivo» a la busca de dinero fácil. Pues bien-el tono de Forster se hizo más duro:-¡esta vez ha escogido usted mal hombre a quien sangrar!

Lawrence Guthrie se puso en pie de un brinco, furioso. Amenazó con el puño a Clifford Forster y gritó su contestación a la acusación del otro.

-¡Yo no soy un traidor!-dijo-. Soy un simple intermediario entre Perdiz y usted. Él es un excéntrico. Tengo que trastearle con cuidado. Y en lugar de dejarme hacer, usted... usted...

Inclinándose sobre la mesa, le dirigió una serie de insultos a Forster. El propietario de minas, congestionado el rostro de furia, se puso en pie de un salto para, hacer frente al desafío. En su precipitación, volcó la silla en que había estado sentado.

AL seguir emitiendo Guthrie maldiciones, Forster pasó al otro lado de la mesa y descargó un puñetazo que no dio a su contrincante. Durante un momento, los dos hombres lucharon ferozmente cuerpo a cuerpo; luego Guthrie apartó a Forster de un empujón. Este se agarró al borde de la mesa y miró al otro, con ira.

Guthrie, tranquilizándose rápidamente, se estaba mordiendo los labios, como si se arrepintiera de lo dicho. Sabía que Forster le tenía en su poder; que había cometido un grave error al dejarse llevar de la ira. Vió a Forster medio apoyado en la mesa, jadeando.

-Es tonto pelearse por esto-declaró Guthrie en son de excusa-. Yo creo que los dos estamos equivocados. ¿Por qué no ser razonables?

Forster, rehaciéndose lentamente de la fatiga producida por los esfuerzos hechos, empezó a moverse pegado a la mesa. No hizo el menor gesto amenazador en dirección a Guthrie; es más, casi parecía sin fuerzas para hacerlo. Pero su mirada reflejaba un antagonismo intenso.

-Conque-dijo Forster, casi ahogándose de rabia, - conque ahora intenta volverse atrás, ¿eh? Eso ya lo veremos.

Empezó a recoger los papeles que había sobre la mesa. Sus manos se tornaron torpes. Los documentes se le escaparon de entre los dedos. Sin dejar de mirar a Guthrie, persistió en su vano esfuerzo.

De pronto, sus manos parecieron quedarse rígidas; sus brazos perdieron las fuerzas. Se apoyó sobre los codos y se miró las manos con saltones ojos.

-¿Qué... qué está ocurriendo?-preguntó con voz asustada-. Mis manos... mis brazos...

Miró a Guthrie, y su voz se alzó en frenético aullido al ver la pálida faz del otro.

-¡Me has inutilizado!-gritó-. ¡Estoy paralizado! ¡Mis manos... mis brazos... mis hombros¡ ¡Esto es obra tuya, Guthrie! ¡Es obra tuya, canalla!

La mirada de Guthrie se tornó inquieta al oír estas palabras. Retrocedió en dirección a la puerta. Forster gritó nuevos insultos al ver marcharse al otro.

-¡Esto es obra tuya, Guthrie! ¡Obra tuya!

Guthrie abrió la puerta y salió rápidamente al pasillo. Estaba lleno de pánico ya. Se dirigió apresuradamente a la puerta de la calle. Por el camino pasó cerca de un hombre que bajaba la escalera. Era Graver, que acudía alarmado por los gritos que había oído.

No siguió a Guthrie. Es más, apenas se dio cuenta de su existencia, tanta era su ansiedad por llegar a la biblioteca donde aún gritaba Clifford Forster.

El propietario de minas estaba caído sobre la mesa; sus ojos vidriosos vieron al hombre en cuanto entró.

-¡Detenle! - gritó roncamente-. ¡Detén a Guth... detén a Guth... ahogóse su voz al intentar pronunciar el nombre-. ¡Detén a ese hombre¡

Las demás palabras pronunciadas por Forster resultaron ininteligibles; pero Graver comprendió. Dando la vuelta salió en persecución de Guthrie.

Se cerró la puerta de golpe al salir el hombre a la calle. Un instante después se oyó un golpe en la biblioteca al caer el cuerpo de Clifford Forster al suelo, pesadamente.

El moribundo miraba hacia arriba con los ojos vidriosos y moviendo inútilmente los labios. La terrible parálisis le había llegado a la garganta; tenía los miembros entumecidos.

¡La muerte progresiva estaba haciendo otra víctima!

De pronto aquellos ojos de mirada fija vieron algo que al febril cerebro de Forster se le antojó una visión del más allá.

En su campo visual entró una alta figura vestida completamente de negro, un ser envuelto en los pliegues de una larga capa, con las facciones sombreadas por la ancha ala de un sombrero flexible.

La figura espectral se acercó más. Se paró junto a Clifford Forster. Se inclinó sobre él. Los ojos de La Sombra brillaron como puntos de luz al encontrarse con la fija mirada del moribundo.

Instintivamente, el cerebro, medio entumecido de Forster se dio cuenta de que aquel recién llegado pudiera resultar un amigo. La vista de aquellos ojos despejó momentáneamente su cabeza. El pensamiento de Lawrence Guthrie se desvaneció de su brumosa mente. Experimentó una nueva sospecha.

Haciendo un supremo esfuerzo, intentó hablar. Se movieron sus labios; su voz salió en chirriante gemido, intentando pronunciar las palabras que deseaba.

EL esfuerzo fue demasiado grande. Los labios trémulos se inmovilizaron.

Los desorbitados ojos de Clifford Forster dejaron de ver. ¡La muerte progresiva había logrado su victoria!

Sombrío e inmóvil, La Sombra se quedó mirando al muerto que yacía a sus pies. De pronto, a los finísimos oídos escondidos llegó un sonido de la calle.

La Sombra se volvió y, con una mano enguantada, recogió los papeles que había sobre la mesa.

Sonaron voces al ser abierta la puerta de la casa. Con paso ágil y rápido, La Sombra cruzó el cuarto, viéndosele a su larga capa el forro carmesí al cortar el aire.

Cuando Graver y el policía irrumpieron en el cuarto, un momento después, sólo vieron el cadáver de Clifford Forster. El silencioso testigo del encuentro entre Forster y Guthrie, el único hombre que había presenciado los últimos estertores de Clifford, no se hallaba ya allí. Sólo una larga sombra cruzaba el suelo, proyectándose desde la ventana. Ni Graver ni el policía la vieron.

La espectral sombra se alejó silenciosamente. El roce de la cortina fue tan leve, que no hubiera podido oírse. Los dos hombres quedaron solos en el cuarto en que la muerte progresiva había reclamado una víctima.

La Sombra se había marchado. La muerte había hecho su obra allí. Aquella parte del crimen estaba terminada. Pero, en otra parte, La Sombra sabía que se estaban tramando nuevos crímenes. ¡El origen del crimen se hallaba en otro lugar!

## *CAPÍTULO VI*
## *EN EL LABORATORIO*

Luciano Perdiz estaba trabajando en su laboratorio. Enfundado en manchada bata y con largos guantes blancos, el viejo estaba haciendo una serie de experimentos poco corrientes. Sosteniendo una probeta en la mano, vertió una cantidad de líquido incoloro que contenía una botella.

A esto agregó unas gotas de un fluido purpúreo, luego unos granos de polvo rojizo. El líquido de la probeta se empañó, luego se puso de un color chocolate. ¡Dentro de él aparecieron minúsculos copos de oro!

Perdiz colocó la probeta sobre un soplete. Lo encendió y lo mantuvo a llama baja. Los copos de oro se movieron lentamente dentro del liquido. El anciano obtuvo el resultado con avidez; luego se alejó y bajó la escalera hacia la habitación inferior.

Allí había dos hombres ante un horno. AL acercarse Perdiz, uno de ellos se inclinó hacia adelante y abrió la parte inferior del horno, exhibiendo un crisol lleno de una masa amarillenta de metal en fusión. Perdiz sonrió y movió afirmativamente la cabeza.

Se cerró la compuerta y sonó el rugido del horno, que el viejo escuchó como si oyera música agradable al oído. Salió del cuarto y subió la escalera. Desde el laboratorio salió al exterior.

Estaba anocheciendo. Una estrella solitaria titilaba en el firmamento. Los ojos de Luciano Perdiz miraron en aquella dirección. Pero no se fijaron en la estrella. Estaban mirando una chimenea que había encima del edificio.

Apareció en la parte superior de la misma una llamarada. Luego se desvaneció. Vióse otra llamarada a continuación. Luciano rió. Volvió al laboratorio y tornó a contemplar la probeta que contenía copos de oro.

Se volvió y vió a Vignetti que entraba en el laboratorio. Hizo una señal al corso y el fiel criado fue a colocarse a su lado. Perdiz indicó la probeta y rió.

Luego, en voz baja, empezó a hablar con Vignetti.

El método de conversación que empleó Perdiz resultaba curioso. Hablaba en inglés, como si expresara sus pensamientos en alta voz. Cuando llegaba a ciertos comentarios, se volvía a Vignetti y agregaba unas cuantas palabras italianas como interpretación.

-¿Lo ves ahí, Vignetti? -inquirió, señalando la probeta, que hervía ya-. Tal vez lo haya descubierto; tal vez no. ¡Ah! ¡Día llegará en que lo logre, Vignetti¡

»¡Oro! ¡Oro!-La voz del viejo se alzó en un grito-. Los alquimistas lo buscaron-su voz bajó a un susurro,-pero no pudieron encontrarlo. Intentaron trasmutar en oro los metales bajos. Mi sistema ha sido distinto. Yo he compuesto los metales, los he mezclado. Buscando primero aquello que se parece al oro, he preparado el camino para llegar algún día más allá y formar oro puro.

»Tal vez fracase, pero ahora ya no importa. Mi oro falso me ha proporcionado oro bueno. Eso es porque soy inteligente, Vignetti.

Perdiz apagó el soplete y observó cómo se posaban los copos de oro en el fondo del turbio líquido. Se encogió de hombros y se volvió nuevamente hacia Vignetti.

-¿Recuerdas aquel hombre que estuvo aquí hace unos días? - inquirió. Quería mi oro, Vignetti. El oro de verdad, no el metal amarillo que parece oro.

»Le he estado dando oro, Vignetti; oro que es mío, oro que he obtenido mediante el trabajo de mi cerebro, a cambio del oro falso. Pero quería aún más, más, más, siempre más.

»Bueno, Vignetti, ya no tenemos por qué preocuparnos de él. Era demasiado codicioso, Vignetti.

El anciano hizo una pausa. Cuando volvió a hablar, su tono era de remembranza.

Sus frases inglesas estaban más salpicadas de italiano y Vignetti escuchó con atención y placer.

-Has viajado lejos conmigo, Vignetti-dijo Perdiz-. Hemos estado en todas partes. Has visto... has aprendido. La «vendetta» que viste en tu niñez no era nada, ¿eh, Vignetti? Unas cuantas personas... matando... allá en una isla. Los que mataban morían a su vez.

»Pero mi «vendetta»-los rojos brillantes del viejo hallaron su reflejo en el brillo de los de Vignetti, - ¡ ah! ¡ Mi «vendetta» es contra el mundo¡ ¡Un hombre contra muchos y... nunca fracaso! No mientras cuente con tu ayuda, mi fiel Vignetti.

»¿Te acuerdas en Pekín? ¿Mi riña con aquel sabio chino Li Tan Chang? Sabía que quería matarle. No quería comunicarme los secretos que sabía. Matarle era mi único medio. Intentó matarme a mí cuando me tendió, tan amistosamente, la mano.

»Pero tú estabas allí, Vignetti. Sabías lo que tenía la intención de hacer. Tu cuchillo me salvó la vida. Logré lo que deseaba. Y, con ello, descubrí el secreto de la muerte que Li Tan Chang había intentado darme. ¡Oh! ¡El secreto me ha servido bien! ¿Recuerdas cómo lo

empleé en Hamburgo, cuando Tolfens, el científico alemán, se negó a revelarme mis métodos de experimentación? Tolfens ha muerto; pero su obra continúa. Es mi obra ahora. Has hecho bien, Vignetti, en serme fiel.

EL viejo se irguió, con orgullo. Miró hacia el otro extremo del cuarto mientras se quitaba automáticamente los guantes de trabajo. Se los entregó a Vignetti. El corso abrió un cajón de la mesa, que estaba cerrado con llave, y depositó los guantes en la parte delantera.

-¡Oro!-Perdiz pronunció la palabra en tono majestuoso-. ¡Oro! ¡Lo tendré yo todo, Vignetti! Todo el que hay en el mundo, algún día. ¡Tanto, que reinaré! ¡Reinaré como dueño y señor!

»Esos hombres que están trabajando para mí; esos amigos míos de tantas tierras como he visitado, están acumulando riquezas. Morales, Gleason, Armagnac, Pallanci, Sukuios están acumulando riquezas. Pero yo tengo más que ellos. Todo lo mío es oro; no acepto ninguna otra cosa. Oro... oro... más oro, y lo tendré. Forster lo deseó; pero yo lo tendré. Tengo mucho ya... ¡millones!

Emitió una risa que restalló como una chispa eléctrica. Parecía estar riendo alguna gracia. Vignetti permaneció en pie, mirando tranquilamente al viejo.

Su expresión demostraba que aquella conducta excéntrica era cosa normal en Luciano Perdiz.

-Sí, Vignetti - la nueva entonación del hombre era astuta y calculadora-, ya poseo riquezas. Con la riqueza tendré poder. Ninguna otra riqueza puede igualarse con la mía. Mi poder jamás se desvanecerá. Pronto estaré en condiciones de regir al mundo.

»Sin embargo, he de andar con cuidado. Hay hombres que intentarán derrocar mi poder. Del caos surgiré y me elevaré a la gloria. ¡Es preciso que cree el caos¡ ¡La muerte trae consigo el caos! Hay hombres que gobiernan aquí en América. Grandes hombres de negocios, grandes hombres de política, grandes hombres de poder, y yo me enfrentaré con ellos. Como amigos nos encontraremos, ellos y yo. ¡Como amigos morirán! ¿No resulta eso maravilloso? Es mejor que el cuchillo, Vignetti, porque el cuchillo es señal de enemistad.

»Ese es el método de «vendetta» que tú conociste en Córcega. Mi método es infinitamente mejor, el método de Li Tan Chang, ¡el método de la amistad! ¡Ja, ja, ja!

La risa, aquella repercutió por todo el laboratorio. Hasta el inconmovible Vignetti participaba en el entusiasmo del viejo. Su oscuro rostro estaba lívido de insidioso placer.

-Banqueros... millonarios... presidentes...-El tono de Perdiz expresaba el más profundo desprecio;-¿qué me importan a mí todos ellos? Morirán, a una orden ¡mía. ¡Todo el que se me oponga morirá!

En la brillante iluminación eléctrica del laboratorio, el rostro de Luciano Perdiz había alcanzado una ferocidad increíble. Pero su frenesí fue desvaneciéndose. De nuevo se convirtió en el sereno y apacible anciano que Clifford Forster había hallado tan amable.

Sonó un timbre en otro cuarto. Luciano Perdiz miró a Vignetti. El corso movió afirmativamente la cabeza. El timbre indicaba que alguien se hallaba ante la verja de entrada. El criado salió apresuradamente del laboratorio y el viejo aguardó, junto a la puerta, su regreso.

-Es el señor Lawrence Guthrie-replicó Vignetti en su deficiente inglés, idioma que usaba con frecuencia para anunciar visitas.

-¡Ah! ¡Guthrie!

La voz de Perdiz expresaba satisfacción.

Con brillante mirada, el anciano salió al vestíbulo. Allí habló con Vignetti en italiano. El corso asintió con la cabeza. Perdiz señaló la puerta e hizo un ademán que significaba que debía permitírsele a la visita la entrada. Vignetti se dirigió a la verja.

Unos minutos después, el corso hizo pasar a Guthrie al laboratorio. Perdiz, con una sonrisa agradable en los labios, aguardaba en pie para saludar a su inesperado visitante.

## *CAPÍTULO VII*
## *GUTHRIE HABLA*

Los ojos de Guthrie expresaban preocupación cuando se halló, cara a cara, con el viejo. Este se dio cuenta en seguida. También vió que Guthrie dirigía una mirada de ansiedad a Vignetti, que había entrado detrás de él. Perdiz habló en italiano. El corso se retiró.

Guthrie, con el semblante más cadavérico aún que de costumbre, se convirtió en un ser que inspiraba verdadera lástima en cuanto se encontró a solas con Perdiz. Era evidente que sufría una tensión enorme; que había estado, aguantando, un sufrimiento mental terrible.

Ahora que nadie más que el anciano podía presenciar su estado, Guthrie se dejó caer, hecho un guiñapo, en un taburete que había junto a una mesa de trabajo. Dirigió una mirada de animal perseguido hacia Luciano Perdiz.

-¿Qué ocurre, Guthrie? - inquirió aquél, solícito.

-¡Yo no lo hice!-exclamó el hombre-. ¡Usted me creerá, Perdiz! ¡Yo no lo hice!

Se ahogó su voz, y sepultó la cabeza entre los brazos. Luciano permaneció silencioso unos instantes, contemplándole. Luego inquirió:

-¿Qué es lo que no hizo usted?

Guthrie alzó la cabeza y le miró con incredulidad. Vió que Perdiz estaba intrigado. Durante un instante, pareció iluminarse el semblante de Guthrie; luego expresó desconfianza. Perdiz se dio cuenta de las antagónicas emociones. Habló en voz dulce y bondadosa.

-¿Qué sucede, Guthrie? Parece pesar sobre usted una gran preocupación...

-Nada-protestó el otro, mirando a su alrededor, como acorralado-. Nada... es decir... si no está usted enterado... Sin embargo, trabajo me cuesta creer que no haya oído...

-Oído... ¿qué?

La apacibilidad del anciano logró más de lo que hubiera conseguido un interrogatorio brusco. AL mirarle, Guthrie no vió más que amistosidad en el benigno rostro de Luciano Perdiz. Asió al viejo del brazo y le habló en voz intensa.

-¿No ha oído usted hablar-inquirió casi sin aliento,-no ha oído usted hablar de la... de la muerte de Forster?

-¿Forster?-Perdiz parecía extrañado-. ¿Quiere usted decir con eso que Clifford Forster ha muerto?

Guthrie afirmó con la cabeza; luego bajó la vista.

-¡Clifford Forster muerto! - exclamó Perdiz, con voz de aturdimiento-. ¡No puedo creerlo¡

-Todos los periódicos publicaron la noticia con grandes titulares-dijo Guthrie, de pronto-. Creí que usted lo habría leído, con toda seguridad.

-No tengo tiempo para leer periódicos. Vivo en un mundo aparte, Guthrie. Tengo pocos amigos fuera de aquí. Usted es uno de ellos; Forster otro. Ahora él ha muerto. Usted debe sentir la pérdida también, Guthrie.

-¡Sí que la siento! Es un verdadero golpe para mí, Perdiz. Por eso... por eso he venido a verle... porque creí que pudiera usted sospechar que...

Calló, temiendo continuar; pero al ver que Perdiz seguía solícito, cedió a una brusca resolución. Se puso en pie, junto a la mesa, y miró a Perdiz mientras hablaba.

-Forster llegó a Nueva York hace unas cuantas noches – dijo-. Mientras se hallaba en su casa, experimentó un ataque que le produjo la muerte. Ahora la policía sospecha que se

trata de un asesinato. Andan buscando a un hombre que se hallaba en casa de Forster cuando le alcanzó la muerte.

-¡Ah! ¿Sospechan que se trata de un crimen?

-Sí; aun andan buscando al visitante. No le han encontrado. Al parecer, no han hallado, indicio alguno que permita establecer su identidad.

-¿Sabe usted quién es?

-Sí.

-¿Quién?

-Yo.

Guthrie pronunció esta última palabra en tono deliberado. Luciano Perdiz pareció sorprenderse enormemente. Miró a su visita con sobresalto, incapaz de rehacerse de su sorpresa.

-Escúcheme usted, Perdiz-suplicó Guthrie-. Le diré cuanto sé... por qué estoy aquí... todo. ¿Me creerá?

-Usted es mi amigo - contestó el científico con sencillez-. Yo creo a mis amigos.

Una expresión de alivio apareció en el semblante de Guthrie. Se sintió libre para hablar y en sus palabras se adivinó una mayor confianza.

-Fui a visitar a Forster aquella noche-explicó-. Forster me había mandado llamar. Por desgracia, tuvimos un malentendido. Me fui porque me pareció Forster bastante irrazonable.

»Cuando yo salía, parecía estar sufriendo un leve mareo; pero ni por un momento se me ocurrió pensar que pudiera ser fatal. Su criado estaba allí; no existía el menor motivo para que yo me quedara. Pero a la mañana siguiente quedé asombrado al leer en el periódico que Clifford Forster había muerto y que se creía que le había causado la muerte un desconocido que le había visitado la noche anterior.

-¿Por qué no fue usted a la policía? -inquirió Perdiz-. Podía haber contado la verdad.

-Me hubieran preguntado el objeto de mi visita a Forster. Hubiese tenido que contar todo lo relacionado con el oro... el secreto de usted... mi acuerdo con Forster. Un relato tan extraño hubiese despertado sospechas.

-Comprendo.

-Pero la tensión resultaba superior a mis fuerzas. Cuanto más esperase, mayores serían las sospechas que recayesen sobre mí, en cuanto averiguaran mis relaciones con Forster. Me asusté.

»De pronto me di cuenta de que había una persona que pudiera adivinar la identidad del hombre que había visitado a Forster. Esa persona era usted.

Luciano Perdiz no respondió. Sus ojos tenían una mirada pensativa.

-Comprende usted, ¿verdad? - inquirió Guthrie-. Yo estaba seguro de que se habría usted enterado de la muerte de Forster, que se preguntaría dónde estaba, que sospecharía que era yo el desconocido.

»La tensión se hizo tan insoportable, que sentí la necesidad de hablar con alguien. Comprendí que era deber mío contarle a usted lo ocurrido. Salí de Nueva York... vine aquí... aquí... ¡en busca de mi único amigo!

-Ha obrado usted muy cuerdamente-declaró Perdiz, en voz baja-. Vamos, Guthrie. Está usted cansado. Entremos en la biblioteca donde podemos descansar y hablar cómodamente.

El anciano abrió el camino y Guthrie le siguió como un niño obediente. Una vez en la biblioteca, Guthrie se dejó caer en un asiento y clavó la mirada en el vacío, mientras Luciano le contemplaba.

-Dígame-preguntó el científico-, ¿por qué regañaron Forster y usted?

-Por cuestión del oro-respondió el interpelado, en voz monótona-. Forster estaba furioso porque no se había aumentado la producción.

-¿Qué le dijo usted?

-Le dije - Guthrie vaciló,- le dije que estaba usted haciendo todo lo que podía; Que las promesas que yo le había hecho estaban basadas, puramente, en mi creencia de que usted aumentaría la producción.

¿Qué dijo él?

-Aseguró que yo le estaba traicionando, que estaba usted produciendo más oro del que recibía él; que yo me estaba guardando una parte sin que él lo supiera.

-Y usted replicó...

-Le dije la verdad. Le dije que yo rara vez venía aquí; que dejaba el envío de los cargamentos a cargo de usted. Puso en duda mis palabras. Me insultó tanto, que acabé por perder los estribos y maldecirle. Luego me pareció más prudente marcharme.

-Y ahora...

-Ahora no sé qué hacer. Soy inocente. Pero tengo miedo de contar mi historia. No puedo sacar a relucir el nombre de usted, como es natural. No sería justo.

-No tendría usted necesidad de darle mi nombre a la policía.

-Me lo sacarían a viva fuerza. Si contaba una parte, no tendría más remedio que contarlo todo.

El viejo movió, afirmativa y pensativamente, la cabeza. Luego se acercó y posó una mano en el hombro de Guthrie.

-¿Sabía la gente que era usted amigo de Clifford Forster?-preguntó.

-Muy pocos lo sabían - respondió Guthrie, con inquietud-. Nuestras relaciones eran secretas; pero temo que se llegue a conocer mi nombre. Forster tenia unos documentos... allá, encima de la mesa.

Los labios de Luciano Perdiz se comprimieron al oír esto. Guthrie estaba sentado, con la cabeza caída sobre el pecho. Perdiz hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, como respondiendo a alguna pregunta que se hubiera hecho a sí mismo mentalmente.

-Tengo un plan, Guthrie-declaró-. Un plan maravilloso. Puedo protegerle a usted.

-¿Cómo?-preguntó Guthrie, alzando la cabeza, con avidez.

-Aguarde hasta mañana por la mañana-le instó el viejo con tono enigmático-. Tenga confianza en mí, Guthrie. Descanse un poco esta noche. Haré que Vignetti le llame a primera hora.

-¿Está usted seguro de que saldrá bien su plan?

-Completamente seguro. No se preocupe, Guthrie. No olvide que tengo riquezas. Mientras vivía Forster, el oro que producía era propiedad suya. Ahora que ha muerto, es nuestra.

La aseveración fue hecha con una naturalidad sorprendente. Sin embargo, hizo que apareciese en el demacrado rostro del otro una expresión de codicia.

La codicia dominaba a Guthrie tanto como lo hiciera a Forster. En su preocupación, había olvidado por completo que había quedado eliminado el principal receptor de las sintéticas riquezas de Perdiz.

¡Oro! EL pensar en él bastaba para exaltar a Guthrie. Alzó la cabeza y logró forzar una sonrisa. Resultó una mueca horrible. Luciano correspondió a ella con una sonrisa dulce.

-TaI vez podrá descansar más tranquilamente ahora – declaró-. Venga. Llamaré a Vignetti para que le acompañe hasta un cuarto de arriba. Es preciso que duerma, porque le aguarda un largo viaje mañana.

Guthrie se puso en pie y afirmó con la cabeza. Su rostro expresaba alivio; su fatigado cuerpo capitulaba ahora que ya vio, sentía la preocupación de antes.

El corso entró en respuesta a la llamada de Luciano. Acompañó a Guthrie a un cuarto del piso superior.

Vignetti fue la última persona a quien Guthrie vió aquella noche; También fue la primera a quien vio a la mañana siguiente. Eran las seis cuando el corso llamó a la puerta y le dijo que se levantase.

Guthrie se hallaba de buen humor cuando bajó la escalera. La puerta del laboratorio estaba abierta. Entró en el cuarto y encontró a Perdiz, alegre y animado, junto a una mesa de trabajo.

-Ha dormido usted bien-dijo, al ver entrar al otro.

-Sí-respondió Guthrie;-también usted parece haber descansado bien.

-Yo he estado aquí toda la noche-sonrió Perdiz-. Esta tarde descabezaré un sueño. Eso es cuanto necesito dormir. Cuando uno es viejo y está enfrascado por completo en una gran obra, el dormir apenas es más que una costumbre ocasional.

Guthrie le miró con incredulidad.

-Ahora-prosiguió tranquilamente el científico,-le diré cuáles son mis planes. Hay un tren que tiene la llegada a Westbrook Falls a las siete. Usted lo tomará.

-¿Hasta Nueva York?

-No... en dirección opuesta. Ese tren llega á Búffalo antes del mediodía. Allí cogerá usted un tren para el Canadá. Vaya a Toronto, vuelva a cambiar y tome otro tren a Montreal. Quédese allí en el Hotel Francais, donde recibirá un mensaje mío dentro de unos días. ¿Comprende?

-Sí. Ese mensaje...

-Constituirá una alegría para usted. Con él le llegarán fondos... dinero suficiente para que pueda irse a Europa con lujo y comodidad. Contendrá, asimismo, las instrucciones pertinentes en lo que se refiere al pasaporte. Todo estará en regla. Confíe en mí. Dé su verdadero nombre en el hotel; no hay motivo alguno para que se preocupe.

»Pero no debe saberse, so pretexto alguno, que ha estado usted en Westbrook Falls. Por consiguiente, al llegar a Búffalo, debe usted tener cuidado de destruir los billetes de ferrocarril que haya sacado.

»Haga lo propio cuando llegue a Toronto; y lo mismo en Montreal. Porque en Montreal empieza usted una nueva vida. Ha de olvidar las preocupaciones del pasado. ¿Comprende?

-Todo está bien claro- asintió Guthrie-. Tenga la seguridad de que seguiré, al pie de la letra, sus instrucciones.

Vignetti entró en el laboratorio. Luciano lo llamó y le habló en italiano.

Vignetti respondió en el mismo idioma.

-Vignetti buscará el coche para llevarle a la estación-le explicó Perdiz a Guthrie-. Aguarde usted aquí, conmigo, mientras inicio el experimento del día. Tengo ganas de ponerme a trabajar otra vez.

Guthrie vió cómo metía Vignetti las manos en el cajón. Vió un par de guantes en la parte delantera del cajón. El corso hizo caso omiso de ellos y cogió otro par que había doblado, en el fondo.

Se lo llevó a Perdiz, que los colocó sobre la mesa. Luego Vignetti sacó una bata y le ayudó al anciano a ponérsela. El corso se marchó.

-No olvide-dijo Perdiz,-que debe seguir mis instrucciones. Tengo confianza en usted, Guthrie; usted debe pagarme en la misma moneda.

-Tengo confianza en usted-respondió Guthrie-. Me ha dado nueva vida. ¡Es usted un amigo de verdad, Perdiz!

El viejo sonrió y cogió uno de los guantes. Lo dejó colgar de los dedos de una mano mientras se ponía el otro. Se puso el guante agitándolo por la muñeca. Repitió la operación con el segundo guante. Se volvió hacia una de las mesas, como para empezar un experimento nuevo. En aquel momento entró Vignetti.

-¡Ah! - exclamó Perdiz-. El coche está dispuesto. Vamos.

Salió al vestíbulo, lo cruzó, franqueó la puerta del mismo y se dirigió a la verja. Guthrie y Vignetti le siguieron. El corso subió al coche. Guthrie se detuvo a despedirse.

-Jamás podré agradecerle bastante su bondad-dijo, de corazón-. Es Usted un amigo de verdad.

-Usted aguarde-replicó el viejo;-aguarde a que haya completado todos mis planes. Le esperan a usted muchas cosas, Guthrie. Muchas cosas que usted no se espera.

Sus manos se unieron en un fuerte apretón. La mano desnuda de Guthrie estrechó la enguantada del otro. Guthrie subió al coche. Vignetti lo puso en movimiento.

Mirando hacia atrás, el hombre vió a Luciano Perdiz de pie junto a la verja ondeando su blanca cabellera a impulsos de la brisa matutina, el anciano parecía la bondad personificada.

El coche dobló un recodo y desapareció el cuadro. Vignetti conducía en silencio; Guthrie, satisfecho, estaba reclinado en el asiento.

Su mente ya no estaba preocupada. En su cerebro repercutían aquellas palabras que había pronunciado Perdiz después de estrecharle la mano en despedida.

«Le esperan a usted muchas cosas, Guthrie. Muchas cosas que usted no se espera.»

Lo mismo que Clifford Forster, Lawrence Guthrie había dejado a Perdiz llevándose una promesa. Lo mismo que Forster, Guthrie pensaba en el oro.

Lo mismo que Forster, Guthrie sentía la seguridad de haber dejado un buen amigo.

¡Ni por un momento se le ocurrió a Lawrence Guthrie pensar en la muerte progresiva!

## *CAPÍTULO VIII*
## *VIGILANCIA MISTERIOSA*

Al otro lado de la garganta en el lugar en que la carretera se internaba en el bosque, había un hombre de pie en un macizo de matorrales. Tenía en la mano unos prismáticos de gran potencia. Sus ojos atisbaban por los cristales.

Al aparecer el coche conducido por Vignetti, el oculto observador lo vió a menos de cien metros de distancia. Con ayuda de los prismáticos pudo ver claramente el rostro de Lawrence Guthrie y el de Vignetti, porque el coche había acortado la marcha para tomar la curva.

Cuando el automóvil hubo desaparecido por el bosque, el hombre bajó los prismáticos y se echó a reír. Dando media vuelta, tiró por una senda, apenas marcada, que le alejó del lugar en que había estado vigilando.

Era alto, de negro cabello y centelleantes ojos negros. Al caminar por el bosque, el hombre sonrió, con satisfacción.

El sendero bordeaba el precipicio por el lado opuesto a la parte posterior de la residencia de Perdiz. Estaba lo bastante separado del mismísimo borde para que no fuera visible el que pasaba.

Cuando el hombre llegó a un punto determinado, se detuvo y volvió a alzar los prismáticos. Apartando las ramas de un arbusto, miró, por encima del abismo, en dirección a la finca del científico.

Vió, por entre los árboles, la enorme casa. El pequeño taller, próximo a la garganta, estaba escondido tras los troncos y vegetación. EL observador parecía estar buscando señales de actividad en la casa. Por fin dio por terminada su labor, y continuó andando por el sendero.

Este se iba apartando del farallón y, después de un corto paseo, el hombre llegó a una cabaña situada en un claro del bosque. No había camino alguno hasta la misma. Era, aparentemente, un edificio viejo y desierto.

EL hombre subió los escalones de la cabaña y entró. Se encontró en un cuarto en que un hombre bajo y musculoso dormitaba en una silla. Al oír las pisadas, éste se puso en pie de un brinco, excitado.

Cuando reconoció al recién llegado, volvió a ocupar su asiento, avergonzado. El hombre alto se echó a reír.

-Te asusté, ¿eh?-inquirió-. ¡Ah¡ ¡Te estás volviendo nervioso, José!

EL aludido no respondió.

-Nuestro amigo se ha marchado-observó el alto-. El que viste llegar anoche, ¿recuerdas? Me figuré que marcharía hoy, a primera hora. Por eso estuve vigilando, para verle. Han de madrugar mucho, José, si esperan pillarle a Alfredo Morales dormido.

Se echó a reír y cruzó el cuarto. Guardó los prismáticos en un estuche y se volvió hacia José.

-Tráeme el desayuno-ordenó-. No esperaremos a Manuel. Tal vez tarde en volver.

José salió del cuarto. Unos minutos después volvió con una bandeja y la depositó sobre la mesa.

Aun cuando era evidente que José era el criado de Morales, los dos hombres se ponían al mismo nivel después de haber cumplido el criado con sus obligaciones, al parecer, porque se sentaron uno a cada lado de la mesa y ambos empezaron a comer.

-Sí-observó Morales, pensativo;-se ha marchado. Con éste van tres, José. Tres visitas desde que vigilamos. Supongo que este hombre ha marchado a Nueva York como los otros. Bueno; aguardaremos el informe de Manuel.

Acabado el desayuno, Morales aguardó con impaciencia, mirando por la abierta puerta. Por fin apareció un hombre en el claro. Era el hombre delgado y moreno que había visto llegar a Clifford Forster a la población. El recién llegado cruzó el claro y saludó a Morales.

-¿Qué?-inquirió Morales.

-Se ha ido, señor.

-¿A Nueva York?

-No; sacó billete hasta Búffalo.

-¡Hum! Eso es distinto, ¿eh, Manuel? ¿Parecía satisfecho de su visita, como los otros?

-Sí, señor. Se estaba frotando las manos mientras aguardaba la llegada del tren. Se las frotaba así (Manuel imitó la forma), como si estuviera la mar de contento.

-Bien. Ahora dime, Manuel: ¿están esos dos hombres en la posada aun?

-Sí, señor; creo que sí. No los he visto hoy...

-Entonces no sabes si están allí todavía. Vuelve allá, Manuel. Vigila como hasta ahora... en la estación... y vuelve más tarde.

Cuando se hubo marchado Manuel, Morales se paseó por el claro, fumando un cigarrillo tras otro.

Volvió a entrar en la casa y de nuevo sobresaltó a José. Aquella vez la risa de Morales expresaba cierta irritación.

-Pero... ¿qué demonios te pasa, José? – exclamó-. No me digas que sigues asustándote de todas las sombras que ves.

El grasiento rostro de José se turbó. Intentó esquivar la mirada que Morales le dirigía.

-¡Tú y tus sombras! ¡Bah!-dijo Morales, con desdén-. Eres un imbécil, José. Te traje conmigo porque eras un hombre valiente... y por que sabías hablar bien el inglés. Aquí me estás resultando inútil. Todas las noches, cuando montas guardia hablas de sombras. ¡Bah!

-Pero... ¡si es que las he visto, señor!-protestó José-. Las he visto. Allí fuera... aquí dentro... ¡en todas partes!

-Estás chiflado. Me has hablado ya dos veces de esas sombras. Miré donde me señalabas en ambas ocasiones. Nada vi. ¿Qué es lo que puedes ver tú y yo no? ¡Nada! Eso es lo que has visto, José: ¡Nada¡

-Pero, señor... he vista la misma cosa más de una vez. No han sido simples sombras lo que he visto. Una de las veces alcé aprisa la cabeza... y entonces... ¡le vi! ¡Era como una sombra, señor!

-Me hallaba yo presente en aquella ocasión-respondió Morales, con enfado-. Miré donde señalaste. Nada vi; ni siquiera una sombra.

-Es que se había ido, señor... había desaparecido antes de que usted...

-¿Desaparecido? ¿Del centro mismo del claro? Estás loco, José. ¡Estás loco! Ningún hombre hubiera podido desaparecer allí, ni en el suelo ni en el aire.

-¡Ningún hombre, señor! Yo no temo a hombre alguno. Pero si es algo más que un hombre... alguien que ciertos ojos pueden y otros no...

-Olvida esas supersticiones, José. Tratamos con gente, no con fantasmas. ¡Basta de tonterías!

Dicho esto, Morales cogió los prismáticos y abandonó la casa, tirando otra vez por el sendero que conducía al observatorio próximo al borde del precipicio.

Cuando se hubo marchado su jefe, José se quedó parado en la puerta de la cabaña. La grasienta faz del hombre reflejaba aprensión.

José, hombre ignorante, tenía miedo cuando miró a su alrededor. Sus ojos vagaron hacia el tejado plano de la cabaña. Andando hacia atrás, acabó por pararse. Luego, mirando a su alrededor, se dio cuenta de pronto, de que se hallaba en el centro del claro. Temeroso de aquel lugar, José corrió hacia la puerta de la casa, volviendo la cabeza con frecuencia.

Una vez en la cabaña, se desvaneció su pánico. Entró en el cuarto principal y se sentó en una silla. Allí empezó a desaparecer su preocupación al ponerse a dormitar. Aquel lugar parecía proporcionarle una sensación de seguridad. Allí su pereza vencía a su aprensión.

Alfredo Morales volvió a la cabaña por la tarde. De nuevo se puso José en pie de un brinco, alarmado, cuando entró su amo. El criado preparó algo de comer, y Morales comió en silencio. Era evidente que su vigilancia había sido vana.

Volvió a su observatorio después de comer. Regresó unas cuantas horas más tarde. José estaba despierto aquella vez y de pie en la puerta de la cabaña.

El cielo se había nublado. Allí, en los bosques, estaba oscureciendo antes de hora.

Casi inmediatamente después de haber vuelto Morales, apareció Manuel y se apresuró a dar su informe. Morales escuchó con intenso interés.

-Están allí - declaró Manuel-. Los dos están en la posada. El hombre de la expresión dura y el hombre de la barba. Se les distingue en seguida. Los dos son muy listos; pero a mí no me han visto. Han tenido demasiado cuidado.

-Te quedarás aquí, Manuel-ordenó Morales-. Seguirás mis instrucciones. José te preparará la comida. Yo me voy a la posada. No lo olvides... vendré solo luego. Has de estar preparado entonces, con José que te ayude.

Habían caído largas sombras sobre el claro cuando Alfredo Morales se internó en los bosques. Manuel y José le vieron desaparecer desde la puerta de la cabaña.

Manuel estaba haciendo un cigarrillo, con indiferencia; pero José vigilaba con atención. La presencia de aquellas sombras siniestras parecía preocuparle.

-¿Qué te pasa, José?-inquirió Manuel, al acertar mirar a su compañero-. Parece como si estuvieras viendo un fantasma o algo así.

-No me encuentro bien del todo-gruñó el otro-. Es ese maldito mareo que me empezó en cuanto nos pusimos en viaje.

-¡Bah! Llevas aquí más de una semana ya. Es una excusa muy pobre ésa.

José no contestó. Estaba contemplando a Morales, en el momento en que éste desaparecía en la oscuridad del bosque. Cuando ya no pudo ver a su amo, echó una última mirada de turbación a las sombras del claro; se encogió de hombros y volvió a meterse en la cabaña. Manuel rió y entró tras él.

Tal vez fuera el miedo que le dominara a José; quizá tuviese una vista excepcionalmente aguda. Por lo menos, había intentado estudiar toda sombra sospechosa que viera desde el porche. Sin embargo, pese a la agudeza de su vista, José había fracasado en la tarea que él mismo se había impuesto.

Porque algo se había movido en la orilla del claro en el momento de pasar Alfredo Morales. Ese algo había proyectado su sombra sobre el sendero; pero ni el propio José vió aquella ominosa mancha negra.

Avanzando tras Morales como si fuera su propia sombra, aquel borrón negro había seguido, alargándose y acortándose en la variante luz que se filtraba por entre las ondulantes ramas de los árboles.

Morales, siguió adelante por un sendero que se fue haciendo más ancho y más firme. Y muy cerca de él seguía deslizándose la sombra que apenas era otra cosa que una silueta confusa. Sólo fue al salir el hombre del bosque y tirar por una carretera que la sombra animada cobró un aspecto distinto.

Entonces apareció, momentáneamente, en forma más siniestra. En lugar de una sombra que se deslizara, se convirtió en el contorno de un hombre de negro: una alta figura envuelta en negra capa. Dos ojos brillantes fulguraban bajo el ala de un sombrero flexible.

Tal visión persistió un momento tan sólo. Se fundió con los árboles del lado del camino. Alfredo Morales siguió caminando sin haberse dado cuenta de la extraña figura que había aparecido detrás de él.

Aquella noche Morales tenía una misión especial que cumplir, un trabajo que estaba relacionado con Luciano Perdiz, así como con otras personas.

En la confianza de que nadie estaba enterado de su presencia en los alrededores, se creía completamente seguro. No pensaba ni por un momento, en los vagos temores expresados por José.

Sin embargo, aquellos temores se habían convertido ahora en realidades. Un fantasma se había convertido en un ser vivo. Alfredo Morales había caído bajo una extraña vigilancia.

¡La Sombra acechaba¡

¿Qué relación existía entre Alfredo Morales y Luciano Perdiz? ¿Qué serie de conspiraciones y contra conspiraciones estaban alcanzando su culminación allí, en la apacible vecindad de Westbrook Falls?

¡Sólo La Sombra lo sabía!

## *CAPÍTULO IX*
## *MORALES TIENE VISITA*

Apenas había una milla desde la cabaña en que vivía Morales hasta la posada de Westbrook. Pero, desde la residencia de Luciano Perdiz, era preciso recorrer varias millas bordeando el río semicircular para llegar al puerto que, a su vez, se hallaba a más de una milla por encima del hotel.

Dc ahí que Morales, a pesar de vivir a poca distancia de Perdiz, tenía una enorme ventaja, en cuanto a distancia se refería, cuando de visitar el hotel se trataba. La situación de

Perdiz al otro lado del precipicio, le dejaba completamente aislado, que era, precisamente, lo que él deseaba.

Cuando Morales llegó a la posada de Westbrook, aun no se había dado cuenta de que le seguían. AL entrar el hombre en la iluminada superficie de la galería del hotel o posada, el manchón de sombra desapareció tras él.

No se veía ni rastro de la presencia de La Sombra.

Estaban sirviendo la cena en el hotel. Morales entró en el comedor y se sentó a una mesa. Una vez allí, empezó a examinar fríamente, a la gente que tenía a su alrededor. No tardó mucho en escoger dos objetivos.

Uno de ellos era un hombre bajo, cuadrado, de duro rostro que al parecer, no había prestado atención a la presencia de Morales. Era Vic Marquette, el agente secreto que había ido a Westbrook Falls a resolver el enigma que rodeaba la muerte de Jerry Fitzroy.

El otro era hombre de mediana estatura-individuo de aspecto excéntrico-cuya característica principal era una barba recortada, bastante negra.

El hombre parecía experimentar vivo interés por todo lo que le rodeaba. En cuanto le observó Morales, el otro le devolvió la mirada. Hecho eso, ambos hombres dirigieron sus respectivas miradas a otros puntos.

Morales se dio cuenta instintivamente de que tanto Vic Marquette como el hombre de la barba le estaban vigilando. Uno había hecho como si no le viera; el otro le había olvidado, al parecer.

No obstante, Morales sonrió para sí. Había ido allí a observar a aquellos dos hombres. No tenía el menor inconveniente en que ellos le observaran a él.

Sólo una persona entró en el comedor después de haber llegado Morales. Este dirigió una mirada de curiosidad al recién llegado. Luego volvió a sonreír al ver que era persona sin importancia.

Se trataba de un viejo que andaba con ayuda de un bastón. Era ario su semblante y se advertía su sordera por la manera en que gritó lo que deseaba a la camarera, con gran regocijo de los demás alojados.

Transcurrió la cena, Morales no salió del comedor hasta haberse marchado Marquette y el hombre de la barba.

Cuando por fin se levantó, la única persona que quedaba en la habitación era el viejo.

Fuera, en el vestíbulo, Alfredo Morales encendió un cigarrillo y se sentó en un cómodo sillón. Empezó a tomar interés por todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Se tornó nervioso al parecer. Tiró el cigarrillo aunque sólo estaba a medio terminar; luego encendió otro inmediatamente.

Por el rabillo del ojo, vió a Marquette y al hombre barbudo. Ninguno de los dos parecía darse cuenta de la presencia del otro; pero era evidente, para Morales, que, él, personalmente, despertaba el interés de ambos. El único momento de tregua en aquella vigilancia, ocurrió cuando el viejo del bastón salió, cojeando, al vestíbulo y recogió la llave de su cuarto en el mostrador.

-Es un viejo excéntrico-oyó Morales que decía alguien-. Se llama Phineas Twambley. Dicen que tiene la mar de dinero, pero yo nunca le he visto dar ni un centavo de propina.

Morales se arrellanó más cómodamente en su asiento y encendió otro cigarrillo. Parecía medio dormido. Estaba pensando en los dos hombres a quienes había estado vigilando. Había olvidado por completo al viejo Twambley, que había subido ya la escalera.

Si Morales hubiese podido ver lo que estaba ocurriendo en el cuarto del viejo, hubiera quedado asombrado. Porque, en aquellos instantes, el viejo había dejado de serlo.

El bastón estaba guardado en un cajón. Del fondo de un baúl, Phineas Twambley estaba sacando dos prendas, una capa negra y un sombrero flexible. Un momento después, Phineas Twambley era La Sombra.

Alto, silencioso y rápido, cruzó el cuarto y salió a un pasillo débilmente alumbrado. Medio minuto después, su siniestra figura desapareció por una ventana grande que daba a la escalera de escape.

Allá en el vestíbulo, el letargo de Alfredo Morales se desvaneció bruscamente. Con una mirada de desconfianza a su alrededor, el hombre se puso de pronto en pie y salió, apresuradamente, del hotel.

Una vez fuera, se tornó cauteloso al avanzar hacia el camino por el que había llegado hasta la posada de Westbrook.

Llevaba un jipijapa. En la oscuridad brillaba casi tanto como un objeto luminoso. Si alguien hubiera querido seguirle, la cosa no hubiera ofrecido dificultades.

Los actos de Morales habían cambiado de manera visible. Había salido apresuradamente de la posada; pero ahora estaba tranquilo y caminaba sin prisa en dirección a la cabaña. Por todo el camino dejó una estela de cigarrillos a medio fumar.

Cuando se internó en los bosques, iba tarareando una canción. AL llegar al claro, siguió cantando a media voz. Las luces de la cabaña brillaban en la oscuridad y proyectaban reflejos sobre el espacio abierto, delante. Morales cruzó por aquel trecho iluminado.

Cruzó un trozo oscuro: que parecía una extensión de las tinieblas. Ni siquiera se fijó. Alfredo Morales no era como José. No paraba mientes en sombras-aun cuando fueran tan largas como aquélla y tuvieran forma de silueta.

La puerta de la cabaña estaba abierta. Entró como quien regresa a su casa.

Se dirigió al cuarto principal, que se hallaba situado a su lado. Allí corrió las cortinas. Pero había dejado la puerta de fuera abierta tras él.

La silueta del claro estaba inmóvil.

Pero, de pronto, surgió algo que se movía. Un hombre apareció en el trecho iluminado. Era el barbudo desconocido a quien Morales viera en la posada.

Con suma cautela, el desconocido ascendió los escalones y se metió por la puerta de la cabaña. Se dirigió, silenciosamente, a la entrada del cuarto principal. Atisbó por ella y vió a Alfredo Morales sentado a una mesa en el rincón.

Estaba escribiendo. De pronto dejó los papeles a un lado. Con un gesto de cansancio, apoyó la cabeza en los brazos.

EL desconocido entró en el cuarto. Su objetivo era la mesa en que yacían los papeles. Era una labor que requería sigilo, pero todo parecía favorecerle.

Alfredo Morales parecía no darse cuenta de nada de lo que ocurría a su alrededor.

EL intruso llegó al centro del cuarto. Estaba sonriendo, formando sus labios una roja curva entre la negra barba. Tenía una mano metida en el bolsillo para sacar un arma en el caso de que el hombre se despertara bruscamente.

Se detuvo, tan inmóvil como Morales. Estaba vigilando al otro estrechamente. Tan atento estaba a su tarea, que no vió una delgada mancha negra que se deslizó por el suelo desde la ventana más lejana del cuarto, una forma oscura, de sombra muy negra, que avanzaba con sobrenatural facilidad.

Tampoco vió Morales aquella sombra singular. Medio dormido al parecer, ignoraba la presencia del hombre de la barba. Y, no dándose cuenta de la presencia de un ser humano, ¿cómo podía fijarse en una sombra que ni vivía ni tenía forma humana?

El hombre barbudo avanzaba cuidadosamente; luego volvió a detenerse, haciendo un mohín con los labios. Presentía peligro. No por parte de Morales, que no vigilaba; no de la forma que ahora constituía una mancha inmóvil sobre el suelo, sino de una nueva dirección.

El instinto dominó, de pronto, su cautela. EL intruso se volvió, bruscamente, hacia la puerta del cuarto, empezando a sacar la mano del bolsillo. Aquella mano no sacó arma alguna. En lugar de eso, salió con los dedos muy separados.

Las manos del hombre barbudo se alzaron sobre su cabeza.

De pie en la puerta, armados de rifles, estaban los dos criados de Morales.

Mientras el desconocido avanzaba, Manuel y José le habían seguido para cortarle la retirada.

Con hosco gesto, el intruso se encaró con los que le habían hecho prisionero.

Luego, al llegar una risa a sus oídos, volvió la cabeza hacia la silla en que estaba sentado Alfredo Morales.

El alto y astuto individuo estaba completamente despierto, riéndose del éxito que había tenido la celada que había preparado.

El desconocido ya no hizo caso de José ni de Manuel. Se dio cuenta de que eran criados que habían obedecido las órdenes de Alfredo Morales.

Fuera cual fuese su suerte, ésta dependía del amo. Durante largos segundos miró al otro. Fue Morales quien rompió el silencio.

Alzándose de su silla, hizo una cortés reverencia. El acto no tenía nada de burlón. Aquel papel había terminado ya. Con un gesto imperioso, hizo una señal a José y Manuel. Estos bajaron los rifles. Otro gesto y los dos hombres se fueron.

La acción sorprendió al barbudo desconocido. Es más, se había encontrado con una serie de sorpresas, cada una de las cuales había sido tan buena como su inesperada captura. Morales parecía un amigo, no un enemigo. Había ordenado a sus hombres que se fueran, dejando a su visitante armado aún.

Este bajó las manos. Morales nada objetó. Pero el desconocido, no hizo ademán alguno de llevarse la mano al bolsillo. En lugar de eso, aguardó, en silencio, a que hablara el otro, preguntándose qué nueva sorpresa le aguardaría.

Alfredo Morales volvió a hacer una reverencia. Luego, en un inglés dulce y bien modelado, habló:

-Buenas noches, <monsieur> Armagnac – dijo-. Le he estado aguardando. Esta visita es un verdadero placer para mí.

El barbudo semblante reflejó el más profundo aturdimiento. Su expresión demostraba bien a las claras que Morales había adivinado su identidad.

Ante esta nueva sorpresa, Armagnac se vió incapaz de contestar. Alfredo Morales sonrió.

-Tengo un asunto que tratar con usted, <monsieur> Armagnac-dijo-. Es un asunto que le interesará. Tome asiento (le indicó una silla), y hablaremos.

Aturdido aún, el otro obedeció. Se sentó en la silla que le había señalado su interlocutor. Este volvió a dejarse caer en el asiento que ocupara anteriormente.

Con una sonrisa, abrió su pitillera de plata y le ofreció un cigarrillo a Armagnac, que lo aceptó. Morales sirviose uno también y ofreció fuego.

Luego, arrellanándose en su asiento, empezó a hablar en voz tranquila y metálica. Su visitante le escuchó atentamente aun no salido de su sorpresa.

Formaban un extraño contraste: Morales sereno e imperturbable; Armagnac, intrigado e incierto.

Los ojos del que escuchaba se enfocaron en los del que hablaba. Ninguno de los dos hombres observó aquella larga mancha negra que yacía en el suelo, aquella proyección silueteada que partía de la ventana.

¡Silenciosa e inmóvil, la sombra de La Sombra, descansaba dentro de la habitación!

## *CAPÍTULO X*
## *UNO Y UNO SON DOS*

Alfredo Morales tenía facilidad de palabra y sabía convencer. Tenía la sorprendente habilidad de adivinar los pensamientos de quienes le escuchaban. Por consiguiente, el discurso a que dio principio tomó un giro tan iluminador como interesante.

En su charla, Morales hizo afirmaciones y preguntas, suministrando él mismo las contestaciones, mientras su barbudo visitante seguía sentado en silencio.

-Es un verdadero placer conocerle a usted <monsieur> Armagnac-runruneó-. No sabe cuánto le agradezco que me haya hecho esta visita. No todo el mundo puede tener el honor de que le visite una persona del talento de Pierre Armagnac.

-Como verá, he oído hablar de usted, <monsieur> Armagnac. Sé quién es usted; pero usted no sabe quién soy yo. ¡Ah! Es que yo soy de menor importancia. No tiene nada de sorprendente que Alfredo Morales reconozca a Pierre Armagnac; pero sería sorprendente que <monsieur> Armagnac hubiese oído hablar alguna vez del señor Morales.

Morales hizo una pausa y sonrió. Luego prosiguió en su voz felina:

-Pierre Armagnac es un gran hombre en la profesión que ha escogido. Alfredo Morales es mucho menos hábil. De ahí que mientras Armagnac se mostraba indiferente ante la existencia de otros de su profesión, Morales se mostrara más investigador. Estudió para saber quién era grande y quién pequeño. Hizo eso antes de hacer planes para casos mayores.

»Pero Armagnac también era un conspirador. Él y Morales tuvieron la misma idea y ambos acudieron al mismo sitio. Armagnac era el más grande; pero Morales tenía la ventaja. Porque Armagnac nunca había oído hablar de Morales, mientras que Morales sabía mucho de Armagnac.

Otra pausa mientras Morales estudiaba el efecto de sus palabras en Armagnac. Luego, con mucha calma, Morales extrajo un sobre del bolsillo y lo abrió. Tenía un objeto pequeño en la mano. Lo tiró al aire y cayó, lentamente, al suelo: una pluma de perdiz.

El movimiento hizo que una sonrisa se dibujara en los labios de Armagnac.

El francés emitió un leve gruñido, para dar a entender que comprendía el gesto. Morales señaló la pluma.

-¿Lleva usted trofeos semejantes? -inquirió.

En contestación, Armagnac sacó una cartera de la que extrajo una pluma similar a la de Morales. La dejó caer.

Tocó el suelo casi en el mismo punto que yacía la otra. Morales encontró expresivo el resultado.

-Una pluma-observó-. Señal para que yo y otro hombre nos conozcamos. Señal entre usted y ese mismo hombre. Se me ocurre que esas plumas pueden ser una señal entre Pierre Armagnac y Alfredo Morales. ¿Está usted de acuerdo?

-Estoy de acuerdo-respondió el otro en voz profunda.

-Magnífico - comentó Morales, con calor-. Ahora hablaré con toda claridad. Le diré mucho que usted sabe ya... y algunas cosas que tal vez no sepa. Interrógueme cuanto quiera. Quiero que lo comprenda todo.

»Aquí, al otro lado de esa garganta (señaló en dirección al río), vive un hombre muy inteligente. La pluma de perdiz es su enseña, porque su nombre es lo mismo: Perdiz.

»Hace algún tiempo, ese hombre, Luciano Perdiz, descubrió el secreto de hacer un metal, una aleación, que se parece mucho al oro. Al buscar medio de utilizar dicho metal, encontró uno. Hizo sus planes para introducir su oro sintético en la moneda de todos los países del mundo.

»Para hacerlo, necesitaba agentes. Los escogió. A Pierre Armagnac, Alfredo Morales, Eleutherios Sukulos, Enrico Pallaci, Jasper Gleason y Otto Larkin. Hay otros en lista; pero es innecesario nombrarlos. Una docena en total. Supongo que, por lo menos, tendría usted conocimiento de su existencia, ¿no?

-Pensé que habría por lo menos diez -respondió Armagnac-. No me preocupé gran cosa acerca de los detalles.

-No; eso era innecesario hasta cierto punto-reconoció Morales-. Usted sabrá que eran muchos: eso bastaba para indicar una cuantiosa fortuna. Porque Luciano Perdiz vendía oro sintético por todo el mundo; lo vendía a cambio de oro auténtico a esos agentes falsificadores. Perdiz es un hombre que ha viajado mucho. Vividor siempre, conocía en todos los países a hombres como usted y yo.

»Usted hizo dinero, Armagnac. Con el metal de Perdiz, las monedas de usted, como las mías, no podían distinguirse de las buenas.

»Pero se le ocurrió un pensamiento, Armagnac. Por cada millón de francos que usted ganaba, Perdiz obtenía un millón también. Empezó usted a preguntarse cuántos millones de pesos, de libras esterlinas, de bolívares, de liras, estaba obteniendo. Eso es también lo que empecé a preguntarme yo.

»¡Ah! ¡Maravillosa idea! ¿A qué ser falsificador en un rincón del mundo mientras, en algún sitio, un hombre solitario está recibiendo dinero de todas partes? Usted pensó, como pensé yo, que Luciano Perdiz debía poseer una enorme cantidad de oro, de oro auténtico.

»Usted sabía, como lo sabía yo, que el falsificar dinero tiene su límite. Usted se preguntó, como me pregunté yo, qué ocurriría entonces.

»Usted y yo, Armagnac, estábamos trabajando para crear un emperador del mundo... un hombre enloquecido por el oro que chuparía este metal como chupa un mosquito la sangre... siempre, siempre... hasta reventar.

»Entonces se preguntó usted, como yo, ¿por qué ha de seguir eso? ¿No sería maravilloso encontrar el centro de ese chorro de oro, asirlo y no soltarlo, para poner fin a esta incesante actividad que pudiera conducir a la ruina?

»Conque vino usted, como vine yo, para dar con el lugar exacto de donde manaba el oro metálico. Ambos hemos experimentado el mismo deseo. Dos de nosotros... ¡dos de la docena que sabía la verdad¡

Morales se apoyó en el respaldo de su silla y miró a Armagnac. EL hablar de riquezas fabulosas había hecho que apareciera vívido colorido en las cetrinas mejillas de Morales. Armagnac era ahora, el que conservaba la calma. Hizo una pregunta:

-¿Qué tiene usted el propósito de hacer?-preguntó-. ¿Qué planes tiene ahora que ha descubierto que soy yo su rival?

-Uniremos nuestras fuerzas-respondió Morales, con una sonrisa-. Tal vez se pregunte por qué hago semejante ofrecimiento. Se lo diré.

»En primer lugar, seria muy poco prudente que riñéramos. Pudiera resultar desastroso para los dos. En segundo lugar, hay oro suficiente para los dos... tanto como cada uno de nosotros pueda desear. En tercer lugar, he llegado a un punto muerto. He llegado al punto en que estoy preparado para dar el gran golpe y, sin embargo, no me atrevo a dar un paso sin la ayuda de otro hombre de talento.

-Tiene usted sus subordinados-observó el francés, con cautela.

-¡Bah! ¿Qué son ellos? Hombres que nada saben. Hombres ignorantes. Buenos criados, eso sí, y de gran utilidad; pero gente que se delatará en seguida. Dígame, Armagnac: ¿cómo pensaba usted dar el golpe al otro lado del río?

-He venido sin llamar la atención. He estado vigilando, estudiando, aguardando. Debe haber un medio para el hombre que sabe.

-Pero... ¿usted no lo ha encontrado?

-Aun no.

-Mi caso-sonrió Morales-, es distinto, Armagnac. Vine preparado para obrar. Estoy dispuesto. He espiado desde fuera; pero no he podido espiar desde dentro. ¿Es ése su caso?

- Sí.

-Yo he llegado más allá que usted. Y, sin embargo, he tropezado con la misma dificultad. Voy con cautela, porque quiero evitar un contratiempo. Sólo hay un medio de averiguar todo lo que yo quiero saber: hacerle, abiertamente, una visita a Luciano Perdiz. Pero si yo lo hiciera... ah... entonces me vería imposibilitado para seguir adelante. ¿No es cierto?

-Sí.

-Si Pierre Armagnac trabajara desde dentro - insinuó Morales,- tampoco podría trabajar él desde fuera. Pero si hiciera usted ese trabajo interior-Morales empezó a hablar más directamente,-nada me impediría llevar a cabo el trabajo exterior, para el que yo estoy preparado.

Armagnac asintió, pensativamente.

-Por eso le atraje a usted aquí-declaró Morales-. Juntos podemos realizar nuestros propósitos. Aislados, los dos podemos fracasar. Yo necesito a otra persona; usted también. Cada uno de nosotros dos necesita una persona que lo sepa todo. Conque... ¿por qué no ser cada uno de nosotros el que el otro necesita? Uno y uno son dos.

-¿Desea usted mi conformidad?

-Sí.

Armagnac se puso en pie y tendió la mano. Morales se levantó y la estrechó.

Dos hombres malignos se habían unido y formado causa común. La estrategia de Alfredo Morales le había conseguido la alianza de Pierre Armagnac.

Al volverse a sentar los dos hombres, Morales se inclinó hacia adelante y habló en tono confidencial.

-Le contaré a usted todos mis planes-dijo;-pero, antes de que lo haga, sería conveniente que obtuviese usted la información que necesito. Cuando me asegure que conoce dichos datos, nos hallaremos en situación de igualdad. Cada una sabrá algo que el otro necesita saber. ¿Comprende?

-Está bien-dijo Armagnac.

Este hablaba así porque comprendía que se encontraba en situación de inferioridad. No tenía la menor idea de cuál podría ser el plan ideado por Morales; pero no dudaba que sería un método factible. A pesar de la amistad de que daba pruebas Morales, era evidente que Armagnac había caído primero en poder del otro.

Astuto en grado sumo, Armagnac comprendió que le era necesario a Alfredo Morales. ¿A qué objetar nada o exigir saberlo todo en aquel instante?

Morales había sido franco. Necesitaba contacto con lo que sucedía al otro lado del río. Armagnac estaba dispuesto a establecer dicho contacto.

Entonces tendría él una ventaja propia. No se podría hablar de otra cosa que no fuera igualdad de condiciones.

Pero cuando se imaginaba las fabulosas riquezas que el porvenir les tenía reservadas, Pierre Armagnac experimentó un pensamiento turbador. Se apresuró a expresarlo, antes de que Morales entrara en otras disquisiciones.

-Me atrajo usted de la posada-dijo-, porque estaba seguro de conocer mi identidad. Procuró hacerse conspicuo para que le siguiera. Pero había otro hombre en la posada, un hombre a quien estaba yo vigilando. ¿Quién es? ¿Otro que tiene propósitos iguales a los nuestros?

Morales negó con la cabeza.

-No es de los nuestros-afirmó-. Obtuve información acerca de todos los agentes de Perdiz antes de salir para aquí. No conozco la identidad de ese hombre. No ha estado en casa de Perdiz, porque yo he estado vigilando la casa. Sin embargo, he tomado mis medidas para entrevistarme con él.

-¿Para entrevistarse con él? ¿Dónde?

-Aquí. De la misma manera que con usted.

Pierre Armagnac empezó a comprender. Debía de haberse dado cuenta antes. El mismo cebo que le había atraído a él a la cabaña, atraería a otro también. Pero... ¿dónde estaba el otro? Morales pareció adivinar la pregunta que se estaba haciendo Armagnac.

-Yo estudio a los hombres-declaró Morales-. Estudié a dos de ellos en la posada esta noche. Uno de ellos era usted: hombre que hace frente a un riesgo rápidamente. El otro, según pude observar, era más lento de acción.

»Yo no creí que los dos me seguirían. Tenía la completa seguridad, sin embargo, que uno de ellos me seguía y que el otro le seguiría a él. Sabía qué usted sería el primero. El segundo no debiera tardar en llegar. Es uno que no entrará.

-Así, ¿le espera usted?

-Muy pronto.

-Pero... si no piensa entrar...

-Sí, entrará.

Alfredo Morales pronunció estas palabras en tono profético.

Como en respuesta a su afirmación, -e oyeron pasos fuera del cuarto. Pierre Armagnac se puso en pie de un brinco. Alfredo Morales permaneció sentado, sonriendo.

Entraron tres hombres en el cuarto. Dos de ellos iban armados de rifles. Eran José y Manuel. Entre ellos iba el tercero, con las manos alzadas sobre la cabeza y el rostro hosco. Era Vic Marquette, del Servicio Secreto.

Morales rió y Pierre Armagnac sonrió al reconocer las facciones del hombre cuya identidad les era desconocida

## *CAPÍTULO XI*
## *LA SENTENCIA DE MUERTE*

Alfredo Morales se había convertido en inquisidor. Su víctima era Vic Marquette. Pierre Armagnac, haciendo de espectador, escuchó el interrogatorio. José y Manuel, con los rifles al brazo, se hallaban alertas detrás del hombre a quien habían capturado.

-Buenas noches - dijo Morales, en voz melosa-. ¿Me es lícito preguntar el objeto de su visita?

El semblante de Marquette no cambió de expresión.

-Está un poco fuera del paso esta cabaña-prosiguió Morales-. No ha de sorprenderle que deseemos conocer la identidad de un visitante.

Vic Marquette mantuvo su indiferencia.

-¿Quién es usted?

La pregunta salió de la boca de Morales como el restallido de un látigo. Sus ojos centelleaban de ira al exigirle al prisionero que revelara su identidad.

-Estoy alojado en la Posada de Westbrook - replicó el otro, hablando por primera vez-. Estaba dando un paseo, por el bosque y vi la luz de la cabaña. Me acerqué, no esperando la acogida que se me ha dispensado.

Apareció un gesto de desdén en el rostro de Morales. Sabía muy bien que todo aquello era un «bluff». Había esperado que le contestase algo por el estilo.

-A las visitas no se las acoge bien aquí-dijo,-a menos que den su nombre y mencionen el objeto que las trae.

-Mi nombre carece de importancia y no me trae objeto alguno aquí.

-Esto es propiedad privada-afirmó Morales-. Es peligroso entrar aquí sin ser llamado. Lamento tener que decirle que no puedo hacerme responsable de ningún <accidente>-acentuó esta palabra en tono siniestro-de que pueda ser víctima un intruso.

Marquette nada tuvo que decir. Morales le miró con ira; luego, viendo que el agente secreto permanecía inmutable habló a José y Manuel.

-Registradle-ordenó.

Manuel obedeció mientras José seguía vigilando. Lo único que fue hallado en los bolsillos del agente fue una pistola que Manuel tiró al suelo. Luego retrocedió y se puso al lado de José.

Morales se agachó y recogió la pistola. José siguió el movimiento, con la mirada. Una extraña expresión apareció en sus ojos.

¡En el mismísimo punto en donde su jefe había recogido la pistola, José vió la silueta en sombra de las facciones de un hombre!

Morales, al parecer, no se fijó en la sombra.

Pero la mirada de su criado recorrió el suelo, siguiendo una mancha larga que terminaba en la ventana.

Tembló. Tuvo que hacer un esfuerzo para no dejar caer el rifle.

De no haber estado ocupado Morales en otros asuntos, se hubiese dado cuenta del estado de su secuaz. Pero Morales, después de haber examinado la pistola, se hallaba preparado de nuevo a interrogar a Marquette.

Aquella vez habló en voz áspera que no admitía demoras. Delató su impaciencia en sus palabras.

-¿Quién es usted?-rugió-. ¿A qué ha venido aquí? ¡Conteste o aténgase a las consecuencias!

Vic Marquette no contestó. Sabía que tenía que habérselas con dos hombres peligrosos. Ambos eran extranjeros. Cualquier cosa que él pudiese decir, podía conducir a un hecho que él no quería revelar, a saber, que pertenecía al Servicio Secreto.

Cuando rondaba por los alrededores de la cabaña había sido aprisionado por Manuel y por José, estos habían estado escondidos por el claro después de haber capturado a Pierre Armagnac.

Ahora, hallándose ante aquellos dos hombres, Vic comprendió que no podía esperar misericordia alguna si decía quién era.

Los dos sentirían mucho más antagonismo hacia el Servicio Secreto que contra las demás fuerzas de la ley en Norteamérica. Mientras tuvieran duda, tal vez estuviese seguro. Era la única probabilidad que le quedaba de salvación.

Vic Marquette tenía mucha fe en la suerte. Por regla general era hombre cauteloso; pero allí en Westbrook Falls, había cometido la torpeza de caer en una trampa en cuya existencia no había creído.

Morales estaba hablando en voz baja con Armagnac. De pronto dirigió una rápida mirada a Marquette y le hizo una pregunta inesperada, para ver si le pillaba desprevenido.

-Es usted uno de los hombres de Perdiz, ¿eh?-inquirió.

Vic no respondió. Su expresión extrañó a Morales. Nada observó en su rostro que denotara que le fuese conocido el nombre. Sin embargo, no cabía la menor duda de que el prisionero tenía un rostro completamente inescrutable. El hecho de que no denotara sorpresa bien pudiera significar que había estado preparado para aquella pregunta.

De nuevo se puso a conferenciar Morales con Armagnac; la astucia de éste era muy apreciada por Morales. La suerte del prisionero se hallaba en la balanza. Morales pediría su consejo.

-Le retenemos prisionero, o...?

No acabó la pregunta. Armagnac sabía lo que quería decir.

-Eso depende-susurró éste.

-¿De qué?

-De los planes que usted tenga. ¿Cuándo espera usted obrar?

-Tan pronto como haya hecho usted su trabajo.

-Eso lo completaré mañana.

-En tal caso, podré obrar a la noche siguiente.

Una sonrisa cruel se dibujó en los barbudos labios de Armagnac al oír estas palabras. Quedando sólo dos días, prefería acción segura.

-He estado vigilando a este hombre - susurró-. No tiene relación alguna con nadie en la posada. Creo que trabaja solo. Eso significa...

Morales escuchó; pero Armagnac no terminó la frase. Señaló con el pulgar al suelo. Aquel ademán indicaba muerte.

Vic Marquette era víctima de circunstancias desgraciadas. Lo peor que había esperado era que lo tuvieran prisionero, Ello, era debido a que no se daba cuenta de la situación existente entre los dos conspiradores que discutían su muerte.

Alfredo Morales, a pesar de lo despiadado que era, apenas hubiera llegado al extremo de decretar la muerte. Pero Pierre Armagnac tenía sus motivos para exigir tan extrema pena. Temía que, en el fondo, Morales pudiera sospechar, que existía relación entre el nuevo prisionero y él, puesto que a ambos los había visto en la posada.

Si Armagnac daba muestras de misericordia, despertaría la desconfianza.

Siendo aquel prisionero un enemigo común, cuanto más drástico el castigo que propusiera Armagnac, mejor se establecería la alianza entre él y Morales.

Tan dura era la decisión de su cómplice, que Morales no vaciló ya. Sabía que lo demás quedaba en sus manos.

No había necesidad de continuar el interrogatorio. Toda indecisión quedaba acabada. Ya no quedaba más que obrar.

En medio de tan dramática escena, un hombre experimentaba un terror fantástico. No era Vic Marquette, pues éste contemplaba, tranquilamente, a los hombres que estaban decidiendo su suerte.

El individuo preocupado era José. Con la mirada clavada en el suelo aun, el hombre contemplaba la sombra que yacía ante él.

¡La sombra estaba viva! Se movía hacia adelante y hacia atrás, ¡una silueta sin forma humana alguna que la proyectara! Para José, era un ser siniestro que parecía mirarle con ojos invisibles.

Supersticioso e intuitivo, José estaba convencido de que unos ojos invisibles le observaban. Estaba seguro de que allí, en aquel país extranjero, había caído bajo el dominio de uno de aquellos extraños fantasmas de otro mundo: ¡un ser que podía matarle!

José, brutal y ordinario, no temía enemigo humano alguno. Pero toda su carencia de terror físico quedaba compensada por su terror a lo desconocido.

Allí, en aquella cabaña, había estado obsesionado por las sombras. ¡Ahora una de ellas estaba viva y a sus mismos pies!

AL moverse hacia él la larga sombra, José se sobrecogió, casi esperando verla alzarse y tomar cuerpo, convirtiéndose en un ser negro que le asiría con espectrales garras.

Si hubiera durado aquello un momento más, José hubiera delatado su terror emitiendo un chillido. Pero vió, de pronto, que la sombra empezaba a alejarse.

Fue haciéndose más pequeña y concentrándose junto a la ventana, y el horror y el alivio dominaron la supersticiosa mente de José. Tembló al ver aquella demostración convincente de que la mancha negra estaba viva; jadeó de alivio, porque había dejado de perseguirle.

En aquel momento Morales estaba dando órdenes, órdenes que José tenía que obedecer. El jefe pedía una cuerda para atar al prisionero. Manuel respondió antes de que José pudiera salir de su inercia. Conque él siguió en guardia, con el cañón de su rifle pegado a las costillas de Vic Marquette.

Por el rabillo del ojo vigilaba el suelo. La extraña silueta no volvió a aparecer.

Manuel llegó y le ató los brazos a Marquette. Morales cogió un rollo de cuerda. Le hizo una seña a Armagnac para que le siguiera.

Bajo la dirección de Morales, la pequeña procesión salió de la cabaña y cruzó el claro. Delante iba Marquette, con los brazos atados fuertemente a la espalda. José iba detrás, con el rifle, obligándole a avanzar. A continuación marchaba Armagnac, la mar de interesado en lo que estaba sucediendo.

Y, por último, Morales, con la pistola en una mano, un rollo de cuerda al brazo y una lámpara de bolsillo en la otra mano.

La luz de la lámpara iluminó un vago sendero. Marquette avanzó, imperturbable, por él. Extrañas y grotescas formas parecían bailar por el camino. José las vió y se estremeció.

EL sendero se internaba en el bosque, alejándose de la garganta. AL cabo de un cuarto de milla terminaba bruscamente, junto a un gran montículo de roca.

Morales dio una orden. Soltando el rifle, José sacó un pañuelo grande del bolsillo y amordazó a Marquette.

Morales iluminaba la escena con su lámpara de bolsillo y tenía la pistola preparada. José tiró a Marquette de espaldas; luego cogió el rollo de cuerda que tenía su jefe, usándolo para atarle las piernas al prisionero.

Pierre Armagnac contemplaba todo aquello como interesado espectador.

Sabia que Vic Marquette iba a morir; pero no tenía la menor idea del método que iba a emplearse. Ahora estaba a punto de conocerlo.

José transportó a Marquette al montículo de roca. Morales hizo una seña y Armagnac le siguió. Cuando llegaron al montículo, Morales alzó una mano, en son de aviso. Armagnac se detuvo. Se hallaba al borde de un claro.

Morales se inclinó; cogió una piedra y la tiró al aire. Desapareció al caer al claro. Después de largos segundos, se oyó un leve chapuzón.

Armagnac comprendió. Se hallaban al borde de un precipicio en cuyo fondo había agua.

-Una cantera-susurró Morales-. Tiene sus buenos treinta metros de profundidad. Está llena de agua y barro. No hay nadie por aquí; pero un chapuzón es mejor que un disparo, que podría oírse en muchas millas a la redonda.

-¿EL cadáver?

-José se está encargando de eso-repuso Morales-. ¿Ve? Permanecerá mucho tiempo en el fondo.

A la pálida luz de la luna, José estaba atando pesadas piedras al cuerpo del agente secreto. Fue entonces cuando se dio éste cuenta de que le amenazaba la muerte. Se retorció en el suelo. José le propinó un fuerte golpe. Marquette, aturdido, se inmovilizó.

-Venga-susurró Morales;-es mejor no esperar.

-¿Por qué no?

-EL camino está cerca de aquí. Iremos a asegurarnos de que está desierto. A veces se para algún coche cerca.

Morales habló con José, ordenándole que aguardase unos minutos antes de seguir. Así tendrían tiempo él y Armagnac de volver si hubiese alguien en la vecindad. El ruido del cuerpo al caer en el agua podría atravesar el bosque y oírse en la carretera.

La lámpara brilló entre los árboles al alejarse los dos hombres. Bajo la luz de la luna, la figura de José parecía monstruosa mientras sujetaba bien las piedras para asegurarse de que ninguna de ellas podría desatarse.

Pierre Armagnac había dictado sentencia de muerte; Alfredo Morales había dado las órdenes oportunas; José había de ser el verdugo de Vic Marquette, condenado por aquellos desalmados a una muerte espantosa.

Sólo la luz de la luna se veía en la roca, sobre la cantera, la luna cuya luz producía extrañas sombras y, entre ellas, una silueta larga e inmóvil que ni verdugo ni víctima podían ver.

Un manchón en el borde de la gran cantera, nada más que una sombra de la noche. Tal era el trivial objeto sin forma, única cosa que yacía entre Vic Marquette y la muerte que le aguardaba, allí abajo.

## *CAPÍTULO XII*
## *LA SOMBRA VIVIENTE*

La tarea de José había quedado terminada. El musculoso secuaz de Morales había sujetado las grandes piedras al cuerpo del agente secreto. Agazapado sobre el cuerpo de su víctima, el hombre de grasiento rostro se detuvo a escuchar.

No se oyó sonido alguno en el bosque. Habían transcurrido largos minutos.

Morales y Armagnac no habían vuelto. Era evidente que, hallando el camino desierto, habían regresado a la cabaña. No había testigos de la muerte de aquel hombre atado. Los jueces se habían lavado las manos del asunto.

José rió. La tarea era de su agrado. Un empujón-una larga espera- el ruido del choque contra el agua del fondo. ¡Cuán fácil resultaba matar y cuán agradable! José era un desalmado al que le gustaba la variedad en los métodos de dar muerte a una persona.

Vic Marquette se movió débilmente. Sus ojos se alzaron y vieron el cruel y despiadado rostro de José. Aquél era hombre con quien nada podría hacer.

José era un ser que no obedecía más que a su amo. Ese amo había decretado la muerte.

Un gesto burlón apareció en el semblante de José al ver aquellos ojos.

Quería ver suplicar a su víctima; pero lo único que recibió fue una mirada fría y firme.

No era la primera vez que se encontraba con un hombre a quien no asustaba la muerte. Era inútil perder el tiempo con gente así. Dando un paso atrás, se inclinó hacia adelante para alzar el cuerpo del otro.

De pronto las manos que asían el cuerpo de Vic Marquette se contuvieron.

Mirando por encima del mismo hacia el borde del precipicio que se hallaba a metro y medio escaso de distancia, José vió una sombra a la luz de la luna.

Yacía allí una sombra larga y singular que se proyectaba desde el borde del precipicio sobre el camino por el que José tenía la intención de hacer rodar el cuerpo de su víctima.

Aquella ancha faja de oscuridad estaba inmóvil; pero hizo temblar al hombre. Porque era casi igual a la que había visto en el suelo del cuarto principal de la cabaña.

Temblaron sus manos; luego, con un rugido de furia, empujó el cuerpo atado hacia adelante. ¿Por qué había de temer a una sombra? Hasta las sombras pueden moverse. Aquélla parecía estar oscilando ya. ¿Qué importaba?

Morales tenía razón. Ningún peligro podían representar manchones oscuros en movimiento.

El deseo de matar podía más en aquellos mementos en la mente de José, que ningún razonamiento supersticioso que hubiera podido de pillarle normalmente. Hizo rodar el cuerpo de su víctima y alzó la cabeza para ver el borde del precipicio.

De pronto soltó un grito abogado. Era como el lloriqueo de una fiera acorralada.

Dando un salto atrás, olvidó la misión que había de cumplir. Luego sus piernas temblorosas le fallaron. Se agazapó sobre el montículo de roca, mirando por encima del cuerpo de Marquette, que yacía de bruces.

Allí, ante los ojos de José, había una sombra que vivía. Ya no yacía como sombra sin substancia sobre la roca. Era una forma real, sólida, que se alzaba como sombrío espectro de las profundidades de la cantera, asomando por el borde como la personificación de la venganza.

La terrible figura siguió ascendiendo hasta aparecer completa, alta y singular, vestida de negro. Era un ser que tenía semejanza humana. Envuelta en negra capa y con sombrero flexible, aquella aparición resultaba espantosa.

José intentó ponerse en pie. Luego volvió a caer, al extenderse hacia adelante los pliegues de la capa, impulsados por unos brazos.

José había caído de bruces; pero sus ojos miraban hacia arriba la monstruosa forma, que parecía un murciélago y que se mantenía en aquella actitud en el borde mismo del abismo. Todos los temores supersticiosos que experimentara el hombre durante los pasados días adquirían cuerpo en aquel momento, se convertían en realidad.

El abyecto cobarde cuya obra había sido interrumpida, recordó extrañas historias que había oído contar acerca de vampiros humanos, formas terribles de cuerpos muertos que habían vuelto a la vida, formas grotescas que habían surgido, como apariciones, en anchurosas praderas...

José comprendió instintivamente que aquello era algo más que un simple fantasma que pudiera desaparecer tan aprisa como había aparecido. En dicha creencia no se equivocaba.

Era La Sombra quien se hallaba ante él y La Sombra, ser viviente, era instrumento de venganza al propio tiempo que de miedo.

Bordeando el camino desde la cabaña, aquel ser de la noche había precedido a los desalmados que conducían a Marquette a la muerte. Al aproximarse ellos, La Sombra había desaparecido por el único lugar donde nadie hubiera sospechado la presencia de un observador oculto, por el borde curvado de la carretera, donde se había colgado sin dificultad a esperar los acontecimientos.

Allí, La Sombra había estado segura, preparada para lanzar un ataque por sorpresa por el sitio más inesperado. Cerraba el paso por donde sería empujado el agente secreto hacia la muerte.

De haberse quedado Alfredo Morales y Pierre Armagnac a presenciar la ejecución, ellos, igual que José, hubieran probado el plomo de las pistolas de La Sombra.

Pero se habían marchado. Y, teniendo que habérselas con José tan sólo, La Sombra había confiado en su aspecto de fantasma para sembrar el terror en el supersticioso que había presentido en otras ocasiones su presencia y la había temido.

Antes de que José pudiera rehacerse del terror que le poseía, llegó a sus oídos un sonido que despertó aún mayor terror en él. Las susurradas notas de una risa burlona surgieron del ser que tenía delante.

Aquel sonido capaz de helarle la sangre a cualquiera, no dejaba lugar a dudas. Aquella fantástica aparición era una realidad. La figura negra que había salido de la nada, vivía, y viviendo, emitía una risa que nada tenía de humana.

La Sombra estaba avanzando paso a paso. Los brazos se habían cruzado ya.

Para José, aquel avance significaba una muerte cierta; pero, tal era su pánico, que le era imposible huir. Labios escondidos pronunciaron unas palabras, empleando el idioma español.

-José-la voz de La Sombra era espectral:-¡te he avisado! Has conocido mi presencia aunque no viste mi forma hasta ahora. Te espera la muerte si no obedeces mis órdenes. ¡Desata a ese hombre que yace delante de ti¡

Temblando, José alzó la vista y vió a La Sombra, un poco más allá del cuerpo de Vic Marquette. Durante un instante, vaciló; luego, viendo el brillo de dos ojos vencedores, se arrastró hacia adelante, centímetro a centímetro, hasta llegar al lado del cuerpo atado.

Mientras La Sombra le vigilaba, José tiró de los nudos hasta aflojar las cuerdas. Bajo el fulgor de aquellos ardientes ojos, trabajó con frenética precipitación. Por fin quedó Vic Marquette libre.

EL brazo de La Sombra formó una larga línea recta a la luz de la luna. José vió un dedo que señalaba en dirección a la cabaña. Echó a andar en la dirección indicada. Tropezó con su rifle y por poco cayó.

-¡Aguarda!-ordenó La Sombra en sibilante voz-. ¡No olvides que te he avisado! Si le dices a alguien que has visto mi presencia, te haré caer muerto. Te mataré, José. ¡Te mataré con la muerte más horrible que haya sufrido jamás ser humano!

Las palabras fueron seguidas de una risa terrible, que estremeció a José. No se atrevía a alejarse de allí hasta que se lo hubiese ordenado La Sombra.

-Coge tu rifle-prosiguió La Sombra con voz vibrante;-vuelve junto a los que te dejaron aquí. Diles que has cumplido sus órdenes. ¡Recuerda que estaré yo allí para oírte hablar!

Automáticamente, José cogió el rifle del suelo. Vaciló al retroceder hacia el sendero. Ojos feroces se clavaron en él al dar La Sombra su orden.

-¡Ve!

José se acercó, dando traspiés, al sendero. Durante un instante estuvo a punto de alzar el rifle, cediendo a un acceso de terrible rabia ante semejante humillación. Pero, al oír la risa de La Sombra, todo pensamiento de resistencia se desvaneció de su aterrada mente. La visión de aquella figura vengadora era demasiado terrible. Asiendo el cañón de su rifle, José huyó.

Sonó de nuevo la risa de La Sombra. La mano derecha bajó. La mano izquierda, cerca de la larga capa, desapareció con la pistola que empuñaba.

José no había visto el arma; pero, si hubiera alzado el rifle, hubiese conocido la puntería de La Sombra.

Una vez desaparecido José, La Sombra obró apresuradamente. Vic Marquette medio se había levantado ya. Estaba mirando a su alrededor, como si acabase de despertarse. Inclinándose, La Sombra lo levantó.

Sin apenas darse cuenta de sí le guiaba amigo o enemigo, Vic se sintió llevado por un camino descendente. Al atravesar los bosques apoyado en un fuerte brazo, el agente secreto estaba recordando vagamente acontecimientos que tan recientemente experimentara.

El sendero terminó cuando llegaron a la carretera. Allí, bajo los árboles, la figura de La Sombra resultaba invisible. Vic Marquette, recobrando el dominio sobre sí, se dió cuenta de que se hallaba a bastante distancia de la cabaña. Oyó una voz baja junto a él.

-Regrese usted al hotel. No vuelva a acercarse a esa cabaña. Márchese esta noche antes de ser visto.

Las palabras eran una orden. Se dio cuenta, de pronto, de quién había hablado. No era aquella la primera vez que Vic Marquette se había encontrado con La Sombra. Recordó a una alta figura de negro, que le había salvado en una batalla librada contra los enemigos de la ley.

-!La Sombra¡

El cerebro de Marquette se había despejado al pronunciar aquellas palabras.

Se volvió y buscó a tientas en la oscuridad, esperando encontrar al misterioso personaje a su lado.

La Sombra había desaparecido. De entre los árboles próximos a la carretera surgió una risa baja, sardónica, señal de despedida de La Sombra.

El agente secreto se quedó maravillado. Luego se dio cuenta de cuán prudente era el consejo que le habían dado.

Vic no comprendía aún todo lo ocurrido pero sabía que no sólo le habían salvado de una muerte cierta, sino que sus enemigos le creían muerto.

La cabaña del bosque era una trampa.

El ir allá sin armas sería fútil. No quedaba más que un recurso: seguir el consejo de La Sombra.

Avanzando lentamente por la carretera, Vic recordó una pregunta que le había hecho Alfredo Morales. Dicha pregunta estaba relacionada con alguien que se llamaba Perdiz.

Vagamente se acordó de la pluma que Jerry Fitzroy había llevado. ¡Una pluma de perdiz! Sí, la cabaña del bosque podía esperar. Que los hombres que le habían capturado le creyesen muerto. Perdiz era el hombre a quien tenía que encontrar. A los otros los vigilaría La Sombra.

Después de lo que acababa de ver, Vic tenía mucha confianza en la habilidad de La Sombra para entendérselas con ellos.

Mientras Vic Marquette emprendía el camino hacia la posada de Westbrook,

otro hombre avanzaba, dando traspiés, por el bosque, unos cuantos centenares de metros más allá. Era José, que hacía frenéticos esfuerzos para regresar a la cabaña cuanto antes.

Se había perdido en la oscuridad y le impulsaba a abrirse paso por entre la maleza el imaginario sonido de una carcajada que aun sonaba en sus oídos.

Cerca de la cabaña descansó. Soltó una exclamación. ¿Estaba oyendo la misma carcajada a su lado? ¡Estaba seguro de ello!

De nuevo se abrió paso, alocado, por entre la maleza hasta salir al claro y tropezar con los escalones de la cabaña. Se abrió la puerta y asomó Manuel.

Mediante un esfuerzo, José logró dominarse en parte y entró en la casa.

Halló a Morales y Armagnac aguardándole.

El aspecto de José llamó la atención de Morales inmediatamente. Este se apresuró a interrogarle:

-¿Qué?-dijo-. ¿Qué ha ocurrido?

José estaba apoyando el rifle contra la pared. De espaldas momentáneamente, se hallaba de cara a la ventana del otro extremo del cuarto.

Durante un instante se le extravió la mirada. Allí, en el suelo, vió la misma sombra larga, aquella extraña proyección negra que se mecía lentamente de un lado a otro.

El efecto que ello surtió en él fue eléctrico. A pesar de lo asustado que estaba, se puso rígido y un gesto hosco apareció en su semblante cuando se volvió para responder a la pregunta que acababan de dirigirle.

-¿Hiciste la faena?-inquirió Morales.

-Sí-gruñó José.

-¿Que ocurre, entonces?

-Nada; fueron esas cuerdas. Una de ellas se me había enganchado al pie. Por poco me caí al precipicio yo también.

Morales se echó a reír. La excusa de José pasó sin más explicación. José era famoso por su torpeza. Morales se volvió hacia Armagnac.

-¿Lo ve?-dijo-. Eso es lo que pasa. Un buen hombre para trabajar; pero un torpe. No podemos andar con torpezas al tratar con Luciano Perdiz.

-No habrá torpeza alguna en este casa-aseguró Armagnac.

Una hora más tarde, rehecho en parte de su temor, José recorrió silenciosamente el sendero hasta llegar al montículo de roca. Habiéndole mentido a Morales, le preocupaba la posibilidad de que fuera descubierto su embuste. Estaba pensando en las cuerdas y las piedras que había dejado al borde del precipicio.

La luna brillaba sobre la roca desnuda cuando llegó. El ver aquel sitio le inquietó. Se quedó intrigado al descubrir que habían desaparecido de allí cuerdas y piedras.

Todo aquello le pareció como un sueño. Era un hombre imaginativo a pesar de su naturaleza brutal. Se preguntó si habría tenido, efectivamente, aquel encuentro con La

Sombra. Tal vez-y el pensamiento le llenó de esperanza-¡tal vez habría tirado el cuerpo atado al precipicio e imaginado todo lo demás!

Mientras contemplaba el lugar, un ruido brusco sonó a su lado. Era un ruido bajo, singular, como el espectral eco de una risa que José había oído antes en aquel mismo lugar.

Antes de que pudiera volverse, el susurro de una voz llegó a sus oídos. Su tono sibilante le dio un aviso final, con palabras que llenaron a José de un nuevo terror, porque hablaban del futuro al propio tiempo que recordaban el pasado.

-¡No olvides!-La voz de La Sombra era siniestra-. Has obedecido mi mandato. Cuando vuelvas a aparecer, seguirás obedeciendo. ¡Porque los que no obedecen, mueren!

La voz murió en hueca carcajada. José no esperó a oír más. Huyó por el camino hacia la cabaña, haciendo esfuerzos por luchar con el pánico que había vuelto a despertarse en él.

Poco después, una alta figura vestida de negro surgió de un macizo de arbustos que había junto al montículo de piedra. La Sombra apareció, como espectral imagen, sobre la lisa superficie qué brillaba, grisácea, a la luz de la luna.

Una risa baja y triunfante repercutió en el farallón. Sus sibilantes notas parecieron alcanzar las sepulcrales profundidades de la abandonada cantera, para ser repetidas como susurros singulares por millares de diablillos.

Luego La Sombra desapareció. Sólo el silencio y la luz de la luna quedaron en aquel lugar.

## *CAPÍTULO XIII*
## *ARMAGNAC PROPONE*

A la tarde siguiente, un automóvil de la estación de Westbrook subió por la carretera en dirección a la finca de Luciano Perdiz. Al torcer junto a la garganta, Alfredo Morales, estacionado al otro lado, pudo ver claramente a su ocupante. Con ayuda de sus prismáticos reconoció el rostro barbudo de Pierre Armagnac.

Este iba a hacerle una visita a Luciano Perdiz, de acuerdo con lo convenido entre él y Morales. Cuando el coche hubo doblado el recodo, se perdió de vista; Pero Morales sabia que Armagnac no se volvería atrás.

AL llegar, se apeó ante la verja y despidió el vehículo que le había llevado hasta allí. Su aguda mirada examinó la alta valla de hierro. No necesitó mucho rato para darse cuenta de cuán formidable barrera resultaba.

Comprendió que, con toda probabilidad, estaría protegida por cables eléctricos.

Armagnac estaba pensando en Morales cuando llamó al timbre. La noche anterior había podido apreciar su habilidad; pero dudaba que su cómplice tuviera un plan seguro para entrar en la finca.

Podría ser posible inutilizar la barrera eléctrica; pero, con toda seguridad, Perdiz tendría señales que anunciarían el corto circuito.

Por los barrotes de la verja, Armagnac vió el malévolo rostro de Vignetti y decidió que debía ser corso. Conque, cuando el hombre se acercó, le habló en francés y preguntó por Luciano Perdiz.

Vignetti gruñó una contestación en mal inglés y rompió a hablar en un dialecto italiano. Armagnac sonrió. El italiano bajo seguía siendo el idioma de muchos corsos y Vignetti parecía ser uno de los que miraban con resentimiento la dominación francesa en su isla. Conque repitió su pregunta en inglés y mencionó su nombre.

A pesar de que Morales le había dicho que Luciano Perdiz siempre recibía bien a las visitas, Armagnac aguardó, algo dudoso, el regreso de Vignetti. El corso abrió la puerta y el

visitante entró. Unos minutos más tarde se hallaba en la biblioteca de Perdiz, aguardando la llegada del viejo.

Luciano Perdiz entró, procedente del laboratorio. Parecía algo extrañado de ver a Pierre Armagnac. Era difícil saber si la visita le complacía o disgustaba.

Le hizo una seña a Armagnac para que se sentara y aguardó tranquilamente a que el otro dijese lo que tuviera que decir.

Armagnac no perdió el tiempo.

Se dio cuenta en seguida de la situación y comprendió que su mejor plan era obtener la confianza del otro desde el primer momento.

-Debe usted estar sorprendido de verme aquí-observó.

-Sí que estoy sorprendido-respondió Perdiz-. Le creí en el extranjero.

-Y estaba hasta hace ocho días. Luego decidí venir aquí, dejando a Mercier encargado de las operaciones.

-¿Cree usted prudente esta visita? Yo no la solicité. Y usted no me mandó aviso.

-Pronto se alegrará de que haya venido-aseguró Armagnac-. Tal vez crea que vengo con malas noticias. Por el contrario, mis noticias son buenas. Todo depende de un factor, sin embargo.

-¿Cuál es?

-Depende de que pueda usted proveerme de una cantidad enorme del metal amarillo.

Una expresión de avaricia apareció en el rostro de Perdiz. Armagnac la vió y contuvo a duras penas una sonrisa, se inclinó hacia adelante y habló en voz baja:

Tengo un plan para ganar millones, más millones de lo que pudiera uno soñar siquiera.

-¿En su radio? Yo creí que estaba usted trabajando ya hasta el límite, Armagnac.

-No es en mi país.

-No puede usted operar en ningún otro sitio-respondió el anciano con frialdad-. Eso es lo convenido. Cada uno ha de trabajar su propio país.

-No me ha comprendido bien. Pienso operar dentro de los límites que me han sido señalados. Pero tengo la intención de establecer pequeñas bases en lugares productivos.

-¿Y no sería el esfuerzo superior al rendimiento?

-Usted no conoce mi plan. Hay sitios que yace una gran riqueza. Nadie puede darse cuenta de ello sin haberlos visitado.

»Puedo trabajar esos lugares sin abandonar lo otro. Mercier quedaría en mi puesto. Yo tengo la intención de viajar.

El entusiasmo de Armagnac resultó contagioso. Perdiz, con su amor por el oro, empezaba a visualizar un nuevo campo de acción. Armagnac era astuto y estaba bien informado. Armagnac debía tener razón.

El viejo se apoyó en el respaldo de su asiento. Armagnac vió que había logrado despertar su interés. Empezó a tejer un cuadro de riqueza fabuloso.

Transcurrió el tiempo. Armagnac seguía hablando. Por fin su voz se apagó.

Armagnac contuvo una sonrisa al darse cuenta del efecto que le había producido a Luciano Perdiz.

-Conque, como usted comprenderá-agregó,-no fue preciso que recibiera una carta en clave, con una pluma de perdiz, para que acudiera aquí a toda prisa. Estoy preparado; pero mi trabajo ha de empezar inmediatamente. Una base bien montada y he de tener una gran cantidad del metal que deseo.

-Lo tendrá usted-aseguró Perdiz.

Armagnac pareció dudarlo. Perdiz le observó estrechamente. Le molestaba la actitud de su interlocutor.

-¿Duda usted de mí?-exclamó.

-De su intención, no-respondió Armagnac con dulzura-. Sólo temo que no se dé usted cuenta exacta de lo mucha que esto significa. Muchísimo más que su producción anterior.

-¿Cuánto mayor?

-El doble de su producción total. El doble de lo que me manda actualmente.

La voz de Armagnac tenía un dejo de orgullo. Picó a Luciano.

-¿El doble de lo que le mando?-exclamó con ironía-. Pero ¿cree usted que es el único que usa mi producción? ¿Es su radio todo el mundo? ¡Bah¡ ¡Venga conmigo¡

Se puso en pie e hizo una seña al otro para que le siguiera. El visitante estaba encantado. Perdiz caía en la trampa. Como indicaba su nombre, era un pajarraco muy astuto; pero Armagnac se las daba de más astuto que ningún pájaro habido o por haber.

Perdiz le condujo a través del laboratorio. Se dirigieron a las habitaciones de abajo. Allí estaban trabajando unos hombres alrededor de un crisol. Perdiz siguió adelante. Abrió la puerta de un almacén. Una masa de lingotes amarillos apareció ante los ojos de Armagnac.

-Ahí tiene un poco de metal amarillo-dijo el viejo-. Venga; le enseñaré más.

Le condujo de almacén en almacén. Cuando hubieron hecho la ronda completa, subieron al laboratorio. Allí Perdiz sonrió al ver el asombro que manifestaba Armagnac.

-Metal amarillo-murmuró en voz trémula-. ¡Metal a toneladas¡ Metal que parece oro. Metal que pasa por oro, como usted y otros han podido averiguar.

-Tiene usted almacenada una cantidad muy grande-observó Armagnac-. No me había dado cuenta antes de la extensión de sus operaciones. Pero, claro esta, mucho de eso es oro auténtico que ha recibido usted de mí y de los demás.

-¿Oro auténtico? ¿Oro auténtico en esos cuartos de abajo? ¿Cree usted que dejaría yo oro legitimo tan cerca del falsificado? No, no, Armagnac. Soy demasiado inteligente para eso. El oro auténtico que tengo, está almacenado en otra parte.

-En esta finca, como es natural.

EL anciano parpadeó. Hizo una leve pausa; luego sonrió.

-Claro que lo tengo aquí-dijo-. Este lugar es una fortaleza. Pero no guardo el oro bueno con el falso. Lo guardo allí fuera.

Señaló por la ventana del laboratorio, hacia el otro lado del prado, a la pequeña estructura que había, a unos cien metros de distancia, junto al borde del precipicio. Armagnac se fijó en la puerta blindada de la cabaña en cuestión.

-Dentro de la roca-observó Perdiz-. Abajo, debajo del sótano de ese taller. Allí conservo mi verdadera riqueza. Habla usted de millones. Venga; le enseñaré.

Los dos hombres cruzaron el prado. Armagnac, moviendo los ojuelos de un lado para otro, examinaba todo lo que había a su alrededor. El barbudo sujeto poseía una mente fotográfica. Se hallaba ya sobre la pista de los datos más esenciales que buscaba.

Llegaron a la cabaña-taller. Luciano Perdiz sacó una llave y abrió la blindada puerta. Entraron ambos en un edificio de una sola habitación, cuyas ventanas tenían persianas de hierro. La puerta quedó abierta y la poca luz que entraba no reveló más que un suelo desnudo, con bancos de trabajo y herramientas.

Pierre Armagnac miró a su alrededor con evidente desencanto. Luciano rió.

Movió un banco y alzó una compuerta que había en el suelo. Hizo una señal a su compañero para que bajara por una escalera de mano. El anciano le siguió con sorprendente agilidad.

Se hallaron en una cámara de suelo de piedra. Perdiz la iluminó con una linterna. En un rincón, alzó una piedra con sus dedos que parecían garras. La piedra era una simple losa plana. Bajó la linterna al interior.

-Mire ahí, Armagnac-dijo.

El otro se asomó. Se trataba de una especie de pozo, abierto en ángulo.

Tenia escalones labrados toscamente que hacían veces de estantes. Y en dichos estantes Armagnac vió lingotes de oro.

Se irguió y miró a Perdiz. Vió brillar su rostro con la codicia del avaro. Allí estaba el almacén secreto de las enormes riquezas acumuladas por Luciano Perdiz.

La breve inspección que se le permitió hacer le bastó a Armagnac para comprender que Morales había dicho verdad al declarar que allí había bastante para dos.

El visitante intentó ocultar la sensación de triunfo que experimentaba.

Procuró parecer indiferente cuando él y Perdiz salieron del taller. El viejo indicó la puerta después de cerrarla con llave.

-Está protegida por una señal eléctrica-dijo-. ¡Que intente alguien abrirla de noche! Sonaría inmediatamente la alarma. Pero nadie lo intentará-rió-, porque nadie puede entrar aquí, donde tengo tan formidable valla y un abismo que me protege.

Llegaron al laboratorio, donde Armagnac expresó interés en los experimentos del otro. Charlaron juntos hasta después del crepúsculo.

Entonces se acordó Armagnac, de pronto, que tenía que coger el tren para Nueva York.

-Le dije al chófer que volviera, a menos que avisara lo contrario, a la estación-dijo-. Supongo que no tardará en llegar ya. Bien, señor Perdiz. Somos hombres que nos entendemos. Yo quiero el metal amarillo que parece oro. A cambio, aumentaré sus existencias de oro de verdad.

-¿Parte usted para su país inmediatamente?

-Tan pronto como me sea posible.

-Hace bien. Puede usted estar seguro de que yo le proporcionaré todo el oro sintético que necesite.

La mirada de Armagnac parecía abstraída. Dijérase que pensaba en el enorme negocio que iba a emprender.

Vignetti entró para anunciar que había llegado el automóvil para llevarse a la visita a la estación. Pierre Armagnac estaba a punto de marcharse cuando Luciano Perdiz le contuvo.

-Aguarde unos minutos-insistió el viejo-. Tiene usted tiempo de sobra. Le acompañaré hasta la puerta. Pero antes permítame que me ponga mi ropa de laboratorio ahora que Vignetti está aquí.

El corso llegó, trayendo una bata y guantes. Luciano se los puso tranquilamente. Acompañó a Armagnac hasta la verja. El francés hablaba en voz baja, describiendo vagos y enormes planes de trabajo futuro.

AL llegar a la verja, el viejo le tendió la mano. Pierre Armagnac la estrechó, con guante y todo. Escuchó mientras hablaba el otro.

-Lo que he revelado no debe saberse-observó Luciano en voz baja.

-Claro que no.

-Jamás debe volverse a mencionar el asunto.

Los dos hombres se separaron. Armagnac volvió la cabeza cuando se alejaba en el coche. El benigno viejo se hallaba de pie junto a la verja, con Vignetti a su lado: «Un viejo imbécil y un criado idiota», pensó el francés.

El automóvil prosiguió su camino hacia la estación. Armagnac, arrellanado en los cojines, iba pensando profundamente. Notó en la mano derecha una especie de calambre leve. Se frotó las ruanos y la sensación desapareció.

Armagnac estaba más que contento. Había descubierto la guarida del viejo.

Aquella noche se ultimarían planes que representarían gran riqueza para Pierre Armagnac y para su socio Alfredo Morales.

## *CAPÍTULO XIV*
## *LA REUNIÓN*

Eran más de las nueve aquella noche cuando Pierre Armagnac salió de la posada de Westbrook para dar un paseo. Como de costumbre, hizo alarde de cautela. Se rió de sus precauciones, sin embargo, porque estaba seguro de que nadie había en el hotel que pudiera sentir el menor interés en sus actividades.

AL avanzar por la carretera en dirección a la cabaña, no se fijó en una cosa singular: una forma ingrávida que se deslizaba detrás de él.

De haberse fijado en aquella mancha negra, sin embargo, es muy posible que no le hubiera hecho caso. Porque no pasaba de ser una mancha oscura que se movía por el camino que él seguía.

Cuando llegó al claro del bosque, Armagnac emitió un silbido, señal que Morales y él habían convenido. Avanzó, abrió la puerta de la cabaña y entró.

Allí encontró al otro esperándole. Armagnac sonrió al saludar. Se sentó y empezó su narración.

-He averiguado todo lo que usted desea saber – dijo-. Su suposición es exacta. El oro se guarda fuera de la casa.

-¡Ah! ¿El oro auténtico?

-El oro auténtico. El metal sintético se encuentra en el edificio grande.

-¡Excelente! ¿A qué distancia de la casa está el oro verdadero?

-A cien metros. En una cabaña-taller a orillas del precipicio.

-¡Mejor que mejor! ¿Está protegida?

-Por un aparato de alarma que, al parecer, suena en la casa.

-¿El edificio principal es de madera también?

-Sí. El laboratorio ocupa gran parte de la planta baja. Los hornos están en el sótano.

Morales indicó a Armagnac la mesa y sacó papel y lápiz. EL francés empezó a dibujar el plano de la finca de Perdiz. Era asombrosa la cantidad de detalles en que se había fijado. Cuando acabó su dibujo, la finca del viejo era como un libro abierto para Morales.

-¡Maravilloso! -exclamó éste-. No hubiera yo podido averiguar tanto si hubiese examinado el terreno desde un aeroplano. EL hacer eso hubiera sido mal asunto y, por añadidura, no me hubiera proporcionado los detalles que me eran indispensables. Por ejemplo, el escondite del oro. Sospeché que pudiera estar fuera de la casa.

»De todas maneras me hubiera arriesgado a llevar a la práctica mi plan. Pero si el oro hubiera estado dentro, no hubiera sido un plan tan bueno. ¡Ah! ¡Comprenderá usted muy pronto!

Una raya de oscuridad se deslizó por el suelo. Aquella noche, como la anterior, se extendía, hacia adentro desde la ventana. La raya de oscuridad se inmovilizó, sin haber llamado la atención de los conspiradores.

Armagnac le estaba diciendo a Morales en cuánto calculaba él la riqueza de Perdiz. Estaba entusiasmado. Morales soñaba mientras le escuchaba.

-Oro... montones de lingotes... estantes y más estantes llenos-decía Armagnac, sin aliento,- y el viejo no tiene necesidad de preocuparse, Guardado, escondido, pesando tanto, ¿cómo puede llevárselo nadie?

-¿Por qué cree usted que se lo enseñó con tanta facilidad?

-Le fui exaltando hasta el punto necesario. Él sabia que yo estaba haciendo planes para conseguir millones. Quería aumentar mi confianza. El oro le tiene loco.

»No sé si lo sabe, pero Perdiz ha intentado hacer oro auténtico. Pretende haberlo logrado. Este material amarillo es muy inferior. Pero, según él cuenta, no puede producir oro bueno lo bastante barato para que valga la pena fabricarlo.

-Es un soñador-declaró Morales-. No puede uno estar muy seguro acerca de su capacidad.

-Pero tiene oro. Pude leer la codicia y la ambición en su semblante. Quiere dominar al mundo haciéndose dueño del oro. Una ambición sorprendente; pero demasiado elevada. Es preferible buscar lo que hemos buscado nosotros, una enorme cantidad de ese oro almacenado que nos permitirá olvidarnos de las falsificaciones a que nos dedicamos.

-Será nuestro- respondió Morales con una sonrisa -. ¡Nuestro muy pronto!

Armagnac expresó duda en su mirada. Morales sonrió más expansivamente.

Las dudas del francés aumentaron. Habló, pensativo, con palabras cuidadosamente escogidas.

-Ya he hecho mi parte, Morales-dijo-. Ahora le toca a usted. Según nuestro acuerdo, habíamos de hacer intercambio de datos y ayudarnos mutuamente. Yo he averiguado todo lo que necesita usted saber. Ahora quiero conocer sus planes.

Morales empezó a reír. Armagnac se preguntó por qué. El otro se puso en pie y encendió un cigarrillo. Su risa continuó. Cuando calló, se encaró con su cómplice y le dijo el motivo de su risa.

-Armagnac - dijo: - se está Usted preguntando qué es lo que pienso hacer. Me ha proporcionado usted datos que valen millones; y, sin embargo, usted mismo no comprende su valor. Inconscientemente, usted se ha hecho a sí mismo innecesario ya en esta empresa.

»Yo estoy aquí con hombres; con método; con intención. Usted está solo. No le necesito ya. Ha empezado usted a darse cuenta de eso. No obstante... le coloco a usted en condiciones de igualdad conmigo. ¿Por qué? Porque uno y uno son dos... y dos son mejor que uno.

»Estoy pensando en el porvenir... en las enormes posibilidades que se les presentarán a dos hombres capaces de trabajar en armonía. ¿Comprende? Esto será el principio.

»¿Me pregunta usted mis planes? Le enseñaré. Usted, Pierre Armagnac, con toda su experiencia, con todo su genio, admirará los planes de Alfredo Morales.

Acercándose a la puerta del cuarto, emitió un silbido bajo. Entró José.

Morales le interrogó:

-¿No ha vuelto Manuel?

-No.

-Quédate aquí, José. Monta guardia hasta que volvamos.

Armagnac creyó que iban a salir de la cabaña. En lugar de eso, Morales se dirigió a una puerta que había en el rincón del cuarto. Se detuvo allí y habló con voz algo dramática.

-¿Estuvo usted en la Guerra Europea, <monsieur> Armagnac?

-Sí-replicó el otro, intrigado.

-Se hicieron muchos ataques con éxito entonces - declaró Morales-. Muchos ataques que iban dirigidos contra fortalezas más formidables que esa en que se ha encerrado Luciano Perdiz.

-Es cierto.

-Tengo mis fuerzas, Armagnac. Hay hombres a quienes usted no ha visto... hombres que aguardan. El caer sobre la finca de Perdiz, el apoderarse del oro... nada de eso sería difícil estando bien equipado, siempre y cuando...

Morales hizo una pausa para ver si Armagnac comprendía. El otro contestó rápidamente:

-Siempre y cuando estuviera abierto el camino-dijo;-pero tendría que estar despejado para permitir obrar aprisa.

-Justo. En la guerra, la infantería ha logrado llegar con frecuencia a su objetivo, casi sin ser molestada, gracias al ataque que la ha precedido.

-La preparación artillera.

-Sí. Ha citado usted, precisamente, el método que pienso emplear contra Luciano Perdiz. Venga, le enseñaré.

Morales abrió la puerta. Se vió una escalera ascendente. Haciéndole seña para que le siguiera, Morales empezó a subir. Armagnac le siguió y cerró la puerta tras sí.

*****

José se sentó en una silla. Su obligación era montar guardia mientras su amo hacía una ronda dc inspección.

Miró, distraído, en torno suyo. Se fijó en la larga mancha negra que yacía sobre el suelo.

Una expresión de sobresalto apareció en el rostro. Miró hacia la ventana; luego a la negra silueta. De nuevo alzó la vista hacia la ventana. Exhaló un grito ahogado y se encogió en su asiento.

Silenciosa, como extraño fantasma de la noche, había aparecido una figura en el cuarto. Allí, junto a la ventana, hallábase el extraño ser con el que José se encontrara junto al montículo de roca.

La Sombra tenía cruzados los brazos; su larga capa negra colgaba de sus hombros. Sus ojos, feroces brillaban bajo el ala protectora del sombrero.

Helada y susurrada burla surgió de los labios invisibles. Aquella risa llenó de terror a José. No parecía real la risa que surgía del personaje negro. Hasta el propio aire parecía en tensión por la potencia de la presencia de La Sombra.

-José-las palabras sonaron en español:-estoy aquí para volverte a avisar. Si dices una palabra sin orden mía, te castigaré. Sólo puedes vivir mientras me obedezcas.

La Sombra cruzó el cuarto. Se paró cerca de José. Sus ojos ardientes se clavaron en él.

José no pudo sostener aquella mirada. Volvió la cabeza, terriblemente asustado, esperando una muerte que no podía conjurar. La risa singular sonó en sus oídos.

Luego, silencio. José aguardó. Lentamente volvió la cabeza y miró por el cuarto. Estaba solo. El personaje negro huía desaparecido. No se veía silueta alguna en el suelo. Fijó la mirada en la puerta por la que Morales y Armagnac habían partido.

¿Era aquella la ruta que había seguido La Sombra? José no lo sabía. Tenía miedo de dejar su silla. Sobrecogido aun, aguardó, esperando que Morales y Armagnac no tardarían en volver.

## *CAPÍTULO XV*
## *LLEGA LA MUERTE*

Alfredo Morales y Pierre Armagnac estaban de pie en la azotea de la cabaña.

Una compuerta estaba abierta detrás de ellos. No se preocupaban, sin embargo, del camino por el que hasta allí habían llegado. Estaban examinando un objeto grande, que Morales señalaba con orgullo.

Este objeto era un potente mortero, de boca ancha, instalado firmemente en el centro de la azotea.

-¿Qué le parece este juguete?-inquirió Morales, en voz baja.

-¡Es magnífico! - exclamó Armagnac.

-¿Ve?... ¡Mire allá!

Señaló hacia arriba, por el espacio entre los árboles, en dirección al firmamento. Armagnac miró.

-Ese es el camino a la casa de Perdiz-explicó Morales-. Este mortero enviará el mensajero que he preparado. El mensajero me abrirá el camino.

Una figura se estaba alzando por la compuerta. Ni Morales ni Armagnac la vieron. Estaban mirando hacia los árboles. La Sombra se convirtió en alta y espectral figura que cruzó, silenciosamente, el tejado y se perdió en la oscuridad de la única chimenea que tenía la casa.

-¿La distancia?-inquirió Armagnac.

-Está calculada a la perfección. Este mortero es de una precisión asombrosa. He calculado la distancia cuidadosamente. El objetivo es enorme: la casa de Perdiz.

»El edificio es visible desde distintos puntos a lo largo de la garganta. He hecho mis cálculos con arreglo a la ingeniería militar. Son exactos. No pueden fallar.

-Pero... ¿cuál será el resultado?

-Permítame que le explique mis propósitos, Armagnac. Hay una cosa a que hemos de vencer. Esa cosa es el tiempo. El atacar a Perdiz y vencer toda resistencia será cosa fácil. Pero haría falta tiempo. Hay policías a doce millas de aquí. Una vez que fuera dada la alarma, se presentarían en escena.

-Ese es el peligro, Morales. Una vez que haya empezado usted a atacar, tiene que trabajar aprisa.

-Estoy preparado para eso. Cuando se haya fijado el momento, estaré esperando con un grupo de hombres y camiones, preparado para entrar y llevarme el oro. Será cosa fácil y de rápida ejecución. Pero existe un factor muy necesario: el camino debe estar expedito.

»Ahí está la cosa. Si Perdiz y sus hombres ofrecieran una resistencia prolongada, se produciría un retraso desastroso. Por eso necesitaba la información que usted me trajo.

»Si el oro hubiera estado en el edificio grande, donde están estacionados Perdiz y sus hombres, la tarea presentaría dificultades invencibles.

-¿Por Perdiz y sus hombres? Se los encontrará cuando ataque la cabaña taller...

-Perdiz y sus hombres no constituirán obstáculo. Habrán desaparecido antes de que entremos nosotros. Quedarán enterrados en las ruinas de ese viejo edificio.

Armagnac exhaló una exclamación. Empezaba a comprender los detalles del plan de su cómplice.

-Este mortero-dijo Morales-, disparará una bomba gigantesca que caerá de lleno sobre el tejado de la casa. Se oirá una detonación amortiguada a este lado del río; luego una explosión tremenda cuando la bomba dé al edificio de Perdiz. Ese será el fin del viejo y de sus hombres. Pero, de haber estado el oro en el edificio...

-Comprendo; no hubiera podido usted retirarlo.

-Justo. Ahora que sé dónde está el oro, puedo apoderarme de él. La valla con su corriente eléctrica, la protección de la cabaña-taller... ninguna de esas cosas tiene importancia mientras no quede ser viviente alguno allí. Dos timbres de alarma son completamente inútiles si no hay persona alguna que los oiga.

-¡Su plan es perfecto! - exclamó Armagnac-. Puede entrar con los camiones por la verja derribada, cargarlos y marcharse. Será oída la explosión, naturalmente.

-¿Y qué? Se sabe que Perdiz es químico. En sus experimentos bien pueden entrar explosivos. La ruina de su casa será achacada a su propio descuido.

-Es cierto; pero el ruido atraerá a mucha gente allá.

-El lugar más cercano es la posada. Se halla a seis millas de distancia, por carretera. Una explosión a medianoche aturdirá al principio. Luego se pondrán en movimiento las brigadas de investigación improvisadas. Cuando éstas lleguen, nos habremos marchado nosotros.

Armagnac movió afirmativamente la cabeza. Comprendió que el plan estaba bien ideado. Con un grupo de hombres fuertes, podría retirarse rápidamente el oro. Morales sonrió.

-Las brigadas de auxilio-dijo-, acudirán por la parte de arriba de la finca, de Perdiz. Tanto la posada como el cuartel están en esa dirección. Han de cruzar el puente que hay sobre la garganta y tirar por el estrecho camino. Allí se encontrarán el sendero obstruido por un camión estrellado. Retrasará su avance a más de cuatro millas de la casa de Perdiz.

-Podía usted obstruir el camino del todo.

-No quiero hacerlo. Lo del camión viejo debe parecer un accidente. Dará más tiempo para huir. He calculado las cosas con exactitud, Armagnac. Transcurrirá una hora completa antes de que las primeras personas puedan llegar allí.

Morales dio media vuelta y se dirigió a la compuerta. Armagnac le siguió.

Cuando los dos hombres llegaron a la planta baja, encontraron a José sentado en la silla, con la mirada fija en la puerta por donde habían entrado.

-¿Qué te ocurre, José?-gruñó Morales-. ¿Aun estás preocupado por las sombras?

-¿Sombras?-inquirió Armagnac.

-Sí-se burló su amo;-José se está volviendo tan aprensivo que apenas puedo confiar en él. Cada vez que ve una sombra se asusta. Había tenido la intención de dejarle aquí para que disparase la bomba; pero me parece que le encargaré a Manuel de ese menester.

-¿Cuándo atacará? - inquirió Armagnac.

-A las tres de la madrugada. Mañana haré todos los preparativos. Estaremos dispuestos ya a medianoche. Las tres será la hora del ataque.

-Excelente hora para obrar.

Morales no respondió. Miraba a José, que tenia la mirada clavada en el otro extremo del cuarto. Si su amo le hubiera seguido la mirada, hubiese visto salir de la puerta por la que se subía a la azotea una negra y larga sombra. Morales no había cerrado la puerta al volver al cuarto.

-¡Vamos, José! -exclamó con impaciencia-. ¿Por qué estás tan asustado? ¿Has visto alguna otra cosa, aparte de tus sombras?

José movió negativamente la cabeza Abrió los labios, como si fuera a hablar. La sombra proyectada en el suelo se estaba moviendo, como haciéndole una advertencia.

Tanto Morales como Armagnac estaban mirando a José, que parecía estar viendo visiones. Armagnac se echó a reír y dio unos pasos por el cuarto..

-Las sombras no pueden hacerle daño a nadie-dijo-. ¿Qué son las sombras? ¡Nada!

El hombre barbudo se hallaba de pie encima mismo de la sombra. José tembló. En su opinión, aquél era un lugar peligroso en que ponerse.

-¿Sombras?-Armagnac alzó el brazo, de forma que su mano proyectara una sombra sobre la pared. Movió los dedos-. ¿Lo ves? Allí tienes sombras... No son nada.

Los dedos de Armagnac se quedaron rígidos. Los miró, aturdido. Alzó la otra mano. Intentó mover los dedos. También se le habían quedado rígidos.

Sacudió los brazos. Se debilitaron y se negaron a moverse.

-¡Mis hombros!-exclamó-. ¡Están entumecidos! ¡Me está ocurriendo algo! ¿Qué puede ser?

Empezó a caer. Las piernas se negaban a sostenerle. Rodó por el suelo y su cuerpo cubrió aquella sombra que José temía.

Armagnac estaba farfullando palabras en francés y en inglés. De pronto se tornó lívido. Sus ojos reflejaban un terror inmenso al mirar hacia Morales.

-¡La muerte progresiva!-exclamó-. ¡La he visto... la he visto matar! ¡Auxilio! -Su voz se iba debilitando-. ¡Auxilio!...

Seguían moviéndose sus labios, pero ya no emitían sonido alguno. Morales se inclinó sobre él.

Una luz repentina brilló en los ojos de Armagnac.

Acababa de recordar, vívidamente, un detalle. Sus labios parecieron querer emitir un aviso; luego quedaron inmóviles. Los ojos se tornaron vidriosos.

¡Pierre Armagnac estaba muerto!

José estaba loco de terror. Para él, el hecho de que Armagnac hubiera estado sobre aquella mancha de sombra, era prueba evidente del poder de La Sombra.

Mirando más allá del cadáver del hombre, vió una figura negra. Creyó oír, incluso, una leve risa burlona. Luego, al arrastrar Morales el cuerpo de Armagnac por el suelo, José vió que la mancha de sombra había desaparecido.

-La muerte.progresiva - murmuró Morales, pensativo-. Alguna enfermedad extraña de que padecería. ¡Pobre Armagnac!-Morales rió-. Bueno, su trabajo estaba terminado de todas maneras. Juntos, tal vez, hubiéramos topado con dificultades en el porvenir. Cuando la muerte obra, a veces hace un gran favor.

Así filosofando, Morales alzó la cabeza y vió a Manuel entrar en el cuarto.

El hombre se fijó en el cuerpo de Armagnac.

-Está muerto-observó su jefe-. Es una gran desgracia... para Pierre Armagnac. Tal vez no lo sea tanto para Alfredo Morales. Me alegro de que hayas vuelto, Manuel. Eres más digno de confianza que José. Echaremos este cadáver a la cantera tú y yo, mientras José aguarda aquí. José - agregó, con desprecio-, se está volviendo mojigato. No le gusta ver a un muerto.

José no contestó a las desdeñosas palabras. Miró cómo cogían el cadáver de Armagnac y lo sacaban de la cabaña. Luego fijó la mirada en la puerta que conducía a la azotea. El suelo empezó a ennegrecerse. José tembló.

La espectral figura de La Sombra apareció, procedente de la escalera. José se encogió en un rincón. La Sombra rió en sepulcral susurro. Se quedó mirando a José. Luego habló en voz baja y siniestra.

-¡Cuidado, José!-Las palabras parecían proféticas-. Te he advertido. Has visto... ¡la muerte!

Se repitió la risa. Cuando José volvió a mirar hacia el lugar en que había estado La Sombra, el cuarto estaba vacío. EL siniestro personaje había desaparecido.

Avanzando por el sendero de la cantera, Manuel y Morales llegaron, por fin, al montículo de roca. Su avance había sido lento y molesto.

Llenaron la ropa de Armagnac de piedras pequeñas. Juntos empujaron el cadáver por el precipicio. El ruido de un chapuzón anunció que Pierre Armagnac se había hundido en su acuático sepulcro.

Cuando los dos hombres hubieron emprendido el camino de regreso a la cabaña, una sombra negra apareció sobre la superficie de piedra.

Luego apareció La Sombra bajo la luna, mirando hacia las profundidades de la cantera. Una risa siniestra se escapó de entre los labios ocultos tras el cuello levantado de la capa.

Pierre Armagnac estaba muerto. José atribuía dicha muerte a La Sombra.

Alfredo la creía efecto de una extraña dolencia. Manuel no tenía teoría alguna.

Sólo La Sombra había sospechado la causa de aquella muerte progresiva.

Había supuesto la verdad: que Pierre Armagnac había muerto asesinado por obra de Luciano Perdiz.

Armagnac había quedado eliminado. La lucha quedaba limitada a dos hombres: Morales y Perdiz. Ambos eran despiadados; ambos eran verdaderos demonios del crimen. ¿Cuál sería el resultado de su encuentro?

Sólo La Sombra lo sabía. ¡Su risa proclamó que él también tomaría parte en aquel extraño conflicto!

## *CAPÍTULO XVI*
## *A LA NOCHE SIGUIENTE*

Habían transcurrido veinticuatro horas desde la muerte de Pierre Armagnac.

Había dos hombres en el laboratorio de Luciano Perdiz. Uno de ellos era el viejo; el otro, su leal Vignetti. El corso estaba viendo cómo se completaba un experimento.

Luciano se volvió hacia Vignetti con una sonrisa maligna. Indicó una probeta que contenía una pequeña cantidad de polvo gris muy frío.

-Ahí yace la muerte, Vignetti-declaró.

El corso rió, diabólicamente.

-Esto es lo que yo quería más que el oro - rió Perdiz-. El que posee oro debe estar en situación de poder dar muerte. Mi oro falso me trajo oro verdadero. La muerte que he dado ha sido muerte auténtica.

»Pero sólo, he dado muerte con esos guantes. Esos guantes bien cubiertos del polvo que produce la muerte progresiva a aquellos que quieren estropear mis planes. Ahora, con este nuevo polvo, puedo enviar la muerte. ¡Enviarla, Vignetti¡ ¡Enviarla a cualquier parte, por todo el mundo! ¡Ah! ¡Qué «vendetta» será ésa¡

»¡Reyes, presidentes, hombres acaudalados! ¡Esos serán mís víctimas! Tú me ayudarás, Vignetti. Este polvo, metido en cartas inofensivas, matará a todo aquel que lo toque. No instantáneamente; no, Vignetti. Eso no sería prudente, sino transcurrido un buen rato, ¡cuando nadie pueda saber la causa! ¡La muerte reinará, Vignetti! ¡La muerte tal como yo la reparta! Pronto empezaremos. Con oro, seré dueño, de vida. Con mi polvo, seré dueño de muerte. A hombres como Armagnac... No tendré necesidad de esperar a que me visiten. ¡Puedo mandarles la muerte!

El semblante del viejo era una rapsodia del mal. Se sentía simplemente exaltado. Tenía la mirada fija, abstraída.

-¡Li Tan Chang!-murmuró-. Su propia invención fue causa de su muerte. Aquella noche en Pekín, cuando tan oportuno fuiste con el cuchillo, Vignetti. Sospechabas la proximidad de la muerte progresiva. Después de todo, es una enfermedad oriental; pero aquel sabio chino fue el primero en usar un medio para ocultarla. ¡Qué diría si viniese hoy! Tú evitaste mi muerte, Vignetti. Descubrí el secreto. Ahora he confeccionado un veneno más potente. Donde hacía falta una gran cantidad del preparado de Li Tan Chang, para atravesar la piel, una infinitesimal cantidad del mío bastará para conseguir lo mismo.

El viejo vació el contenido de la probeta sobre una hoja de papel. Llevaba guantes de laboratorio. No obstante, tuvo un cuidado extremado al meter el polvo en una caja cuadrada pequeña.

-Lo guardaré en lugar seguro-dijo-. No lo necesitaremos aún, Vignetti. Mañana prepararé mi lista de aquellos que yo quisiera que muriesen. Hombres que jamás me han visto; que nunca oyeron hablar de mí. Pero todos ellos hombres que pudieran algún día intentar estorbar mi plan de ser el amo del mundo.

Vignetti movió afirmativamente la cabeza. Sabía lo que estaba pensando su amo. Perdiz, empleando su mezcla de inglés e italiano, continuó hablando mientras se dirigió a la biblioteca.

-Tú me ayudarás, Vignetti - declaró, - con este nuevo procedimiento de matar. Unas cartas echadas al correo aquí y allá, todas ellas llevarán la muerte que hasta ahora di con la mano.

»Cuando la gente me visite, el método antiguo será el mejor. Es mucho mejor que esa gente muera lejos. Pero a los que no vienen, a esos que no veo, pero que quiero que mueran, ¡les enviaremos éste polvo nuevo¡

El anciano guardó la caja en el cajón de una mesa. Sacó un sobre y lo abrió.

Contenía una lista de nombres de muchas personas. Rió al estudiar los nombres de sus futuras víctimas.

-Vignetti cree que se trata de una «vendetta»-murmuró nuevamente al ver que su criado se había marchado-. ¡Ah! Sí que es una «vendetta»; pero una «vendetta» cuyo igual el mundo no ha conocido nunca.

»Los romanos tenían sus listas de víctimas; de los que habían de morir. Pero ¡mi lista! ¡Todos ellos morirán irremisiblemente y sin que se sospeche! ¡Reinará el caos! Perecerán dinastías; las repúblicas se convertirán en masas sin gobierno; grandes empresas fallarán.

»Los hombres tendrán miedo a mandar. Buscarán un caudillo. Entonces, como dictador del mundo, me alzaré como amo de todos los autócratas. ¿Qué otra persona podría hacer lo mismo? Tendré las riquezas de Creso; el poder de Napoleón; extensos territorios en cuya magnitud jamás soñó Alejandro el Grande siquiera. ¡El dictador del mundo entero!

El anciano quedó sentado, en silencio. Sus labios se movían. Por su rostro pasaban emociones cambiantes que delataban su excentricidad. Ora benignas, ora diabólicas, sus expresiones alcanzaban los extremos.

Vignetti entró en el cuarto e interrumpió las reflexiones del viejo, anunciando:

-El señor Cranston está aquí.

Una nueva expresión apareció en el rostro de Perdiz: esta vez, de extrañeza.

-¿Cranston?-murmuró, pensativo-. Sí; recibimos su telegrama ayer. Se refería a las minas Nueva Era. Asunto urgente, según él. Es preciso que lo vea, Vignetti; pero dudo que pueda saber gran cosa. Sin embargo, espero que tú estarás preparado...

Vignetti asintió con la cabeza y fue en busca de la visita que aguardaba junto a la verja.

Unos momentos después entró un hombre alto, vestido de etiqueta. Luciano Perdiz se puso en pie para recibirle.

-¿El señor Cranston?-inquirió.

-Sí; me llano Lamont Cranston.

Luciano se sintió extrañamente impresionado por el aspecto de su visitante.

Jamás se había encontrado con personaje tan fuera de lo corriente.

Lamont Cranston tenía un rostro enigmático. Hubiera sido imposible adivinar su edad por sus facciones. Parecía joven y, sin embargo, viejo; silencioso, pero determinado.

Estaban cortadas sus facciones como las de una estatua; al propio tiempo poseían cierta cualidad: la de no delatar nunca sus emociones. Dos ojos agudos, penetrantes, brillaban, uno a cada lado de su nariz de halcón. Sin embargo, su mirada nada tenía, de desconfiada ni de poco amistosa.

Hasta en su voz exhibía Cranston un asombroso contraste. Su tono era deliberado y fluido; no obstante, tenía un dejo uniforme que hacía que cada sílaba se destacara y se distinguiera sola. Luciano Perdiz se sintió dominado por la personalidad de aquel asombroso individuo.

Tan agudamente estaba el viejo examinando a su visita, que no reparó en el singular fenómeno que acompañaba a Lamont Cranston. Sobre el suelo, extendida como la espectral forma de un murciélago gigantesco, yacía una enorme sombra. AL volverse Cranston hacia la silla que le indicó Perdiz, la sombra asumió el aspecto de una forma larga y delgada, tocada con un sombrero de ala ancha.

Tal vez las variantes sombras fueran debidas a la iluminación del cuarto.

Fuera cual fuese el caso, la sombra final siguió persistiendo después de haberse sentado Cranston. Fue entonces cuando Perdiz le dirigió una mirada interrogadora.

-Me he estado preguntando para qué quería usted verme, señor Cranston-observó Perdiz-. No recibo visitas con frecuencia.

-Eso tengo entendido, señor Perdiz -respondió Cranston con voz serena-. Clifford Forster... Lawrence Guthrie... ambos eran amigos míos. Sé que ambos le han visitado.

Un leve gesto de inquietud apareció en el rostro del anciano. Pero pronto se rehizo.

-Sí-respondió-. Ambos han estado aquí. ¡Pobre Forster! Tengo entendido que ha muerto.

-Sí-repuso Cranston-. Forster ha muerto. Pero me sorprende que no haya mencionado a Guthrie también. Murió después que Forster.

-¡Guthrie muerto!

-Sí. Murió... como Forster. En un tren, camino del Canadá.

Apareció una expresión de fingido sentimiento en el semblante de Perdiz. Se apresuró a hacer una afirmación astuta.

-Ambos eran conocidos míos, señor Cranston. Simples conocidos, ¿comprende?

-Así cree el mundo - respondió Cranston con la más leve de las sonrisas-. Pero da la casualidad que yo he recibido informes de una clase muy distinta.

-Es decir...

-Que tanto Forster como Guthrie estaban embarcados en una empresa que les obligaba a tratar con usted: una empresa relacionada con las minas Nueva Era también.

-¿Dónde obtuvo usted semejante información? - preguntó Perdiz con frialdad.

-Por ser mi intención adquirir acciones de las minas Nueva Era, descubrí la existencia de ciertas negociaciones de las que dependía el éxito de la mina.

»Forster tenía evidentemente contratos y otros documentos. Estos no fueron hallados después de su muerte. Ello no obstante, me fue posible descubrir una relación con Guthrie y otra con usted. Por eso he venido a verle en la esperanza de que pueda usted contarme todos los detalles.

-Señor Cranston-los ojos de Perdiz brillaban amistosamente:- existía una ligera relación entre esos dos hombres y yo. No he divulgado el hecho, porque acordamos que nuestras leves negociaciones fueran de índole privada.

»Aquí, en mi laboratorio, he hecho experimentos para refinar oro. Lawrence Guthrie se enteró de ello. Indujo a Clifford Forster a que estudiara la posibilidad de interesarse en dichos experimentos. Nuestra amistad se hallaba en proceso de gestación. Clifford Forster me hizo una visita aquí antes de morir. Lawrence Guthrie también vino a verme alguna vez.

-¿Estuvo aquí después de la muerte de Forster?

-No estoy seguro... Es más, no lo creo, señor Cranston.

-He de decirle una cosa importante -dijo Cranston en voz bondadosa-. A Lawrence Guthrie se le creerá complicado en la muerte de Clifford Forster. Por consiguiente, su muerte ha sido objeto de comentario.

Turbó el rostro de Luciano Perdiz una expresión de vaga comprensión.

Dándose cuenta de ello, Lamont Cranston se apresuró a agregar:

-Sabiendo que su nombre estaba relacionado con el de esos dos hombres, se me ocurrió conveniente venir a verle para averiguar si, por casualidad, alguno de los dos había dado muestras de enemistad por el otro.

-¿Es usted agente de policía?

-No; soy tan sólo un financiero interesado en el éxito de las empresas mineras. Puesto que me propongo adquirir acciones de la Nueva Era, me interesan, como es lógico, todos los asuntos relacionados con dicha compañía.

»He descubierto indicios de cosas que a nadie he mencionado. Es más, no existe la menor relación entre Guthrie y yo, ni Forster y yo.

»Llegué de Nueva York anoche. Tomé un cuarto en la posada de Westbrook con nombre supuesto. No quiero que conozca nadie mi presencia aquí. He aguardado hasta la noche para visitarle a usted.

»Después de comer en el hotel, he venido aquí en taxi. He de regresar a la posada a recoger mi equipaje para tomar el último tren para Nueva York. Pero tenía vivos deseos de convencerle a usted por los motivos que ya le he expuesto.

-Comprendo - afirmó Perdiz-. Pues bien, señor Cranston: tenemos demasiado poco tiempo para poder discutir estos asuntos ahora. Si hubiera venido usted más temprano... pues es ya cerca de medianoche. Si estuviera seguro de que era usted el único que conoce la relación existente entre Forster y Guthrie... .

-Soy el único que conoce ese detalle-le interrumpió Cranston.

-En tal caso-continuó el viejo-, tal vez pueda hacer algo en mi obsequio. ¿Puede usted arreglar las cosas de forma que pueda volver aquí dentro de... por ejemplo... una semana o diez días?

-Con mucho gusto, señor Perdiz.

-Excelente. Me ha de dar usted tiempo a que reflexione y a que encuentre la correspondencia que sostuve con esos dos hombres. No diga una palabra de este asunto hasta que reciba noticias mías.

Lamont Cranston se puso en pie e hizo una cortés reverencia. Tendió una tarjeta con su nombre y dirección. Vignetti entró y le ayudó a ponerse abrigo y sombrero.

-Dejé el coche esperándome afuera con el conductor - explicó Cranston-. Conque le dejaré ahora.

-Un momento, señor Cranston - se apresuró a decir Perdiz-. Tiene usted tiempo de ver el laboratorio. Está a pocos pasos de aquí.

Echó a andar, seguido de Cranston. Vignetti cerraba la marcha. Las sombras de los tres se confundían; pero la proyectada por Cranston parecía tragarse las otras cuando entraron en el laboratorio.

Perdiz le dijo algo a Vignetti. El corso trajo la bata de su amo y un par de guantes del fondo del cajón de la mesa.

-Excelente laboratorio- dijo Cranston, mirando a su alrededor.

-Sí -replicó Perdiz, poniéndose la bata y los guantes;-siempre hago mis experimentos de noche.

-En tal caso le deseo muy buenas noches-dijo Lamont con cortesía, volviéndose hacia la puerta.

-Le acompañaré hasta el coche-ofreció Perdiz.

Cranston, alto e imponente, cruzó el vestíbulo delante de Perdiz, salió y se dirigió a la verja. Al hablarle el anciano, Cranston pareció no oírle. Siguió adelante hasta llegar al automóvil. Perdiz, seguido de cerca por Vignetti, se acercó a la ventanilla del sedán.

Lamont Cranston echó un paquete a un lado. Alzó algo que había sobre el asiento, a su lado. Luciano, que le estaba deseando buen viaje, no pudo verle las manos en la oscuridad hasta que llegó el momento de la despedida final.

-Buenas noches-dijo, tendiendo una mano enguantada en el preciso momento en que Cranston ordenaba al conductor que echara a andar.

-Buenas noches - respondió el otro, sacando la mano para aceptar la que le tendían.

Una curiosa sonrisa apareció en el semblante de Perdiz al tender la mano que llevaba el guante envenenado. Se estrecharon las manos sin que lo observara el conductor. De pronto, el coche se puso en movimiento.

Perdiz se vió obligado a soltarle al otro. Dio un paso atrás y vió a Cranston asomado a la ventanilla, agitando la mano en despedida.

Luciano Perdiz profirió una maldición. Como eco a la misma, sonó el gruñido de Vignetti. Porque, en aquel instante, Perdiz había visto algo que no observara al estrechar la mano.

Ahora comprendía por qué no se habían visto claramente las manos de Lamont Cranston en la oscuridad. El descubrimiento le enloqueció de rabia.

Al subir al sedán ¡Cranston se había puesto unos largos guantes negros!

Todo el trabajo de Perdiz había sido en vano. Guante se había encontrado con guante. Lamont Cranston, o La Sombra, había frustrado los diabólicos planes del astuto viejo.

## *CAPÍTULO XVII*
## *LA SOMBRA EN EL ACANTILADO*

Luciano Perdiz experimentó un acceso de increíble rabia. Se dio cuenta de que había frustrado sus planes un hombre cuya sutil astucia era superior a la suya.

Ni una palabra de ira, ni cosa que pareciese una amenaza, se había cruzado entre él y Lamont Cranston. El viejo había tenido la intención de hacer una nueva víctima. En lugar de eso, Cranston había sido más listo que él y, sin embargo, no había dado la menor prueba de que sospechara las intenciones del viejo.

Perdiz se encontraba desorientado. ¿Sería Cranston un visitante casual que nada sabría aparte de lo que había dicho? ¿O seria un astuto investigador que había ido a averiguar el secreto de como propinaba Perdiz la muerte progresiva?

En vista de su conversación, la primera suposición debía ser la buena.

Pero instintivamente el viejo comprendió que Lamont Cranston se había presentado a saber un hecho determinado y que, estando prevenido, había estado preparado para hacer frente a la situación.

En cualquiera de los dos casos, era peligroso dejar vivo a aquel hombre.

Conociendo la relación que había existido entre Forster y Guthrie, y entre estos dos hombres y él, Cranston era una amenaza para los planes del viejo.

Inconscientemente o con intención, podía echar a rodar los sueños de poder, vida, muerte y riqueza de Luciano Perdiz.

Era preciso hacer algo para interceptarle antes de que pudiese marchar de Westbrook Falls. Fitzroy, Forster, Guthrie, Armagnac... ninguno de ellos había resultado tan peligroso como aquel Cranston. Volviéndose, con la cara lívida de ira, aun, Perdiz vió a Vignetti.

-¡Vignetti!-exclamó-. Esta noche se presenta tu oportunidad. ¡Acuérdate de Li Tan Chang! Ese hombre que ha marchado, ¡acaba con él como acabaste con el chino¡ ¡muerte! ¡Muerte a cuchillo! ¡La «vendetta»!

El corso no necesitó que le azuzaran más.

Sólo un camino conducía a la posada. Vignetti tenía un coche a mano.

Conocía bien el camino. Podría alcanzar, sin dificultad, al hombre que se le había escapado a su amo de entre los dedos.

Tres minutos más tarde Luciano Perdiz sonreía sombrío al ver desaparecer la luz roja del coche de Vignetti por un recodo del camino. Sería un golpe atrevido el de aquella noche; pero Luciano no temía las consecuencias.

El matar con sutileza sería mucho mejor. Tal vez pudiera Vignetti hacerlo así. Pero aun cuando el corso atacara abiertamente a Cranston, el asunto en nada podía perjudicar a Luciano Perdiz.

Vignetti nunca fracasaba con el cuchillo. Ocurriera lo que ocurriese, su pasión por la «vendetta» le haría guardar silencio.

El hecho de que el criado de Luciano Perdiz hubiese matado a sangre fría, jamás podía considerarse como un crimen de aquel anciano de bondadoso rostro. Este rostro, sin embargo,

nada tenía de bondadoso cuando el viejo se volvió hacia la casa. Pero, cuando volvió a vérsele en la luz, el anciano sonreía con expresión benigna.

Entretanto, Vignetti corría en persecución de Cranston. Conduciendo a toda velocidad, el corso estaba haciendo lo posible por alcanzar al otro automóvil.

Antes de haber recorrido una milla, vió la luz trasera del otro, siguió detrás del sedán aguardando hasta llegar a un lugar donde fuera posible la venganza.

Cuando se acercaban al puente la suerte favoreció a Vignetti. Un camión grande y maltrecho ocupaba el centro del camino. El sedán se vió obligado a detenerse. Vignetti, acercándose lentamente, cubrió todo el coche con la luz de sus faros. Vió al conductor apearse y acercarse al chófer del camión.

Parando su automóvil, el corso se apeó y se deslizó hacia adelante. Aquella era una oportunidad que había que aprovechar.

Cranston se hallaba en el asiento interior del sedán. Podía atacar y matar mientras los dos conductores discutían. Luego podría dar la vuelta y marcharse antes de que se parara mientes en él.

Vignetti posó la mano en la manilla de la portezuela. La hizo girar lentamente. Vió una figura reclinada en el oscuro interior.

Con un salto salvaje se precipitó hacía adelante, cuchillo en mano. Su rápida puñalada alcanzó a la sobrecogida figura. La hoja atravesó algo que no ofrecía resistencia alguna y se clavó en los cojines del asiento.

Vignetti rodó por el suelo del vehículo. ¡Su puñalada no había tocado un cuerpo humano¡

Alzándose sobre las rodillas, el corso retiró rápidamente el cuchillo.

Encendió una cerilla y la sostuvo protegida por las palmas de las manos.

Lo que él había tomado por un ser humano no era más que un gabán con un sombrero puesto encima del cuello.

¡El maniquí aquel estaba relleno con hojas de papel de envolver!

Aturdido, Vignetti saltó del sedán y cerró la portezuela tras sí. Corrió hacia el conductor que volvía de su discusión con el hombre del camión. El chófer pareció sorprendido de ver a Vignetti.

-¿Qué ocurre?-preguntó.

-Ese hombre... ¿dónde está?

Vignetti pronunció estas palabras en muy mal inglés.

-En el interior del coche-le respondió-. Le hablé al apearme.

-¿Él le habló a usted?

-Le hablé yo. Él no me contestó.

-No; ahora no está él ahí.

El conductor abrió la portezuela. Vió el abrigo y el sombrero. Alargó la mano y las prendas cayeron al tocarlas

Miró a Vignetti, intrigado.

-¿Qué hace usted aquí?-inquirió.

-El señor Perdiz, él mandarme-explicó el corso con dificultad-. Dice que es importante que éste vuelva. Vuelvo a ver. Abro puerta. Hombre no ahí. ¿Dónde?

-¡Eso sí que tiene gracia! -exclamó el chófer, rebuscando por el asiento-. Este es su gabán, y éste su sombrero. De esto estoy seguro. Este papel... Debe ser el del paquete que trajo consigo. Dejó el sombrero y el gabán y se llevó el paquete. ¡Eso sí que tiene gracia!

-¿Él no paga?

-¡Vaya si pagó! Y bien. Hice trato para llevarle a casa de Perdiz y volver con él otra vez. Viaje de ida y vuelta. Pero no sé cuándo puede haberse apeado. ¿No le vió usted?

-Yo no ver.

El conductor se encogió de hombros. Los del camión estaban apartando su vehículo a un lado de la carretera. El chófer se sentó al volante y pasó.

-Ha tenido usted suerte en poder pasar, amigo-le gritó uno de los del camión-. Estamos atascados aquí para rato. Me parece que acabaremos por arrancar, pero será una suerte perra si no volvemos a atascarnos antes de que lleguemos al puente. Este camino es demasiado estrecho.

A Vignetti no le interesaban las preocupaciones de los del camión. Se estaba preguntando qué habría sido de Lamont Cranston. Se dio cuenta, de pronto, de que debía de haber dejado el sedán a menos de una milla de la finca de Perdiz.

Furioso, Vignetti volvió a su coche y logró darle la vuelta en el estrecho sendero. Emprendió el camino de regreso a lo largo de la garganta. Miró a ambos lados para ver si distinguía rastro de persona alguna en la oscuridad.

A nadie vió. Cuando se detuvo ante la verja, vió que Perdiz se había metido en la casa.

Corrió hacia allá y se encontró con su amo. Contó lo ocurrido en el dialecto italiano que hablaba. La expresión del viejo se tornó agria.

-Ese hombre es peligroso, Vignetti –declaró-. Desconfiaba de ti no menos que de mí. Hemos de estar alerta esta noche. Ven.

Le condujo a la verja. Allí se paró a escuchar, como si esperara oír algún sonido en la oscuridad. Las luces del coche de Vignetti iluminaban el camino en dirección a la garganta. El viejo permaneció inmóvil, mirando en aquella dirección.

Hubiera hecho Lamont Cranston lo que hubiese hecho, desde luego no había vuelto a aquel punto. Sin embargo, la suposición de Perdiz de que su visitante se hallaba aun en la vecindad no era equivocada.

Porque, mientras el anciano aguardaba junto a la verja, una figura alta y silenciosa estaba acercándose a la orilla del precipicio, fuera del alcance de los faros del automóvil.

La noche estaba nublada. Aun a la orilla de la garganta, la alta figura negra apenas resultaba visible. Los rayos de la luna quedaban oscurecidos por pequeñas nubes.

Lamont Cranston se había convertido en La Sombra. Dando chasco a Vignetti, engañando al conductor que aun creía llevar viajero, el espectro de la noche se había apeado del sedán, dejando tras sí el sombrero y el abrigo.

EL paquete que había abierto contenía las prendas exteriores que llevaba ahora: la larga capa negra y el sombrero flexible de anchas alas.

Metiendo la mano debajo de la capa, La Sombra sacó cuatro objetos que parecían discos. Eran sus superficies flexibles, puesto que se doblaban cuando las retorcía. Se sujetó los objetos a las manos y a los pies.

Agachándose, asomó cabeza y hombros al borde mismo del acantilado.

Luego, centímetro a centímetro, descolgó su cuerpo por el precipicio a pocos metros de donde sobresalía la valla de hierro que rodeaba la finca de Luciano Perdiz.

Unos minutos después, al despejarse momentáneamente las nubes, se vió una negra figura adherida a la superficie lisa del acantilado. Suspendido sobre el vacío, La Sombra se deslizaba por el abismo, pasando debajo de la saliente valla.

Pasó la luz. La única señal de la presencia de La Sombra y de su avance, era el lenta y esponjoso sonido de las gomas de succión que se había sujetado a manos y pies.

Como, una mosca en la pared, el asombroso personaje estaba dando la vuelta a la barrera que impedía la entrada a la finca del químico.

Ninguna mosca humana hubiera podido colgar de aquella lisa superficie de granito. Aun con las gomas de succión, la tarea era peligrosísima. De no haber logrado una mano o un pie adherirse, hubiera resultado la muerte, porque el acantilado se curvaba hacia afuera en el lugar en que se hallaba La Sombra ya.

A veces aquella figura parecía tambalearse. La tensión era aterradora. Sin embargo, La Sombra seguía adelante, hasta hallarse al otro lado de la valla, en la cual, al más simple contacto, hubiera encontrado la muerte o hecho sonar la alarma. Luego ascendió la escarpada superficie, acercándose gradualmente a la parte superior.

Las nubes se descorrieron de pronto. La luna se hallaba directamente encima de su cabeza. La Sombra no se movió La extraña luz hizo que su cuerpo vertical proyectara una larga línea negra acantilado abajo.

Porque La Sombra misma era el núcleo de aquella extraña sombra: una estrecha franja negra, de muchos pies de longitud. De haber estado Alfredo Morales vigilando desde el otro lado del precipicio, jamás hubiera creído posible que aquella sombra fuera la de un ser humano.

El cielo se oscureció. La Sombra, segura en la oscuridad de la noche, reanudó su ascensión. Pasó al borde del precipicio. En la mismísima orilla, sin preocuparse de la proximidad del abismo, hizo una pausa para quitarse las gomas de succión que tan admirablemente le habían servido en su asombroso viaje.

Poniéndose en pie, el negro personaje pasó por encima del cable aislado que conectaba las dos extremidades de la valla de hierro. Luego su alta figura se fundió en la oscuridad del prado.

La barrera más formidable, el obstáculo mayor a la entrada de la finca de Perdiz, había sido vencido. El punto por el que el viejo creía perfectamente protegido, era el punto que había escogido La Sombra para entrar en aquella esfera de acción.

La luna estaba brillando otra vez; pero sus pálidos rayos no revelaron forma humana alguna en el prado. La Sombra estaba en alguna parte; pero no podía ser distinguida su presencia.

¡La Sombra había surgido de la oscuridad y a la oscuridad había vuelto!

## *CAPÍTULO XVIII*
## *LA MANO DEL DESTINO*

-Guarda el coche, Vignetti.-Luciano Perdiz dio la orden en voz trémula.

Había empezado a darse cuenta de que resultaría inútil permanecer allí, aguardando, el regreso de Lamont Cranston.

El corso metió el coche, dando marcha atrás. Los faros brillaron hacia el otro lado del camino, revelando, de pronto a un hombre que estaba de pie allí. El desconocido hizo ademán de ir a esquivar la luz: pero cambió de opinión y avanzó osadamente.

No era Lamont Cranston. Su estatura lo demostraba. El desconocido era más bajo que Cranston, más cuadrado y más moreno.

-¿Quién anda ahí?-inquirió Luciano Perdiz.

-¿El señor Perdiz? - preguntó una voz hosca.

-Tal es mi nombre. ¿Qué desea?

El hombre se aproximó. No hizo el menor ademán de saludo, cosa afortunada para él, pues Perdiz aun llevaba puestos los guantes fatales. Se limitó a dar a conocer su identidad, como en son de excusa.

-Me llamo Víctor Marquette-dijo-. Vine aquí a visitarle; pero me extravié. No estaba seguro de sí era éste el lugar que yo buscaba.

-¿Marquette?-inquirió el científico con aspereza-. No conozco el nombre. ¿Cuál es el objeto de su visita?

-Se trata de una visita amistosa, señor Perdiz - contestó el agente secreto con tranquilidad-. He estado intentando encontrarle porque tengo algo que discutir con usted. Tal vez esto servirá como mejor señal de identidad.

Retiró la chaqueta y enseñó su insignia como agente del Servicio Secreto.

Perdiz vió brillar el metal a la luz de los faros. Hizo una reverencia, asumiendo su acostumbrado aire amistoso.

-Entre en casa, señor Marquette-dijo-. Tendré sumo gusto en hablar con usted allí.

Entraron en la casa, cruzaran el vestíbulo y se dirigieron al laboratorio. Allí Perdiz se quitó cuidadosamente los guantes, quitándose cada una de ellos con ayuda del otro, no tocando su mano más punto de ellos que las muñecas. Se quitó también la bata y la depositó junto a los guantes.

-Estaba dando principio a un experimento-observó-. Algo interrumpió el regreso de mi criado Vignetti. Le envié a la estación a hacer un encargo que no ha llegado a cumplir. Es un hombre de confianza este Vignetti; pero como todos ellos, carece de perfección.

Vic Marquette estaba estudiando cuidadosamente al viejo, Luciano sonrió e invitó a su visita a pasar a la biblioteca. Una vez instalados allí, dirigió una mirada interrogadora al agente secreto.

-Seguramente se estará usted preguntando a qué he venido aquí-empezó Marquette-. Pues bien, voy a decírselo detalladamente, señor Perdiz. Está sucediendo algo raro en estos alrededores y, hasta donde me es posible suponerlo, creo que va dirigido contra usted. ¿Tiene usted enemigos, señor Perdiz?

-¿ Enemigos? - La voz del anciano denotaba sorpresa-. Yo no tengo más que amigos. Esto me sorprende.

-Pues bien - declaró el agente con franqueza: - hay gente muy peligrosa no lejos de aquí. Lo he averiguado por experiencia y por poco tuve la desgracia de no poderlo contar. Al encontrarme con ellos, deduje que no le profesaban a usted mucho cariño. Por eso estoy aquí esta noche.

Perdiz movía afirmativamente la cabeza con aire de aturdimiento. La idea de que pudiera tener enemigos parecía turbar al viejo. Le dio más confianza a Marquette.

Ya que había dado aquel paso atrevido, se sentía convencido de que allí no le amenazaba peligro alguno. Como agente secreto que investigaba los asuntos de personas enemigas de Luciano Perdiz, se creía seguro a más no poder.

-Permítame que empiece por el principio-dijo con sinceridad-. En primer lugar uno de mis compañeros del Servicio Secreto murió muy de repente no hace mucho tiempo. Se llamaba Jerry Fitzroy. ¿Ha oído usted hablar de él alguna vez?

-¿Fitzroy?

Perdiz no parecía reconocer el nombre.

-Yo trabajaba con Fitzroy-prosiguió el agente-. Me enteré de que había estado en Westbrook Falls. Conque vine aquí a investigar. Andaba alerta para dar con personas sospechosas. Encontré una.

-¡Ah! ¿Quién era?

-No conozco su nombre. Era un hombre; lo vi en la posada.

-Un hombre barbudo - murmuró el anciano, pensativo-. ¿Era muy oscura su barba?

-Era negra.

- ¡Ah! ¡Tal vez sea el mismo¡

-¿Cuál?

-El que Vignetti vió fuera de la finca. Yo soy inventor, señor Marquette. He escogido este lugar aislado para que nadie interrumpa mi trabajo. Tengo bien guardada la finca. Como es lógico, deseo desconfiamos de toda persona desconocida. No cabe la menor duda de que anduvo por los alrededores un hombre tal como el que usted ha descrito.

-No me sorprende eso. Yo seguía a ese hombre una noche. Su rastro me condujo hasta una cabaña situada en el bosque.

-¿Cerca de aquí?-inquirió Perdiz, molesto.

-Al otro lado del río. Cerca de la posada. Cuando me acerqué a la cabaña, dos hombres se apoderaron de mí y me arrastraron hasta la cabaña. Había dos hombres allí. Uno de ellos era el que le dije. Me preguntaron qué hacía por allí.

-¿Se lo dijo usted?

-No.

-Tal vez haya sido prudente no hacerlo.

-Es posible, pero dudoso. Creí que me retendrían prisionero. En lugar de eso, me entregaron a uno de sus hombres para que me tirara al fondo de una cantera abandonada.

-¿Cómo pudo escapar?

-El hombre aquel cambió de opinión después de habérsele aplicado persuasión. Supongo que diría a sus jefes que me había matado. Conque se me antojó prudente no acercarme a esa cabaña, de momento. Pero no di por terminadas mis investigaciones. En lugar de eso, seguí otro hilo que me trajo hasta aquí.

-¿Que le trajo hasta aquí?

-Sí; al interrogarme, uno de los hombres mencionó el nombre de Perdiz. Después de escaparme, investigué y descubrí que vivía usted en los alrededores.

»La expresión de aquellos hombres me pareció hostil hacia usted. Conque pensé que una entrevista entre usted y yo podría sernos mutuamente ventajosa.

Las palabras de Marquette hicieron que Perdiz se deshiciera en conjeturas.

Los pensamientos del viejo anduvieron muy cerca de ser de alarma. No había sospechado que Pierre Armagnac pudiera tener amigos allí.

Había tomado su visita como una especie de «bluff»; porque había dudado de las aseveraciones de Armagnac en lo que se refería a sus operaciones en países extranjeros. Ahora parecía ser que había otros hombres asociados con él; y seguían en libertad para llevar a cabo el trabajo que pensaran hacer.

Por primera vez, Perdiz temió por su oro. Se había dado cuenta del interés que tenía Armagnac por saber dónde se guardaba el oro. Era más: Perdiz le había conducido al escondite para ver cómo reaccionaba.

Pero se había engañado de medio a medio al creer que Armagnac se había presentado en Westbrook solo.

Los pensamientos del anciano se volvieron hacia Lamont Cranston. Dudaba que éste tuviese relación alguna con Armagnac. De una cosa sí estaba seguro, sin embargo: de que había logrado mantener secretos sus asuntos. No; Cranston constituía una amenaza distinta.

¿Y aquel hombre, aquel Marquette? Indudablemente era agente secreto, igual que Fitzroy, que había estado allí a hacer cautelosas investigaciones, sin sospechar que Perdiz era el cerebro que dirigía toda aquella organización.

Hasta aquel momento Perdiz se había sentido seguro por su habilidad de pasarse por un viejo inofensivo y amistoso.

Una mirada le bastó para comprender que su estratagema aun daría buenos resultados en cuanto a aquel individuo se refería.

Armagnac, naturalmente, no se había dejado engañar; pero Armagnac estaba muerto ya, lo que representaba un enemigo menos con quien luchar.

Cranston, en cuanto a él no cabía duda alguna; mientras viviese representaría una amenaza.

Pero Perdiz no estaba tratando con Cranston, de momento. Marquette era el peligro inmediato.

El agente secreto estaba esperando a que hablara Perdiz. Hasta entonces el anciano no había suscitado sospechas; pero, si vacilaba ahora, haría nacer la desconfianza del otro.

Comprendía que, mientras sus enemigos se fueran presentando uno por uno, se iban poniendo a merced suya. Marquette, aun cuando no desconfiara, era un enemigo, porque estaba intentando averiguar el motivo de la muerte de Jerry Fitzroy.

Era preciso darle una sensación de seguridad al agente secreto. Tal era el pensamiento dominante de Perdiz. Rápidamente desterró de su mente todo otro asunto. Volvió al plan primitivo que tan buenos resultados le diera en el pasado. Marquette sabía demasiado. Sería preferible deshacerse de él antes de que averiguara más.

De acuerdo con su costumbre, empezó a preparar a su víctima para la muerte. Adoptó una actitud que expresaba profunda preocupación. Al hablar, bajó su voz como si hablara de una forma estrictamente confidencial.

-Siempre me ha amenazado el peligro-dijo-. Eso es debido a que los hombres siempre han intentado robarme el producto de mi inventiva. A veces se ha conspirado contra mí vida. Esta casa mía, con su enorme valla alrededor, no es producto de excentricidad alguna. Es una protección contra aquellos que yo sé son peligrosos.

Vic Marquette escuchó con atención. Las palabras del viejo parecían sinceras. Sabía que al otro lado del río había hombres peligrosos, que eran enemigos de Luciano Perdiz.

Hizo una comparación mental entre su aventura de la cabaña y la recepción que se le había hecho en la finca del científico. AL parecer, Luciano Perdiz era un hombre perseguido, que sentía aprensión por lo que pudieran hacer unos hombres que eran, indudablemente, unos canallas.

-Me están haciendo objeto de sus persecuciones-aseguró Perdiz, con vaguedad,-personas a las que nunca he visto; Personas de cuya identidad no tengo la menor idea. Sólo la buena suerte me ha librado de un desastre.

Mientras el anciano hablaba de esta manera, Vic se preguntó si no habría sido La Sombra el responsable de la buena suerte que había salvado a Luciano Perdiz de todo mal.

El viejo hacía tenido la suerte, con sus palabras, de dar en un pensamiento que estaba produciendo una fuerte impresión en Marquette.

-Si yo estuviera seguro-las palabras de Perdiz tenían un matiz de duda astutamente fingido-, de que usted es amigo, le contaría mucho de lo que he sufrido. He de andar con cuidado con lo que digo, porque la maldad de mis enemigos no tiene límites. ¿Me sería posible entrevistarme con usted en algún lugar que no fuera éste? Algún sitio donde no tema a espías... donde no éste preocupado por mis invenciones...

-¿Dónde le parece a usted mejor?

-Puedo ir a Nueva York. Todo estaría seguro aquí, porque puedo fiarme de mis empleados. Pero no sería prudente que usted yo viajáramos juntos. -El anciano pareció reflexionar y dijo:

-¿Y si se marchara usted en el primer tren de la mañana y luego fuera yo más tarde, acompañado tan sólo de Vignetti?

Marquette dominó la brusca sospecha que acudió a su mente. Formuló rápidamente un plan.

Que Luciano Perdiz creyese que había abandonado Westbrook Falls. Podía quedarse allí, vigilando, para asegurarse de que el anciano salía para Nueva York, de acuerdo con su promesa. Entonces podría seguirle él.

Sacó una tarjeta del bolsillo y escribió en ella el nombre de un hotel. Se la entregó a Luciano Perdiz.

-Reúnase allí conmigo-dijo Vic-, mañana por la noche, a las diez. Le demostraré, sin el menor género de duda, que soy la persona que he dicho ser. Cooperando conmigo, podía usted protegerse contra todos los que quieran hacerle daño.

Aquella vez fue Luciano Perdiz quien se dejó engañar. No vió subterfugio alguno en la afirmación de Marquette. Estaba convencido de que su visita tenía la intención de marcharse a Nueva York en el primer tren. El viejo consultó el reloj.

-Son cerca de las tres – dijo-. El tren llega a Westbrook Falls a las cuatro y media. Haré que Vignetti le conduzca a usted a la estación.

Vic comprendió que debía aceptar el ofrecimiento para no despertar sospechas. Ello podría resultar beneficioso para él. La ventanilla de la estación no estaría abierta. Dejaría que Vignetti le viera subir al tren; luego se apearía en la primera estación y regresaría en el tren siguiente.

-Venga - dijo Perdiz-. Llamaré a Vignetti.

Cruzó el vestíbulo.

En el silencio de aquella casa grande, Vic Marquette sintió, intuitivamente, que había muchos hombres presentes, guardianes al servicio de Luciano Perdiz que estaban preparados para hacer frente a cualquier ataque contra el lugar.

Encontraron a Vignetti en el laboratorio. Luciano le hizo una seña. El corso le ayudó a ponerse la bata. Mientras se ponía los guantes, el viejo hablaba en italiano; luego se volvió a Marquette.

-Vuelvo a trabajar-dijo, con una sonrisa-. He dado instrucciones a Vignetti para que le lleve a la estación. ¡Me despediré de usted ahora¡

Un reloj que había en un rincón del laboratorio señalaba las tres menos cinco. Luciano Perdiz tendió la enguantada mano para despedirse de Marquette. EL agente secreto se adelantó para aceptar la amistosa mano.

Luciano Perdiz estaba sonriendo. Vignetti, de pie detrás de Marquette, tenía el rostro contraído en burlona mueca. El agente secreto sólo veía al viejo, sin embargo, y no al otro. No presintió peligro alguno en el amable gesto del científico.

Porque la sonrisa del hombre era tranquilizadora y bondadosa. Era la sonrisa que siempre iluminaba sus facciones cuando estaba a punto de inocularle a alguien la muerte progresiva.

¡Vic Marquette estaba a punto de estrechar la mano fatal!

## *CAPÍTULO XIX*
## *LA SOMBRA INTERVIENE*

En el preciso instante en que la mano de Vic Marquette iba a entrar en contacto con el guante envenenado, un ruido que por lo inesperado, sobresaltó a todos, rasgó el silencio que reinaba en el laboratorio.

El agudo sonido de un timbre de alarma anunció la inminencia de un peligro. El sonido se interrumpió y volvió a repetirse. Numerosos timbres sonaron por el resto de la casa, como en contestación al primero.

El efecto de aquella interrupción fue instantánea. Luciano Perdiz se quedó parado, con la mano tendida y los ojos saltones de asombro.

Vic Marquette, sobresaltado por el ruido, retrocedió instintivamente y dejó caer la mano. Vignetti frunció el entrecejo y miró rápidamente hacia la puerta.

El brusco sonido del timbre había sido la salvación de Vic Marquette.

Gracias a él se había librado de estrecharle la mano al viejo. La oportuna intervención había dejado libre, momentáneamente, al agente secreto, de la amenaza de la muerte progresiva.

Se oyeron pasos pesados que bajaban la escalera. Los secuaces de Perdiz acudían en contestación a la alarma. Su rápida respuesta impulsó al viejo a obrar. Olvidando la presencia de Marquette, soltó un grito que lo explicó todo.

-¡La cabaña-taller!-exclamó-. ¡Alguien ha entrada en ella! ¡La alarma¡ ¡Aprisa todos! ¡No hay momento que perder!

Hizo una seña a Vignetti al pasar junto a él, camino de la puerta. El corso vaciló momentáneamente, mirando a Vic Marquette; Luego, viendo que el agente secreto se dirigía a la puerta también, Vignetti se sumó a los demás.

Empezaron a brillar lámparas de bolsillo en la oscuridad al salir el grupo por la puerta lateral de la casa y cruzar, corriendo, el prado en dirección a la cabaña-taller. Vic Marquette iba en el centro del grupo, sin que ninguno de los secuaces de Perdiz se preocupara de él, por creer que se trataba de un amigo de su jefe.

Marquette dejó que los otros le pasaran. Una vez detrás de todos, su presencia casi pasó inadvertida.

Luciano Perdiz, saltando hacia adelante con sorprendente agilidad, fue el primero en llegar a su objetivo. Se detuvo bruscamente a la puerta de la cabaña-taller, observando que la barrera blindada estaba cerrada.

Vignetti llegó al lado de su amo. Murmuró palabras excitadas. Perdiz, dándose cuenta de pronto de su significado, movió afirmativamente la cabeza.

Tiró de los guantes, quitándoselos aprisa pero, con cuidado, los dejó caer al suelo y depositó la bata a su lado.

Ni un instante apartó la vista de la cabaña-taller. Sus hombres, armados de revólveres, se estaban esparciendo por los alrededores del pequeño edificio, rondando por el borde del precipicio y atisbando por entre los árboles. Habían dejado de sonar los timbres de alarma en la casa.

Alguien había andado con aquella puerta; pero... ¿dónde estaba el intruso?

En menos de cinco minutos, los guardianes habían registrado los alrededores de la cabaña. Se estaban acercando a anunciar que nada habían descubierto.

Perdiz miraba a sus hombres con gesto de ira. Vignetti estaba a su lado.

Marquette se hallaba en segundo término, un poco distanciado.

La situación era singular en verdad. Quienquiera hubiese tocado la puerta de la cabaña, había logrado aproximarse a ella sin entrar en la finca por la valla de hierro. Esta estaba protegida también por timbres de alarma que, Dios sabe por qué misteriosa causa, no habían sonado.

La puerta de la cabaña-taller estaba cerrada; su fuerte cerradura hacía suponer que el intruso se habría escapado por la valla de hierro, protegida por la fuerte corriente eléctrica. No podía haber descendido al precipicio. No podía haber buscado refugio en la casa, que se hallaba a unos cien metros de allí, porque el grupo de hombres había salido de ella con sorprendente rapidez.

Luciano Perdiz estaba asombrado y aturdido. Se hallaba inmóvil, entre sus hombres, sin saber qué órdenes dar. En pleno dilema, acertó a fijarse en Vic Marquette. El agente secreto estaba haciendo esfuerzos por pasar inadvertido.

Vignetti vió a Perdiz mirar en dirección de Vic. El corso se llevó la mano a la chaqueta. Cuando sacó el afilado cuchillo, el viejo se dio cuenta y murmuró palabras de aprobación en italiano.

Vic Marquette tenía que morir; y, en medio de aquella increíble situación, Luciano Perdiz no pensó ya en dar la muerte de una manera artística. El viejo había delatado el lugar en que se encontraba su tesoro. Marquette había oído su grito, que terminara con las palabras: «¡El oro!» Por consiguiente, el agente secreto sabía demasiado.

Estaba pensando el viejo en aquellos momentos que alguien debía de haberse introducido en la finca sin ser visto, al entrar Marquette. ¡El agente secreto seguramente tendría subordinados!

Aquel no era momento para andarse con diplomacias. Marquette debía morir rápidamente, a cuchillo. Tal era la decisión de Perdiz, y estaba de acuerdo con la intención de Vignetti. Había que matar al jefe primero. Luego buscar a los otros y eliminarlos.

Vignetti, siempre astuto, volvió el cuerpo de forma que el agente secreto no pudiera ver el cuchillo. Se acercó al otro.

Marquette se dio cuenta y empezó a alejarse. Esto resultaba exasperante para el viejo: Con un grito de rabia, agitó el brazo en dirección a Marquette y dio órdenes a sus hombres.

-¡Matadle! ¡Matad...!

La orden terminó bruscamente. Perdiz se quedó inmóvil como una estatua.

Los otros hombres, sobresaltados, miraron con sorpresa. Hasta el propio Vignetti se detuvo, mientras que Marquette, sacando una pistola, esperó a pie firme.

En el otro lado del río había sonado una explosión, semejante a un cañonazo amortiguado. Los ecos de aquel sonido parecieron reverberar en el aire, imponiendo instantáneo silencio. Como el primer disparo anunciador de un intenso bombardeo, la explosión inspiró el respeto de cuantos la oyeron.

Algo silbó en el aire por encima de ellos al completar un enorme proyectil su parábola. Todas las miradas se alzaron e instintivamente se volvieron hacia la casa, cien metros más allá. El tiempo pareció estacionarse, luego transcurrir pausadamente al dirigirse el proyectil hacia su objetivo.

Con pesado ruido, la enorme bomba aterrizó, de lleno sobre la casa.

Una explosión horrísona hizo que se estremecieran las paredes.

El tejado completo salió proyectado al espacio. Las paredes se abrieron hacia fuera y parecieron dispersarse como impulsadas por la enorme llamarada que les acompañó.

Los hombres se tambalearon al estremecerse la tierra. Cayeron al suelo, impotentes. Trozos de pared fueron a dar casi en el punto en que se hallaban.

Perdiz, Vignetti, Marquette, todos, habían olvidado su enemistad en aquel momento de increíble asombro.

Todos ellos se asieron a tierra como si temieran que se hundiese bajo sus cuerpos. Como rayo caído del cielo, la llegada de aquella bomba había dejado aturdido a todo el grupo. Todas las miradas se concentraban en las ruinas de la casa.

Alfredo Morales había ejecutado bien sus planes. Sus cálculos habían sido exactos. La bomba había dado de lleno a la casa produciendo un efecto instantáneo. Ninguna persona que se hallara dentro del edificio podía haberse salvado.

Las ruinas parecían un holocausto. Se había declarado un incendio inmediatamente. Largas lenguas de fuego proyectaban su tétrico resplandor sobre el prado, iluminando los pálidos rostros de los hombres, que aun yacían impotentes.

Alfredo Morales había preparado sus planes para destruir y matar a la vez.

La bomba disparada con el mortero por Manuel, había llevado a cabo su obra. Pero sólo había logrado cumplir la mitad de sus propósitos.

La destrucción era completa; pero no la muerte. Aquellos a quienes el criminal condenara, no se habían encontrado encerrados como él creyera.

Todos ellos habían sido alejados de la zona de peligro gracias a la oportuna intervención de La Sombra.

Este había hecho uso de la alarma para hacerles salir cinco minutos antes de que la bomba fuera disparada. Morales y sus hombres se hallaban allí.

Una risa burlona partió de la puerta de la cabaña-taller en que guardaba el oro. Era una risa de triunfo y, sin embargo, su tono siniestro era ominoso.

Aquella risa era más terrible que la desastrosa bomba. Inspiraba más temor que la vista de la casa en llamas.

¡Era la risa de La Sombra¡

## *CAPÍTULO XX*
## *LOS ENEMIGOS LUCHAN*

Luciano Perdiz fue el primero en mirar en dirección a la cabaña.

Su acción fue imitada por los otros. Hasta Vignetti olvidó sus deseos de matar a Vic Marquette en su afán de ver de dónde salía aquella risa burlona.

La puerta del taller estaba abierta. Enmarcado en ella se hallaba La Sombra.

Su alta figura, envuelta en la capa, se vió claramente al resplandor del incendio. Para los ojos sobresaltados de los que le vieron, La Sombra era un superhombre cuya actividad había producido aquellos extraños acontecimientos en la finca de Perdiz.

El silencio se apoderó de cuantos miraban. Sabían que unos ojos les contemplaban por debajo del ala ancha del sombrero. Vieron dos manos enguantadas de negro, cada una de las cuales sujetaba una pistola.

Eran doce contra uno; pero ninguno se atrevió a atacar a aquel singular personaje que había acudido, a imponerles el temor.

La Sombra habló. Sus palabras eran singularmente burlonas. Aquellas palabras, como la presencia de La Sombra, hicieron estremecerse a todos. La Sombra se dirigía a Luciano Perdiz.

-Asesino-las palabras de La Sombra eran frías,-ha llegado tu hora de expiación. Tus viles planes han tocado a su fin. Asesino de Fitzroy-Marquette soltó una exclamación al oír el nombre, - de Forster, de Guthrie, de Armagnac... ¡fracasaste esta noche!

»Tu fracaso significa tu fin. Nunca más volverás a estrechar mano alguna con los guantes envenenados que yacen a tu lado, ¡El polvo envenenado de Oriente no volverá a producir la muerte por parálisis!

»Tu laboratorio está destruido. Tus hornos derruidos. Tu plan para inundar el mundo de oro sintético no irá más allá de lo que ha ido. A ti ni siquiera te pertenecerán las enormes cantidades de oro auténtico que yacen en la cámara bajo mis pies. Ese oro está guardado... por ¡La Sombra!

La voz dejó de hablar. Ni un solo hombre se había movido mientras La Sombra pronunciaba aquellas palabras. La culminación de las reveladoras frases había sido el anuncio de su identidad, que produjo escalofríos de terror a cuantos le escuchaban.

Para Vic Marquette, las declaraciones de La Sombra eran de una importancia suma. Despejaban la nube de misterio que había confundido al agente secreto en sus investigaciones. Llenaron su cerebro de luz.

¡Aquél era el manantial del oro sintético que se había introducido en las monedas del mundo! ¡Allí era donde había ido Jerry Fitzroy a investigar¡

¡Luciano Perdiz era el hombre que producía la muerte progresiva!

Vió los guantes en el suelo. Comprendió que a él también se le había señalado como víctima. Forster y Guthrie; Vic había leído algo de su muerte en los periódicos. No conocía los detalles de sus relaciones con Perdiz pero comprendió que todo eso sería fácil de averiguar.

Luciano Perdiz se había puesto en pie. Estaba amenazando a la negra figura con el puño cerrado. Maldijo a La Sombra con frenesí; luego gritó su amenaza

-¡Has hablado demasiado!-gritó-. ¡Morirás... tú que te llamas La Sombra! ¡Jamás abandonarás el lugar en que te encuentras!

Ahogándose de ira, el viejo estaba a punto de ordenar a sus hombres que atacaran. Estaba seguro de que, con su superioridad numérica, podrían vencer a aquel amenazador enemigo. Pero, antes de que Perdiz pudiera hablar, La Sombra volvió a reír.

-No me amenazas a mí tú-dijo la burlona voz del personaje de negro-. Eres tú el amenazado. ¡Tus enemigos se acercan en este preciso instante¡

Lanzando una carcajada burlona, La Sombra se retiró, nuevamente, al oscuro interior de la cabaña. La puerta de acero se cerró de golpe.

Un grito de triunfo se escapó de los labios del anciano. ¡La Sombra retrocedía! ¡Allí, en aquella cabaña pequeña, estaba acorralado! ¡Aquélla era su oportunidad para destruir el refugio de La Sombra!

Volviéndose, hizo una seña a sus hombres para que avanzaran. Su plan era rodear la cabaña, acribillar a balazos sus paredes de madera, incendiarla con La Sombra dentro.

Pero, antes de que Perdiz pudiera hablar, sonó un disparo desde el otro extremo del prado. Una bala pasó silbando junto al grupo de hombres sobresaltados.

Alfredo Morales y sus hombres habían entrado mediante el sencillo expediente de echar abajo la verja. Iban en busca del oro. Habían visto al grupo de hombres junto a la cabaña-taller, e iniciaban el ataque.

No fue preciso que Perdiz diera orden alguna para que respondieran sus hombres. No conocían la identidad de los atacantes. Ni les importaba. Tenían que luchar para vivir. Dispersándose para buscar dónde guarecerse, contestaron a los disparos.

El vívido resplandor de la casa en llamas convirtió en imponente espectáculo la sorprendente escaramuza que fue teatro el prado. Morales, aun cuando asombrado de encontrar hombres allí, no se atrevió a vacilar. Perdiz, rabiando como un lobo, estaba decidido a resistir a toda costa.

Uno de los secuaces de Perdiz cayó muerto a los pies de su jefe. Perdiz cogió su pistola y corrió a guarecerse. Escondido detrás de un árbol, se sumó a los que disparaban.

El grupo del científico se componía de una docena de hombres. Morales se había presentado con un número aproximadamente igual. Era una lucha equilibrada entre dos fuerzas del mal.

Por una vez, La Sombra no se dignó tomar parte en la lucha.

Él había provocado aquella situación. Había enfrentado a los dos grupos. No era peor lástima que había salvado a Luciano Perdiz y a sus secuaces de la muerte que Alfredo Morales les había preparado.

Les había alejado de la casa tan sólo para oponerlos a Morales. Mediante su astucia, La Sombra, había puesto en dificultades a los dos bandos.

Nada había hecho por evitar que fuera disparada la bomba con el mortero.

Así había quedado destruida la casa de Perdiz, incubadora de crímenes. La Sombra había metido a Morales en la lucha que se estaba librando, y así había echado a rodar les planes del bandido.

La batalla se estaba convirtiendo en una lucha a muerte. Los que la estaban librando merecían la muerte. No daban la menor muestra de piedad en sus actos.

Cada vez que un hombre caía herido, sus enemigos empleaban su cuerpo como abrigo. Ni se pedía cuartel, ni se daba. Ambos bandos sabían que la muerte les aguardaba en cualquier caso.

El conflicto, que había estado equilibrado al principio, cambió de cariz. La suerte empezaba a favorecer a Luciano Perdiz, El y sus hombres, aun cuando sorprendidos al principio, conocían el terreno. Las circunstancias que les habían obligado a buscar sitio en que guarecerse, resultaron beneficiarles.

El prado estaba cubierto de cadáveres de los hombres que habían acompañado a Morales. Desde árboles y arbustos partían los disparos de los secuaces de Perdiz. Éstos sólo constituían blanco cuando disparaban. Entre tiro y tiro, era difícil dar con su paradero exacto.

La batalla cesó de pronto. Sólo quedaban Morales y tres de sus hombres, acosados por todas partes. José estaba al lado de su amo. Un proyectil lo derribó.

Viéndolo caer, Morales comprendió que estaba perdido. Dando un grito a sus hombres, huyó prado adelante, seguido por los supervivientes.

Le cerraban el paso tres de los secuaces de Perdiz, que se habían deslizado en aquella dirección. Salieron de su escondite y se abalanzaron sobre los fugitivos.

Morales mató a uno de ellos. Luego se tambaleó y cayó de bruces. Sus compañeros cayeron un momento después. Los hombres que les habían matado, acribillaron los cadáveres a balazos.

Los atacantes estaban exterminados. No obstante, las fuerzas de Luciano Perdiz habían sufrido grandes pérdidas. Sólo unos cuantos seguían ilesos, el viejo y Vignetti entre ellos. Estaban escondidos, alejados de la cabaña-taller.

Un hombre había permanecido seguro durante toda la lucha: Vic Marquette.

El agente secreto había corrido a refugiarse junto a la cabaña-taller.

No había hecho disparo alguno y, por consiguiente, su presencia había pasado inadvertida.

Las llamas de la casa murieron de pronto, como si ya no hicieran falta. En la oscuridad, Vic Marquette salió, lentamente, de su escondite. Su intención era llegar al lugar en que se hallaban los guantes y la bata de Perdiz, coger los guantes entre los pliegues de la bata, y llevárselos como prueba condenatoria.

Pero, al moverse el agente, otro hombre le vió. Era Vignetti. EL corso, ileso, salió de detrás de un matorral para interceptarle el paso.

No estaba seguro de que fuera aquél Marquette. Por consiguiente, no disparó. En lugar de eso, llevaba en la mano su afilado cuchillo.

EL rescoldo del fuego rompió en momentánea llama, iluminando la escena.

Luciano Perdiz vió a Marquette. Disparó. El proyectil hirió al agente secreto. Perdiz volvió a oprimir el gatillo. No pasó nada. Había disparado el último cartucho.

Vignetti corrió hacia adelante para acabar la obra iniciada por su jefe.

Marquette le vió llegar. Alzó la pistola; pero el dolor que sentía en el hombro le hizo temblar la mano. Vignetti le desarmó de un golpe.

Marquette cayó al suelo, debajo del corso. El resplandor del fuego iluminaba el rostro de éste-su expresión era verdaderamente diabólica.

Alzó la mano armada del cuchillo. Vic Marquette estaba impotente. Cerró los ojos al ver la hoja a punto de descender.

¡Vignetti se disponía a dar la puñalada de gracia!

## *CAPÍTULO XXI*
## *LA SOMBRA LUCHA*

Antes de que la mano alzada de Vignetti pudiera descargarle una puñalada a Vic Marquette en el corazón, salió un disparo de un sitio inesperado.

La puerta de la cabaña-taller se había abierto. La Sombra había apuntado al corso.

Aquella mano firme no falló. La bala disparada por la pistola de La Sombra alcanzó a Vignetti en el brazo derecho. El miembro herido cayó; el cuchillo cayó al suelo junto al cuerpo del agente secreto.

Este se dio cuenta de lo ocurrido. La oportuna intervención aquélla le ponía en igualdad de condiciones. Eran ya un hombre herido contra otro.

Haciendo un esfuerzo, se quitó al corso de encima. La mano izquierda de Vignetti le asió, desesperadamente. Los dos hombres lucharon a brazo partido.

Los apuros de Marquette eran evidentes.

A pesar de que había logrado una leve ventaja temporal sobre su adversario, el resultado de la lucha aun era bastante dudoso.

Desde la puerta de la cabaña, a cubierto de todo disparo, La Sombra podría matar a Vignetti a la primera oportunidad. Pero, al propio tiempo, Luciano Perdiz y dos hombres que le quedaban, podían tirar contra Marquette en la oscuridad.

Siguieron momentos de tensión. El que ganara en la lucha, fuera Vignetti o Marquette, moriría víctima de un disparo vengador. AL parecer, ninguno de los dos tenía salvación.

Perdiz y sus hombres no se atrevían a disparar por temor a dar a Vignetti. La Sombra, que hubiera podido dar, fácilmente, al corso, no lo hizo porque la muerte de Vignetti representaría la muerte de Marquette.

Los dos hombres siguieron luchando, aunque más débilmente. Ninguno de los dos parecía capaz de conseguir ventaja alguna. Ambos habían llegado a una etapa defensiva.

Varias figuras avanzaban, cautelosamente, en la oscuridad, manteniéndose a distancia de la cabaña, donde sabían que acechaba la muerte. Perdiz y sus hombres eran prudentes y astutos. Estaban tomando posiciones desde las cuales les fuera posible matar a Vic Marquette de vencer éste a Vignetti.

Los ojos brillantes de La Sombra taladraron la oscuridad. Parecía presentir los puntos lógicos en que se hallaba localizado el enemigo. De pronto, cuando la situación alcanzó su punto más crítico... ¡La Sombra obró!

Escogió un momento en que el fuego de la casa perdió, momentáneamente, intensidad. Como extraño fantasma, salió silenciosamente de su escondite.

Tan bien había escogido el momento, que casi había llegado al lado de los dos luchadores cuando Perdiz y sus hombres le vieron.

Una buena llamarada reveló, de pronto, la alta figura. Un ser negro, con larga y grotesca sombra proyectada sobre el prado. Eso fue lo que vieron los observadores.

Marquette y Vignetti luchaban desesperadamente. El corso había vuelto a coger el cuchillo con la mano izquierda. El agente secreto, utilizando también la mano izquierda, intentaba en vano, emplear su pistola.

Entonces La Sombra cayó sobre ellos. Con un brusco movimiento quitó a Vignetti del lado de Marquette. Vic sólo vió el cuerpo del corso, que rodaba.

Disparó a bocajarro, apoyando el codo en el suelo. Sonaron tres disparos uno tras otro. Vignetti quedó inmóvil.

Marquette se estaba poniendo de rodillas cuando oyó una voz en su oído.

Las palabras fueron claras. La Sombra estaba ordenándole que fuera a refugiarse en la cabaña-taller. Con manos de acero, el misterioso personaje le asió y le empujó hacia el lugar de asilo.

No pudo haberlo hecho más a tiempo. Una serie de disparos sonó en varios puntos vecinos. Los secuaces de Perdiz estaban disparando hacia el lugar en que habían estado los dos hombres, pero donde no quedaba más que uno, puesto que La Sombra había empujado a Marquette fuera de la zona de peligro.

La Sombra se tambaleó; pero no cayó. En lugar de eso, se desvió y empezó a zigzaguear por el prado, siguiendo una ruta tan excéntrica que era imposible disparar contra él con seguridad.

Estaba herido. Eso se veía bien claro, porque le había sido imposible protegerse a sí mismo mientras ayudaba a Vic Marquette. Pero ahora parecía dotado de una facultad sobrenatural que le permitía esquivar las balas.

Un disparo fue dirigido contra el agente secreto, que corría hacia la cabaña.

Aquel disparo fue contestado ¡por La Sombra!

Volviéndose y confundiéndose su cuerpo con el suelo, el misterioso personaje había alzado la mano izquierda. Con ojo de lince había descubierto el punto exacto de donde había partido el disparo. Con certera puntería buscó al que había tirado, este cayó bajo el proyectil de La Sombra.

De nuevo oprimió el gatillo la mano enfundada de negro. Aquella vez, un proyectil saltó disparado hacia un enemigo que se destacaba, débilmente, contra una franja de opaca luz. El segundo enemigo cayó.

Cambió La Sombra su ruta. Resultaba invisible al bordear el prado, perdido en los moribundos rayos de oscilante luz. Los secuaces de Perdiz disparaban a tontas y a locas. Cada fogonazo recibía inmediata contestación.

Teniendo la mano derecha inutilizada, La Sombra trabajaba con la izquierda sólo. Ambas manos poseían idénticas cualidades, sin embargo.

AL empezar aquel extraño duelo. Luciano Perdiz y cinco hombres suyos se hallaban en condiciones de lucha. Cinco de ellos apuntaban a La Sombra.

Sólo Perdiz no disparaba.

Ahora, en contestación a tiros hechos a tonta y a locas, La Sombra había disparado cinco veces. Todas las balas habían hallado un blanco. Hubo una pausa. La figura de La Sombra se vió momentáneamente.

EL único de los cinco que no había sido inutilizado o muerto, hizo dos disparos espasmódicos. Sólo un hombre había recibido una herida de poca importancia.

Aquellos disparos fueron fútiles. Y fueron fatales para el que los hizo. La Sombra apuntó cuidadosamente y su dedo envió un mensajero de plomo que halló alojamiento, en el corazón del adversario.

Siguió un silencio durante el cual Vic Marquette, tendido ya en el suelo de la cabaña, miró hacia el campo de batalla. Vió, durante un instante, la figura de La Sombra al introducirse ésta en la oscuridad y tambalearse levemente.

Desde el principio de la batalla, La Sombra no había recibido más heridas que aquellas que le fueron inferidas al ayudar a Vic. En venganza, había luchado solo contra todos. Su estrategia y su puntería habían sido maravillosas.

Su zigzagueante paso le había conducido al borde del precipicio. Al mirar el agente secreto, le pareció ver a la negra figura destacarse, vagamente, contra el grisáceo horizonte. Porque empezaba a romper el día sobre aquella escena.

A Marquette no le había engañado la vista. La Sombra se había acercado al abismo. De pronto, Marquette vió surgir de un macizo de arbustos otra figura y siluetearse en el horizonte también.

Gritó un aviso. Era innecesario.

La Sombra había visto también aquella figura amenazadora. Con singular precisión, se había encaminado al único lugar en que aun existía peligro.

El único hombre que había guardado, prudentemente, silencio durante toda la lucha, estaba aguardando a que se acercara La Sombra.

El hombre en cuestión era Luciano Perdiz.

Marquette vió al viejo alzar la mano. Entonces La Sombra cayó sobre él. No teniendo tiempo apenas para impedir que disparase Luciano, se había abalanzado sobre él.

La pistola de Perdiz disparó hacia el ciclo al darle la mano izquierda de La Sombra en el brazo. Luego los dos hombres se pusieron a luchar cuerpo a cuerpo.

¡La Sombra y el diabólico anciano habían llegado a las manos!

## *CAPÍTULO XXII*
## *AL BORDE DEL PRECIPICIO*

El borde del precipicio estaba iluminado por los primeros rayos de la aurora.

Allí, dos figuras habían iniciado una lucha que acabaría con la muerte de una de ellas, o de las dos. Treinta metros más abajo, el río espumarajeaba por la garganta, entre riberas tachonadas de peñas.

La Sombra, fuerte e indomable, estaba luchando con un hombre que ya no era joven. Sin embargo, Luciano Perdiz poseía una fuerza sorprendente. Más, aún: tenía las fuerzas de un verdadero endemoniado.

Inutilizado por sus heridas, La Sombra sólo disponía de una fracción de su fuerza habitual. Azuzado por un loco deseo de venganza, Luciano era un demonio en forma humana. Los cuerpos oscilaron de un lado para otro.

A veces parecían acercarse al borde del precipicio. Primero uno de ellos forzaba al otro hacia atrás. Luego la situación cambiaba por completo.

Si Vic Marquette podía ayudar a La Sombra, la lucha se terminaría. Aquella igualdad en la lucha no podía durar, porque La Sombra se estaba debilitando más aprisa que el científico.

A pesar de sus heridas, Vic intentó acudir en ayuda de La Sombra. Logró alzarse sobre las rodillas con la ayuda de su mano sana. Carecía de pistola. La había perdido al correr a refugiarse en la cabaña.

Poniéndose en pie, salió. Su precipitación le perdió. Resbaló y cayó al suelo.

Cuando intentó levantarse de nuevo, le falló la muñeca izquierda. No pudo hacer mas que arrastrarse, penosamente hacia adelante, como una serpiente.

Los contrincantes no se dieron cuenta de su proximidad. La lucha era lenta.

La Sombra estaba cediendo. Muy despacio, centímetro por centímetro, Perdiz le estaba empujando hacia el borde del precipicio.

A Vic le fallaron las fuerzas cuando llegó cerca. Jadeando, yació impotente en el suelo, intentando en vano, recobrar las fuerzas perdidas. Le era posible ver el perfil de Luciano Perdiz, blanco contra la negrura de la capa de La Sombra.

El viejo estaba poseído de una furia fantástica. Respiraba en ráfagas.

Blasfemias horribles e improperios de toda clase brotaban de sus lívidos labios.

Bajo el negro sombrero flexible, Vic vió el fulgor de los ojos ardientes.

Sabía que La Sombra estaba haciendo desesperados esfuerzos por vencer la asombrosa resistencia del viejo. Pero ambos seguían aproximándose, más y más, a la amenazadora orilla del acantilado que se alzaba sobre el río.

Hallándose el borde del precipicio a menos de treinta centímetros de distancia, La Sombra cobró nuevo vigor. Los últimos vestigios de sus debilitadas fuerzas se impusieron mientras mantenía a raya a su feroz adversario.

Mientras los dos se hallaban abrazados en inmóvil postura, Vic Marquette logró arrastrarse más y más cerca, mirando débilmente a las figuras bañadas en los rayos del naciente sol.

¡Si La Sombra pudiera resistir un poco más...! Tal era el pensamiento dominante del agente secreto. Sabía que estaba muy débil; pero su leve fuerza pudiera ser la precisa para cambiar la suerte de la pelea.

¡Unos metros más! Vic Marquette se inmovilizó, con un gesto de desesperación. Había llegado demasiado tarde.

Ante sus desorbitados ojos, el forcejeo había llegado a su terrible conclusión.

La Sombra, cediendo ante la terrible tensión, cayó hacia atrás y su alta figura se dobló al lanzarse Perdiz al ataque. La negra figura disminuyó en tamaño al resbalar por el mismísimo borde impelida por el rápido y triunfal empujón de Perdiz.

¡La Sombra había caído¡

Lo único que Vic veía ya, era la figura de Luciano Perdiz, agachado momentáneamente, con la cabeza hacia adelante inclinado fuera del borde del precipicio. La actitud del viejo parecía indicar que estaba mirando caer un cuerpo en el vacío.

Tenía las manos por encima del abismo y, al oír la risa triunfal del anciano, Vic Marquette vió que empezaba a agitar las manos locamente. Azotaban el aire, como si quisieran unirse a algo que les sirviera de apoyo.

La risa se convirtió en frenético grito al fracasar Perdiz en su intento de recobrar el equilibrio. La cabeza del hombre cayó hacia adelante.

Vic vió cómo sus manos hacían un desesperado esfuerzo por asirse al borde del precipicio. Luego, con un aullido prolongado, Luciano cayó de cabeza hacia el río.

El grito se perdió en la distancia. Vic no pudo oír la caída del cuerpo. El final de la lucha le había dado náuseas. No podía experimentar entusiasmo por la suerte de Luciano Perdiz. El hecho de que La Sombra hubiera sido el primero en despeñarse, le abrumaba.

Vic Marquette yacía impotente y angustiado, comprendiendo que la futilidad de su propio esfuerzo había contribuido a aquel resultado. De haber podido él acudir en su auxilio; De no haberse debilitado y caído al salir de la cabaña, con toda seguridad hubiese podido salvar al hombre que le había salvado a él.

El agente secreto vivió horas de angustia en el momento que siguió a la caída de Luciano Perdiz. Con los ojos saltones aún, miró hacia el borde del precipicio, intentando evocar los últimos instantes de aquella lucha ya acabada.

Un gemido se escapó de sus labios. Era un gemido de desaliento. Cerró los ojos. Luego volvió a abrirlos en la creciente luz de la aurora.

De nuevo gimió al mirar, con hipnótica mirada, hacia el lugar del precipicio.

De pronto e inconscientemente, su gemido se tornó en exclamación de sorpresa.

Incrédulo, como quien ve lo aparentemente imposible, Vic miró con asombro hacia el mismísimo borde del acantilado.

Lo que veía le dejaba estupefacto.

## *CAPÍTULO XXIII*
## *LA SOMBRA TRIUNFANTE*

Una mancha negra yacía a la orilla del abismo. Inmóvil, le había pasado inadvertido a Marquette. Había parecido una simple sombra proyectada por la luz de la aurora.

Pero aquella mancha negra había empezado a moverse. Fue haciéndose larga y delgada, como un brazo. Se movieron unos dedos, dedos que se clavaban en el áspero granito, que bordeaba el precipicio.

Con un grito de renovada esperanza, Vic intentó arrastrarse hacia adelante.

Pero aquella mano animada no necesitaba ayuda. Con increíble habilidad estaba avanzando. Un objeto negro asomó el borde. ¡Vic vió la cabeza de La Sombra!

Siguió el cuerpo. No tardó en estar la negra figura sobre terreno firme. La cabeza estaba inclinada cuando la alta figura se alzó y avanzó tambaleándose.

Vic Marquette parpadeó, como si viera visiones. La alta figura se alejó lentamente. Vic intentó seguirla cuando se aproximó al prado. Entonces, antes de que pudiera volverse, se dio cuenta de que La Sombra había desaparecido.

Empujado por singular animosidad, Vic logró acercarse más al borde del abismo. Allí halló la explicación del fenómeno.

Todo el borde del precipicio formaba una especie de curva saliente, empezando en un ángulo pendiente que se convertía en línea vertical.

Al empujar Luciano Perdiz a La Sombra hacia fuera, éste había aprovechado la única ventaja que le quedaba. Había cedido momentáneamente para yacer, terriblemente cerca del peligro, contra la última superficie que ofrecía seguridad.

La Sombra había ideado aquel colapso deliberadamente. Había convertido el feroz ímpetu de Perdiz en una fuerza que resultó la perdición del viejo.

Al empujar a La Sombra hacia fuera con todas sus fuerzas, Perdiz no había pensado en su propia seguridad. AL ceder bruscamente ante la presión y echar su cuerpo, precariamente, a un lado, La Sombra había abierto el camino para que el viejo se precipitara en el vacío por su propio impulso.

De no haber estado herido, le hubiera sido relativamente fácil a La Sombra ponerse a salvo inmediatamente. Pero, no contando más que con el brazo izquierdo, había preferido descansar, inmóvil, con el cuerpo al borde mismo de un punto relativamente seguro.

Así había vuelto La Sombra a la vida. En el triunfo de la justicia lo había ganado todo. El trabajo de La Sombra continuaría. Tendría otros desalmados a quienes vencer, ahora que Luciano Perdiz había dejado de existir.

La creciente luz, el conocimiento de que La Sombra vivía, fueron factores que dotaron de nuevas fuerzas a Marquette. Logró ponerse de rodillas y, con temeraria osadía, se acercó cuanto se atrevió al borde del precipicio.

Muy abajo, despatarrado sobre las rocas de la ribera, junto al río, vió la vaga forma de lo que había sido un ser humano, aun cuando había poseído corazón de demonio.

Aquello era cuanto quedaba de Luciano Perdiz, el astuto y diabólico anciano que había soñado con ser dictador del mundo entero. Sus sueños de riqueza y poder habían acabado para siempre.

No volvería a fabricarse el oro sintético de Perdiz. La enorme riqueza que había acumulado sería devuelta al mundo al que se le había quitado, como regalo del genio de La Sombra.

Vic Marquette descansó. Pensó en Fitzroy, en los guantes envenenados, en los enemigos aquellos que aquella noche atacaran a Luciano Perdiz. Todos esos detalles podían reconstruirse. Él, Víctor Marquette podría elucidarlos ya

con la ayuda que le había proporcionado La Sombra.

Vic sabía, por experiencia, que después de haber triunfado La Sombra, siempre salían a la luz del día las cosas ocultas. Su mente estaba de humor agorero y sus suposiciones eran exactas.

Aun cuando el agente secreto no lo sabía, los documentos que La Sombra había retirado de la mesa de Clifford Forster se hallaban ya camino del cuartel general de Marquette. La Sombra había esperado que ocurriera lo que allí había ocurrido.

Pensativo, el agente del Servicio Secreto, miró en la dirección en que había marchado La Sombra. No vió ni rastro de la figura de negro.

Sabía que las heridas del misterioso personaje no podían ser tan graves que le impidieran partir con seguridad. Sin embargo, siguió intentando penetrar con la mirada las partes aun sombreadas que rodeaban el prado, teatro de la batalla.

Había cadáveres por todas partes. Todos aquellos hombres habían muerto porque merecían la muerte. Seres del mal que habían obrado contra la ley, habían sucumbido en la lucha preparada por La Sombra.

Vic pensó en Luciano Perdiz, que yacía junto al río. Al más terrible de aquellos desalmados le había tocado la muerte más horrible.

Llegaron vagamente a oídos de Vic unos sonidos que se acercaban. Oyó la sirena de un automóvil lejano. Durante un momento, no comprendió. Luego se le despejó el cerebro.

La terrible explosión había sido oída en todo el contorno. Estaba acudiendo gente a averiguar qué tragedia se había desarrollado en la finca de Luciano Perdiz.

La policía del Estado acudía también. Ella se haría cargo de todo. Vic recibiría ayuda, aun cuando fuera con bastante retraso.

Mirando hacia el otro lado del prado, vió las humeantes ruinas de la casa.

El prado se veía claro ya, y un objeto blanco llamó la atención del agente secreto. ¡La bata de Luciano Perdiz, con los guantes al lado!

Tendría que avisar a los que acudían para que nadie los tocase. Era preciso conservarlos como pruebas. Los guantes habrían de ser analizados para descubrir el veneno que contenían.

¡La muerte progresiva! Ya no andaría suelta por ahí la insidiosa dolencia, quitando la vida a gente impotente y desprevenida.

Habían sido vengadas las muertes allí, sobre el prado aquél cubierto de cadáveres. Pero Vic se daba cuenta de que aquellas muertes eran pocas comparadas con las que el poder de La Sombra había evitado.

¿Cuántos más hubiera matado Luciano Perdiz? Vic Marquette no podía ni imaginárselo siquiera. Sabía, tan sólo, que La Sombra le había salvado tres veces la vida: una vez, junto a la cantera, al otro lado del río; la segunda, al sonar la alarma; la tercera, cuando La. Sombra había arriesgado su vida para que él pudiera llegar a lugar seguro.

La sirena sonaba ya agudamente. En este momento llegaba la policía. La tarea estaba terminada. Vic Marquette escuchó, con alegría, aquel sonido.

Luego, al acallarse momentáneamente, oyó otro ruido.

Un eco extraño, sobrenatural, pareció surgir de un punto no muy lejano; un poco más allá del prado. Vic Marquette reconoció el sonido. Era una prueba de que La Sombra había permanecido cerca hasta estar seguro- de que llegaba ayuda para Vic Marquette.

Porque aquel sonido, con sus notas de extraña risa, no podía haber salido de otros labios que los del extraño personaje vestido de negro.

¡Era la risa triunfal de La Sombra!

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra sabía!

¡La Sombra reía!

***FIN***